

Gemma Herrero Virto

ALL OF US
ARE
GONNA
DIE

¿Tú me
ves?

Croatoan
VI

¿TÚ ME VES? VI

CROATOAN

Gemma Herrero Virto

Copyright 2019 Gemma Herrero Virto

Título: ¿Tú me ves? VI: Croatoan

Autor: Gemma Herrero Virto

Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)

Página web: www.gemmaherrerovirto.es

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaeen

Copyright de la presente edición: © 2019 Gemma Herrero Virto

Fecha de publicación: 31 de octubre de 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Ya sé que esta no es una dedicatoria común, pero me da igual.

Quiero dedicar este libro a Aleister McNeal y Eloise Carter.

Por las risas y las lágrimas.

Por tantas aventuras juntos.

Por las noches de sueño que me habéis robado.

Porque os siento más reales que a muchas personas que conozco.

Por lo mucho que os voy a echar de menos...

Ojalá existierais.

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA

AL Y ELI. MANTEO (CAROLINA DEL NORTE). DICIEMBRE DE 2016

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

ERIC. MANTEO (CAROLINA DEL NORTE). ENERO DE 2017

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

ELI. MANTEO (CAROLINA DEL NORTE). ENERO DE 2017

ERIC. BLACKSTONE (VIRGINIA). ENERO DE 2017

AL. BLACKSTONE (VIRGINIA). ENERO DE 2017

PAPÁ LEGBA. BLACKSTONE (VIRGINIA). ENERO DE 2017

AL Y ELI. SWANTON (VERMONT). ENERO DE 2017

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

NOTA DE DESPEDIDA

AGRADECIMIENTOS

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

NOTA DE LA AUTORA

Como ya sabréis por las novelas anteriores de esta serie ([La maldición de la casa Cavendish](#), [Carpe diem](#), [El susurro de los condenados](#), [El regreso de Sarah Ellen](#) y [Roanoke](#)), la música tiene un papel muy importante en esta historia. De hecho, uno de los protagonistas principales es un guitarrista que sueña con convertirse en estrella de *rock*. Por ello, en esta nueva historia, también he incluido muchas canciones. Al contrario que en las cuatro primeras novelas, en las que tuve que restringirme a la fantástica música que se hacía en los años 80 y principios de los 90, en estas dos últimas hemos saltado en el tiempo hasta 2016, así que he podido permitirme incluir canciones de este siglo, que también las hay muy buenas.

Al igual que hice en las novelas anteriores, he reunido todas las canciones que aparecen en este libro en una lista que podéis encontrar en Spotify. Os dejo el enlace de la lista aquí para que podáis escucharlas si no las conocéis o para que las utilicéis como banda sonora de la novela:

<https://open.spotify.com/playlist/6l6Nwy4pkQeNhNOfkCUQXC?si=DuEdFsSASQ6RHSgoPQakVg>

Esta es la lista de canciones:

I'll sleep when I'm dead – Bon Jovi

Fuel – Metallica

Here I go again – Whitesnake

Iris – Goo Goo dolls

Creep – Radiohead

Self steem – The Offspring

Inmigrant son – Led Zepellin

Right next door to hell – Guns 'N Roses

I don't want to miss a thing – Aerosmith

Rock and roll – Led Zepellin

Driftin' blues – Albert King

Old love – Eric Clapton

Sympathy for the devil – The Rolling Stones

Thunder Road – Bruce Springsteen

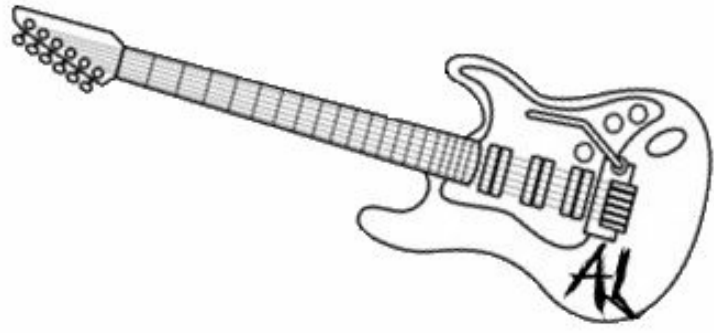
Muchas de estas canciones forman parte de la historia de la música, de mi propia historia y de la de muchos de vosotros. Espero que las disfrutéis.

AL Y ELI

MANTEO

(CAROLINA DEL NORTE)

DICIEMBRE DE 2016



CAPÍTULO UNO

Tras aparcar frente a la casa de Debbie, se quedó unos segundos observando el coche que acababa de detenerse al otro lado de la calle. Los dos ocupantes se habían bajado a toda velocidad y habían corrido hacia el maletero. Llevaban tanta ropa que ni siquiera pudo distinguir si eran hombres o mujeres: gorro, un pañuelo a modo de mascarilla, guantes... Casi no quedaba una pulgada de su piel al descubierto. Vio cómo abrían el maletero, sacaban una caja para cada uno y corrían hacia su casa como si estuvieran siendo perseguidos por una manada de lobos salvajes. Negó con la cabeza mientras se permitía una sonrisa sarcástica. Si Eric estaba en lo cierto, ni todas las capas de ropa del mundo ni convertir su casa en una fortaleza les libraría de la misteriosa enfermedad. En cuestión de un día o dos, ellos también caerían dormidos.

Escuchó el golpe de la puerta del copiloto al cerrarse y vio que Debbie ya se había bajado y había rodeado el coche. Observó por el retrovisor cómo ella le lanzaba una mirada impaciente, así que decidió bajarse y olvidarse de los vecinos y de sus ridículos intentos de salvarse.

—No sé si hemos hecho bien dejando que tus padres se vayan solos —dijo Al tras abrir el maletero y pasarle a Debbie una de las cajas de provisiones.

—No te preocupes. La tienda de mi padre no está lejos. No creo que tarden mucho en ir y volver —contestó ella dedicándole una sonrisa.

—Es que sigo sin entender para qué tenían que ir hasta allí. No pueden abrirla. Todas las tiendas están cerradas por el estado de excepción.

—Solo quieren ver si está todo bien y si no les han robado. Es normal que estén preocupados.

—Bueno, espero que, al menos, nos traigan algo bueno para el postre. —Al decidió dejar de insistir y se encogió de hombros—. Dudo mucho que el ejército haya metido algo de chocolate en estas cajas.

—Mi padre no vende comida —dijo ella apenada—. Tiene una tienda de *souvenirs* cerca del acuario. Por suerte, no estamos en temporada alta, así que tampoco perderemos mucho dinero por tenerla cerrada.

Debbie dejó la caja al lado de la puerta y abrió. Tras recoger su carga, entró en la casa y se dirigió a la cocina.

—¡Eric! —llamó—. Ya hemos vuelto.

No recibió respuesta. Toda la casa estaba en silencio. Frunció el ceño y le dirigió a Al una mirada preocupada.

—¿No habían dicho que se iban a quedar estudiando en mi habitación?

—Sí. Eso les entendí yo. —Al dejó su caja sobre la encimera y, a rápidas zancadas, recorrió toda la casa—. No están —anunció al regresar a la cocina.

—Le llamaré —dijo Debbie sacando su móvil del bolsillo.

—Como no sea a gritos... Te recuerdo que los móviles no funcionan.

Ella resopló y volvió a guardar su teléfono. Después, apoyó las manos en las caderas y se quedó mirando a Al, como si esperara que él le diera una solución.

—No te preocupes. —Al abrió su caja y miró dentro—. Estarían agobiados y habrán salido a dar un paseo... O quizá han ido a buscar tabaco. Vamos a ir ordenando esto.

Ella negó con la cabeza y suspiró. Aunque no parecía satisfecha con las explicaciones de Al, abrió su caja y empezó a sacar lo que contenía.

—Vaya mierda —comentó él—. Judías en conserva, sopa en conserva, carne en conserva... ¿En serio piensan que vamos a alimentarnos con esto? Me voy a morir de hambre.

—No te preocupes —le consoló Debbie—. Mi madre tiene un arcón congelador en el sótano lleno hasta arriba de hamburguesas y patatas. Podrás sobrevivir.

—Mientras no decidan restringirnos también la electricidad...

El timbre de la puerta cortó su conversación. El rostro de Debbie se iluminó. Abandonó la cocina a paso rápido para ir a abrir mientras dejaba a Al sacando más latas de las cajas. Al cabo de unos segundos, ella volvió a aparecer en la puerta.

—Al, preguntan por ti.

—¿Por mí? ¿Quién es?

—Una tal Shima Gibson. ¿La conoces?

Al negó con la cabeza y siguió a Debbie hasta la puerta. En el umbral se encontraba una mujer alta de pelo largo y moreno, que le examinó de arriba abajo con una mirada de desconfianza en sus claros ojos verdes.

—¿Aleister McNeal? —preguntó tendiéndole la mano.

Él fingió una sonrisa y le devolvió el saludo mientras se esforzaba en hacer memoria,

aunque estaba casi seguro de no haber visto a aquella mujer en la vida.

—Soy Shima Gibson —se presentó ella—. No nos conocemos, pero una amiga suya me ha pedido que venga a hablar con usted sobre mi hija Lucille. Dice que ustedes pueden ayudarla.

—¿Qué amiga? —preguntó Al aún confundido.

—No sé cómo se llama. Es una mujer de pelo moreno. Iba totalmente vestida de negro —explicó Shima—. La acompañaba un chico muy pálido con el pelo alborotado...

—Eli y Eric, sí. —Debbie se hizo a un lado para permitir que la mujer pasara dentro de la casa—. ¿Dónde están ellos? ¿Por qué no han venido con usted?

—Bueno, ahora mismo no pueden —contestó la mujer esquivándoles la mirada—. Les sorprendí dentro de mi casa y avisé a la policía. Están detenidos.

—¿Cómo que detenidos? —preguntó Debbie sorprendida.

—Lo siento, pero me asusté... Había salido con los niños para ir al reparto de alimentos y, como los móviles no funcionan, dejé el mío en casa. Cuando ya había recorrido un par de calles, pensé que quizá la línea podría volver en algún momento o que quizá la gente del hospital sí podría utilizarlos para avisarme si le pasaba algo a Lucille... No sé, quizá simplemente es que estamos demasiado enganchados a esos cacharros y no podemos vivir sin ellos. —La mujer esbozó una sonrisa avergonzada—. El caso es que volví a casa a por él y, cuando estaba a punto de entrar en el jardín, vi que la persiana de la habitación de Lucille bajaba. Me quedé paralizada mirándola, hasta que unos segundos después volvió a subir... No sabía qué hacer. Por suerte, uno de mis vecinos se acercó a preguntarme qué pasaba y, cuando se lo conté, avisó a la policía. Llegó un coche patrulla y se los llevó detenidos.

—¡Joder! ¿Y qué hacían Eli y Eric en su casa? —preguntó Al furioso.

—Yo creo que sé lo que hacían —intervino Debbie—. Al, esta mujer es la madre de Lucille Gibson, la chica del grupo de Samantha que hizo el ritual. Supongo que han ido a su casa a investigar.

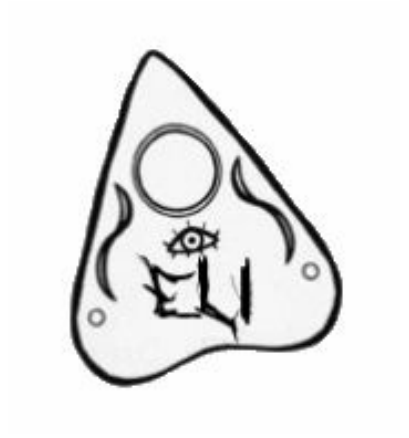
—¿Qué ritual? —Shima paseó su mirada confundida entre los rostros de los dos.

—Creo que será mejor que entre.

Debbie la guió hasta la cocina. Después, le indicó una silla y Al y ella se sentaron enfrente. La mujer seguía mirándoles con el ceño fruncido. Se la veía nerviosa. Había colocado las manos juntas sobre la mesa, pero, aun así, se notaba que temblaban.

—Bueno, creo que tenemos mucho de lo que hablar, pero antes permítame una pregunta...

—dijo Al inclinándose hacia delante—. En una escala del uno al diez, ¿cómo de escéptica se considera?



CAPÍTULO DOS

Eric terminó su enésimo paseo y se sentó a mi lado en la única cama que teníamos. Se veía claramente que aquella celda estaba destinada a alojar a un solo preso, pero supuse que, después de los disturbios del día anterior, la comisaría estaría saturada. Al menos habían tenido el detalle de encerrarnos juntos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Eric antes de enterrar la cara entre sus manos.

—Esperar. No podemos hacer nada más.

—¿Esperar a qué?

—Yo qué sé... A que Al y Debbie se enteren de que estamos aquí y vengan a pagar nuestra fianza.

Eric me miró con los ojos muy abiertos, como un crío asustado, resopló y volvió a esconder la cara entre las manos. No supe qué quería que le dijera. ¿Qué esperaba de mí? ¿Que se me ocurriera un plan de fuga?

—¿Estás segura de que Al va a venir? ¿No te dejó tirada ya una vez?

Le eché tal mirada de odio que se le cortó la respiración. Me levanté de la cama de un salto y, sin decirle nada, me acerqué a las verjas de la celda para mirar el estrecho y oscuro pasillo.

—Lo siento, Eloise. No pretendía decir eso.

—No pasa nada —respondí cortante.

—¿Qué pasó entre vosotros? ¿Por qué cortasteis? La hermana de Al nos contó que os queríais con locura y que, de un día para otro, todo se acabó.

Lancé un largo suspiro y me aferré a las barras de la celda, como si esperara poder romperlas y escapar de aquella situación tan incómoda. Me limité a no contestar, rezando para que Eric se callara o cambiara de tema.

—Al me estuvo hablando un poco de eso... —insistió él—. Me dijo que tuvo que abandonarte porque eras una asesina, porque habías matado a un montón de gente a sangre fría. — Se quedó unos segundos en silencio, dándome tiempo a rebatir sus palabras—. Por favor, Eloise, solo dime que no es verdad.

Su voz sonó tan apenada que tuve que girarme. Me estaba mirando con la cara de un niño al

que acaban de contarle que Santa Claus no existe, con los ojos tristes de un cachorrillo al que han abandonado en una gasolinera. No quería pensar que lo que le había contado Al pudiera ser cierto. Su fidelidad hacía mí era tan grande que se aferraría a cualquier explicación que le diese. Necesitaba creer que yo no era aquel monstruo del que hablaba Al. Me conmovieron tanto sus palabras que, después de lanzar un suspiro, decidí que merecía saber la verdad.

—Las cosas no son como Al te ha contado...

—Sabía que mentía —me cortó con una sonrisa triunfal en el rostro.

—No. Tampoco te ha mentido. —Regresé a su lado y puse mi mano en su muslo para reconfortarle—. Él te ha contado su verdad, lo que él cree que sucedió, pero las cosas no son siempre blancas o negras.

—Entonces, ¿cuál es la verdad? Por favor, Eloise... Necesito saberlo.

—Está bien... Te lo contaré. —Cerré los ojos durante un momento y tomé una profunda bocanada de aire. Llevaba años tratando de no recordar, diciéndome a mí misma que todo aquello era pasado, que ya no me dolía, pero, con tan solo hurgar un poco, acababa de descubrir que las heridas seguían ahí, abiertas y sangrantes—. Es cierto que colaboré en la muerte de nuestro amigo John Campbell. Estábamos luchando contra un demonio y la única forma que encontramos de acabar con él exigía un sacrificio humano. John se ofreció voluntario y yo no supe detenerle, al igual que no pude detener al sheriff Dunning.

Me atreví a mirar a Eric. Me observaba con atención, pero no pude ver odio o repulsa en sus ojos, así que decidí continuar.

—Un par de años después, nos contrataron para detener al espíritu de un asesino en serie que estaba acabando con los presos de la cárcel de Sing Sing. Al hizo mal un ritual y el espíritu se le metió dentro. Era cuestión de horas que dominara su alma por completo y se adueñara de su cuerpo para siempre, así que tuve que tomar una decisión desesperada. Realicé un ritual para pasar el alma de aquel asesino al cuerpo de uno de los presos, aunque sabía que eso supondría su muerte. Me arrepiento de lo que hice y he pagado un precio muy alto por ello, pero sé que, si me encontrara en la misma situación, volvería a hacer lo mismo. No podía dejarle morir. ¿Lo comprendes?

Él asintió con la cabeza y se mantuvo en silencio, pero puso su mano sobre la mía para mostrarme su apoyo. Yo cerré de nuevo los ojos, tratando de buscar fuerzas para seguir hablando. Llegaba la parte más dura, la que no quería recordar...

—Al me dijo que habías matado a una niña y a sus padres. Eso no es cierto, ¿verdad? —

preguntó Eric, como si acabara de leerme el pensamiento.

—No. Eso no es cierto, aunque es lo que Al cree que pasó —contesté—. La niña no era una niña, era la reencarnación de un vampiro. Fue ella la que asesinó a sus padres. Lo preparó todo para que Al pensara que había sido yo. Su plan era matarme a mí también y marcharse con Al. No sé si estaba enamorada de él o si estaba harta de sus padres o si estos empezaban a sospechar de ella y ya no era seguro permanecer a su lado... Fuera como fuera, preparó un altar y asesinó a sus padres para que Al creyera que había sido uno de mis rituales y después intentó matarme. Yo me defendí y, en la lucha, ella acabó muriendo. Quedé muy malherida y, cuando por fin desperté en el hospital, Al me había abandonado. Ni siquiera me permitió darle una explicación...

La voz se me quebró y no pude seguir hablando. Sentí que los ojos me ardían y un par de lágrimas traidoras surcaron mis mejillas. Me las limpié con rabia y me giré hacia Eric. Él me miraba con la boca abierta. Creo que no esperaba que yo fuera capaz de llorar.

—¡Pero hay que contarle esto a Al! —dijo emocionado—. Lleváis toda la vida separados por un error. Tiene que saber la verdad.

—No —dije con voz autoritaria—. Él se marchó sin escucharme y perdió el derecho a cualquier explicación. Ya no tiene sentido dársela. Él ya no me quiere y yo a él tampoco.

—Eso es mentira. Le sigues queriendo.

Pronunció aquellas palabras con la misma convicción con la que alguien anunciaría que el sol saldría por el este al día siguiente. Me asombró su mirada. Normalmente era tímida y huidiza, pero, en aquel momento, parecía rebosar fuerza y determinación. Solo pude negar con la cabeza.

—No vas a contarle nada, Eric. Te lo prohíbo.

—Pero no tiene sentido que sigáis sufriendo...

—¡He dicho que no! —grité sin poder contenerme—. Júramelo, Eric.

Él se limitó a bajar la cabeza y a asentir. Iba a insistirle para que realizase un juramento de palabra, pero me interrumpió el eco de unos fuertes pasos acercándose por el pasillo. Un policía apareció en la puerta de nuestra celda y metió la llave en la cerradura.

—Carter y Armstrong, estáis libres. Pasad por el mostrador para que os devuelvan vuestros objetos personales.

—¿Han pagado nuestra fianza? —preguntó Eric tras levantarse de un salto de la cama y correr hacia la puerta como si temiera que el policía fuera a arrepentirse.

—No. Han retirado los cargos —contestó el agente—. Estáis de suerte, pero no volváis a

entrar en casa de nadie sin permiso.

Después de asentir, recorrimos el pasillo casi a la carrera. Cuando llegamos al mostrador de entrada, los dos nos quedamos paralizados. La dueña de la casa que habíamos asaltado estaba allí y, justo un paso detrás de ella, nos esperaban Al y Debbie. Los dos tenían los brazos cruzados frente al pecho y no parecían muy contentos de vernos. Eric no debió de darse cuenta de eso, porque corrió hacia Debbie y la estrechó entre sus brazos.

—¡Qué contento estoy de verte! Gracias por venir a sacarme.

—¿Pero a ti te parece normal que tenga que venir a buscar a mi novio a comisaría? —preguntó ella empujándole para que dejara de abrazarla.

—Bueno, tampoco es algo tan raro... Es la segunda vez que me detienen en lo que va de año. Ya pasé una noche en agosto en el calabozo de la comisaría de Swanton. —Ante la cara de desconcierto de Debbie, no pudo contener una carcajada.

—Así que estoy saliendo con un pequeño delincuente —comentó ella—. ¿Puedo saber por qué te detuvieron entonces?

—Falsedad documental y usurpación de funciones públicas o algo así. Nada importante.

—Y ahora te detienen por allanamiento de morada. ¡Estupendo!

—A lo mejor estás saliendo con un chico aún más malote de lo que tú pensabas —bromeó él.

—Esto no tiene ni puta gracia, Eric.

Aquellas palabras hicieron que la sonrisa desapareciera de su cara en un solo segundo. Nos quedamos en silencio al ver aparecer a un policía con un par de bolsas en las que estaban guardadas nuestras cosas. Tras entregárnoslas, el agente se volvió hacia la mujer morena que seguía esperando en silencio junto a Debbie y Al.

—Señora Gibson, ¿está segura de que quiere retirar los cargos?

—Sí, muy segura. Ha sido todo una confusión. Gracias.

Tras decir aquellas palabras, los tres se giraron hacia la salida. Miré a Eric, que se limitó a encogerse de hombros y ponerse también en movimiento. Cuando salimos a la calle, vimos que ya estaban montándose en el Impala. Como Debbie había ocupado el asiento del copiloto, no nos quedó más remedio que sentarnos atrás junto a la señora Gibson. No me hizo ninguna gracia que Al y Debbie se sentaran juntos. Por la mirada que Eric les estaba lanzando, sospeché que a él tampoco.

—¿Podéis decirnos a dónde vamos? —pregunté.

—A la casa de Shima —contestó Al—. Por cierto, Shima, estos dos aspirantes a delincuentes son Eric y Eli.

—Encantada —dijo la mujer sonriendo incómoda.

—¿Y para qué vamos allí?

—Para que acabéis lo que habíais empezado —explicó Al—. Shima ha recordado que tiene un baúl de su bisabuelo en el desván al que quizá queráis echarle un ojo.

El desván era oscuro y olía a cerrado y a humedad. En el techo a dos aguas se abría una pequeña claraboya por la que se colaban unos débiles rayos de sol en los que danzaban partículas de polvo en suspensión, coloreando el lugar con un leve tono dorado. Shima me hizo un gesto con la mano para que la siguiera hasta la pared del fondo.

—Ten cuidado con la cabeza —me dijo señalando el techo—. Y disculpa el desorden. Creo que hace años que no subo aquí.

—No te preocupes. Está bien.

—El baúl debe de estar al fondo, debajo de alguna de esas cajas.

Nos pusimos de rodillas. A pesar de que el suelo estaba cubierto por una espesa capa de polvo, había un espacio limpio justo delante de donde nos encontrábamos. Aquello me indicó que estábamos en el buen camino. Alguien había estado allí hacía poco tiempo. Empezamos a mover cajas de un sitio a otro. Me di cuenta de que Shima se daba toda la prisa que podía. Habíamos dejado a Al, Eric y Debbie en su salón y parecía que, aunque empezaba a confiar en nosotros, aún temía que pudiéramos desvalijarle la casa. Tras un par de minutos quitando cajas, Shima dio un grito de alegría.

—¡Aquí está! Menos mal... Por un momento pensé que podría habérselo llevado alguno de mis hermanos.

—Bueno, si lo hubiese hecho, Lucille nunca habría podido encontrar el ritual y no estaríamos metidos en este lío —comenté mientras tiraba del baúl para ayudar a Shima a sacarlo del lugar en el que estaba encajonado.

—Quería hablarte sobre eso —dijo ella dejando de tirar—. ¿Estás segura de que Lucille ha sido la causante de la epidemia? Es solo una cría y, aunque le gusta mucho tontear con cosas sobrenaturales, no creo que tenga ningún poder. Siempre he pensado que eran solo chiquilladas...

—Sé que es difícil aceptar que ella pueda haber causado todo esto, pero es la hipótesis más lógica que hemos encontrado —expliqué—. Hay muchos campos en la magia para los que se requieren poderes o capacidades especiales, pero, por desgracia, hay otros en los que no. Cualquiera puede seguir las instrucciones de un ritual. Es tan básico como seguir una receta de cocina.

—Perdona que me cueste creerlo... Siempre me he considerado una persona abierta en estos temas y creo que existen cosas que no podemos explicar, pero de ahí a pensar que mi propia hija ha desencadenado alguna extraña maldición que va a acabar con todos nosotros... —La mujer soltó un largo suspiro. Parecía agotada, como si todo aquello fuera demasiado para ella—. La voy a matar si conseguís despertarla.

—Cuando consigamos despertarla —la corregí mientras le dedicaba una sonrisa comprensiva—. Venga, ayúdame a sacar esto y veamos si hay algo que nos pueda servir.

Volvimos a tirar del baúl y conseguimos sacarlo de su sitio. Parecía muy antiguo. La capa de barniz que debió cubrirlo en el pasado había desaparecido y dejaba a la vista el color de la madera, oscurecida por el tiempo. Shima pasó la mano sobre la superficie para retirar el polvo, dejando al descubierto unos extraños dibujos cuyo significado desconocía.

—¿Eso son adornos? —pregunté.

—No. Se supone que son antiguos signos de protección. —Tiró del candado que cerraba el baúl y este se abrió—. Parece que no han funcionado bien. El candado está forzado. Voy a matar a esa cría.

—Tranquila. Arreglaremos esto —dije poniéndole una mano en el hombro para tranquilizarla—. ¿Tu bisabuelo era brujo?

—No. Fue maestro de escuela, pero era descendiente de los chamanes de las tribus que habitaron estas tierras. Estaba obsesionado por la posibilidad de que toda la sabiduría de sus ancestros se perdiera, así que dedicó muchísimo tiempo a recopilar la historia de nuestro pueblo, sus leyendas, sus rituales... Su intención era publicar una especie de enciclopedia con toda esa información, pero ninguna editorial se interesó nunca por su proyecto. A pesar de eso, no se rindió y siguió estudiando y apuntando hasta el último día de su vida.

Shima levantó la tapa del baúl con un respeto reverencial. Juntamos las cabezas y miramos dentro. Estaba repleto de carpetas, cuadernos, montones de páginas amarillentas unidas con cintas descoloridas... Todo parecía tan antiguo que daba miedo tocarlo, como si fuera a deshacerse ante el más mínimo contacto.

—Aquí hay material para estar investigando años —se quejó la mujer—. ¿Cómo vamos a estudiar todo esto? Eric ha dicho que se nos acaba el tiempo.

—Y es cierto, pero no vamos a tener que revolver mucho. Por suerte, tu hija ya lo hizo por nosotros. —Extendí la mano y cogí una hoja colocada encima de todo lo demás—. Creo que esto es lo que buscamos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Tu bisabuelo era muy bueno poniendo títulos explicativos —dije señalándole el encabezado de la página, en el que se veía claramente la palabra Croatoan—. Este es el ritual que buscamos.



CAPÍTULO TRES

—¿Dónde queréis que pongamos esto? —preguntó Al, que, ayudado por Eric, luchaba por cargar con el antiguo baúl del bisabuelo de Shima.

—Llevalo al fondo, a la habitación que ocupamos Eric y yo —respondió Debbie.

—Joder, no había sitio más lejos —se quejó Al.

—No podemos dejarlo en medio del salón —contestó ella—. ¿Cómo les explicó a mis padres que estamos estudiando antiguos hechizos indios?

Él no protestó más, aunque siguió refunfuñando en voz baja mientras recorría el pasillo acompañado por Eric. Unos segundos después, regresaron con las manos en los riñones y gesto de dolor.

—Venga, no será para tanto. Os hacéis mayores —bromeó Debbie.

—Intenta cogerlo tú —se defendió Eric—. Nunca habría pensando que los papeles pudieran pesar tanto.

Debbie soltó una risita y se sentó en el sofá, al lado de Eli, que seguía absorta en el ritual que había encontrado en el baúl. Al se sentó a su otro lado y miró el papel por encima de su hombro.

—¿Qué pasa? ¿No lo entiendes?

—Sí. El ritual es muy fácil —contestó ella—. Tan solo hay que acudir a una piedra que los nativos usaban como altar, escribir en su superficie el nombre de Croatoan con la sangre de una virgen y pronunciarlo una y otra vez.

—¿Sangre de virgen? —preguntó Al con una sonrisa sarcástica en la cara—. Podían pedir sangre de unicornio. Sería más fácil.

—Bueno, tú no habías estado en Roanoke en la vida. Supongo que, gracias a eso, todavía quedaba alguna —contestó Eli cortante.

Al se echó un poco hacia atrás, sorprendido por el tono envenenado de su voz. Sin embargo, al cabo de un par de segundos, dejó escapar una sonrisa. ¿Eran celos lo que había percibido en sus palabras? Para asegurar que ya no sentía nada por él, lo disimulaba de pena.

—Estoy harto de los hechizos nativos y de los antiguos chamanes indios y sus maldiciones.

¿Es que esa mierda me va a perseguir toda la vida? —se quejó Eric desplomándose en un sillón situado frente a ellos.

—Pues siento darte la mala noticia de que hay que revisar todos los papeles del bisabuelo de Shima y no encuentro a nadie más preparado para hacerlo que tú —dijo Eli lanzándole una mirada de lástima.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Eres muy bueno investigando —contestó ella.

—Y como soy muy bueno, me castigáis a leer cientos de papeles manuscritos que casi resultan ilegibles. —Eric negó con la cabeza y soltó un bufido—. Encima, tendré que sentirme orgulloso.

—Yo te ayudaré —se ofreció Debbie.

—No. Me ayudaréis todos. No tenemos nada más que hacer que revisar esos papeles, así que no quiero que nadie se escaquee —dijo él mirando fijamente a Al.

—¿En serio hay que leerse todo eso? —protestó Al cogiendo el papel que Eli tenía en las manos—. Ya tenemos el ritual que usaron las chicas. ¿Qué más necesitamos?

—Ese papel no nos sirve para nada. Solo dice cómo llamarlo, pero no explica qué es Croatoan ni cómo revertir el hechizo —explicó Eli—. Mientras no sepamos eso, no podemos hacer nada.

Él torció el gesto. Sabía que Eli tenía razón, pero no soportaba la idea de estar encerrado en aquella casa mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor. Él nunca había sido un ratón de biblioteca. Aquello le aburría mortalmente. Casi prefería tener que enfrentarse a un demonio que a todos aquellos papeles.

—Bueno, si no os importa, yo tengo que guardar los víveres que hemos traído... Y luego podría ir preparando algo de cena para cuando lleguen Adele y Arthur... —dijo intentando encontrar alguna forma de escapar, aunque solo fuera un rato.

—Hablando de eso, ¿dónde están tus padres? —preguntó Eli girándose hacia Debbie.

—Pues no lo sé. Se supone que habían ido a ver si la tienda de mi padre había sufrido algún daño durante los disturbios y luego iban a volver a casa directamente.

Debbie había pronunciado aquellas palabras sin darles mucha importancia, pero Eric se la quedó mirando con la boca abierta mientras el color iba desapareciendo de su rostro. Sin decir una palabra, salió disparado por el pasillo y regresó unos segundos después llevando un folio en

las manos. Lo puso sobre la mesa, frente a Debbie. Era el mapa lleno de círculos concéntricos que había dibujado para explicarles el avance de la enfermedad.

—¿Dónde tienen la tienda tus padres? —preguntó con voz temblorosa.

—Al norte de aquí, cerca del acuario —Debbie le observaba confusa en lugar de mirar el mapa.

—Busca el sitio y señálame, por favor —insistió Eric.

El tono suplicante del chico no admitía réplica, así que Debbie agachó la cabeza, contempló el mapa durante unos segundos y después puso el dedo sobre un punto que quedaba dentro de uno de los círculos que había dibujado Eric.

—Es aquí. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Debbie, joder... La maldición ya llega a esa zona. Si tus padres han ido allí, habrán quedado afectados —explicó Eric.

Debbie no contestó. Se quedó paralizada con el dedo puesto en aquel punto del mapa y los ojos muy abiertos. Cuando pudo reaccionar, empezó a negar con la cabeza.

—No, eso no puede ser... Además, aunque tuvieras razón, el hechizo no tiene efecto inmediato. Samantha tardó horas en caer dormida. Tendrían que haber regresado.

—Quizá se esté volviendo más fuerte —sugirió Eli—. Puede que actúe cada vez más rápido.

Debbie se levantó del sofá con urgencia, pero, tras dar un par de pasos, volvió a quedarse paralizada. Parecía que sentía la necesidad de hacer algo, pero acababa de darse cuenta de que no sabía qué. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se tapó la cara y empezó a sollozar. Eric corrió a su lado y la abrazó.

—Debería haberles avisado —se lamentó—. ¿Cómo no me di cuenta?

—Tranquila. Arreglaremos esto —le susurró Eric mientras le acariciaba el pelo.

Al no pudo permanecer más tiempo en silencio. Se levantó del sofá, recogió su chaqueta y se dirigió a la puerta de la calle. Aún no había agarrado el picaporte cuando la voz de Eli le detuvo.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—A preguntar en comisaría. Estamos dando por sentadas muchas cosas —explicó él sin girarse—. No sabemos si consiguieron llegar a la tienda o si el ejército les impidió pasar o si se

encontraron en medio de algún disturbio y están detenidos.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Eli.

Él se giró lentamente mientras se forzaba a dibujar una sonrisa en su cara. La verdad era que no tenía ninguna gana de darle explicaciones ni de que le acompañara a ningún sitio ni de hablar con ella. Eli seguía sin contar con él para nada, como le había demostrado ese mismo día al aprovechar que no estaba para ir a colarse en casa de Lucille. Aquello le había dolido y, en aquel momento, se sentía muy enfadado con ella, pero no quería montar una escena delante de Eric y Debbie. Ya se lo contaría cuando estuvieran a solas.

—No, gracias. Iré más rápido si voy solo. Además, podéis aprovechar mi ausencia para ir estudiando los papeles del baúl—respondió.

—No sabes qué inventar para escaquearte, ¿verdad? —bromeó ella.

—Me conoces demasiado bien. —dijo él tras guiñarle un ojo.

Sin darle tiempo a decir más, abrió la puerta, salió de la casa y atravesó el jardín a grandes zancadas. No se veía con fuerzas para seguir fingiendo que estaba bien, que no le importaba seguir siendo alguien sin voz ni voto en las decisiones de Eli. Había pensado que todos los años que llevaba separado de ella habrían conseguido que todo aquello dejara de importarle, pero la verdad era que escocía exactamente igual que en el pasado.

Pasó al lado del Impala y se quedó unos segundos al lado de la puerta del conductor, planteándose si debería cogerlo. Finalmente, decidió ir andando. Era menos probable que el ejército parase a un peatón que a un vehículo y la comisaría solo estaba a un par de calles. Además, le vendría bien caminar un poco para quemar algo de la rabia que le consumía.

Cuando llegó al edificio, vio una larga cola de gente que esperaba en la puerta. Se acercó a ellos preguntándose si estaría pasando algo. Vio que cada una de aquellas personas llevaba un formulario en las manos y estaba muy concentrada rellenándolo. Se acercó a la última persona de la fila, un anciano con barba blanca que llevaba las gafas en la punta de la nariz, y miró el papel por encima de su hombro. En la parte de arriba podía leerse “Formulario de notificación de nuevo paciente”.

—Disculpe... —dijo Al, dándole un par de golpecitos en el hombro para llamar su atención—. ¿Podría indicarme para qué es esta cola?

—Por supuesto. —El hombre le miró apenado—. Todos los que estamos aquí hemos venido a avisar de que tenemos a un enfermo de la epidemia en casa. Tenemos que rellenar este papel con sus datos para que una ambulancia pase a recogerlos.

Volvió a mirar la cola. Había más de veinte personas allí y, en el par de minutos que habían pasado desde que había llegado, un par de hombres más se habían colocado a su espalda. La epidemia se extendía con más velocidad de la que habían supuesto. Tuvo que corregirse a sí mismo. No era una epidemia. Era un hechizo, una maldición imparables que acabaría por alcanzarles a todos. A pesar de estar en una isla enorme, sintió que la claustrofobia le invadía.

—Yo no estoy aquí por eso —explicó Al—. Hay dos personas que han desaparecido de mi casa y no sé dónde preguntar.

—Acérquese a la puerta. Quizá el guarda pueda ayudarle —dijo el hombre antes de volver a centrarse en su cuestionario.

Se dirigió hacia allí. El policía que custodiaba la puerta le miró con mala cara según se aproximaba, mientras aferraba aún con más fuerza su rifle. Decidió dedicarle una sonrisa amistosa y acercarse despacio. No tenía ganas de que aquel hombre se asustara y acabar el día con un agujero de más en su cuerpo.

—Buenas tardes, agente —saludó.

—Si viene a notificar un nuevo caso, recoja un formulario de esa mesa y rellénelo —dijo el policía señalándolos con la boca de su arma.

—No, no vengo por eso. El caso es que han desaparecido dos personas de mi casa y estamos preocupados por ellos. Con todas las cosas que han pasado, no sabemos si pueden haber caído enfermos o estar detenidos...

—¿Hace cuánto tiempo han desaparecido? —preguntó el hombre.

Al dudó durante unos segundos. Si le decía que no llevaban fuera de casa mucho más de dos horas, le echaría de allí de inmediato.

—Cuando nos hemos levantado esta mañana, ya no estaban... No han venido a comer ni hemos tenido ninguna noticia de ellos. ¿Habría alguna manera de saber si están en el hospital?

—Está bien. Preguntaremos. Sígame.

Le obedeció de inmediato. El agente le llevó hasta el mostrador de recepción, intercambió unas palabras con un compañero y le dejó allí para volver a su puesto. Al se adelantó un par de pasos hasta apoyar los brazos sobre el mostrador.

—Dígame los nombres de las personas desaparecidas —le ordenó el policía con tono brusco

Al contempló el rostro del hombre. Estaba ceniciento y ojeroso, como si llevara días sin

dormir bien. Se preguntó cuánto tiempo llevarían los hombres de la policía y del ejército haciendo más horas de las que correspondían a un turno normal, volviéndose más irascibles e irritables a cada momento. Aquella isla se estaba convirtiendo en un polvorín rodeado de chispas del que era imposible escapar.

—Arthur y Adele Sherman —contestó a toda prisa.

—Bien. Deme un minuto.

El policía se giró hacia un aparato de radio frecuencia que estaba situado a su espalda y empezó a hablar por él.

—¿Harris? Tengo que preguntarte por otros dos desaparecidos: Arthur y Adele Sherman.

—Lo compruebo... —Durante unos segundos solo se escucharon chasquidos y las interferencias de voces lejanas—. Sí, aquí están. Casos confirmados de la enfermedad. Han sido trasladados a las escuelas del pueblo. Dile al familiar que están en buenas manos y que no deben acercarse. Si tenemos alguna notificación que darles, acudiremos a su domicilio.

El policía se giró hacia Al, que se limitó a asentir para indicarle que había comprendido el mensaje y a dirigirle al policía una sonrisa triste a modo de despedida. Salió de la comisaría a paso lento. No tenía ninguna gana de regresar a casa y contarle a Debbie que sus peores miedos acababan de confirmarse. Mientras recorría la fila de personas que seguían esperando turno, escuchó un golpe a su espalda. Una de las mujeres de la fila acababa de desplomarse en el camino de entrada a comisaría. Instantáneamente, todo el mundo se apartó de ella como si fuera una apestada. Incluso algunas personas se cubrieron la nariz y la boca con la mano o con alguna prenda de ropa. Al negó con la cabeza y siguió su camino hasta la acera de enfrente. Tenía ganas de gritarle a aquella gente lo equivocados que estaban, pero sabía que no le creerían ni en un millón de años.

Esperó fumándose un cigarrillo hasta que vio llegar a una ambulancia con la sirena encendida. Se detuvo frente a la comisaría. Dos hombres se bajaron del vehículo. Iban vestidos de arriba abajo con uno de aquellos trajes de plástico blanco para evitar contagios que solo había visto en las películas. En menos de un minuto, pusieron a la mujer en una camilla, la subieron a la ambulancia y arrancaron. En cuanto el cuerpo de la mujer desapareció, la gente volvió a la fila de forma ordenada a seguir rellenando aquellos formularios como si nada hubiera sucedido.

Arrojó su colilla a la acera y, tras soltar un suspiro, emprendió el camino a casa. No serviría de nada postergarlo más. Tenía que contarle a Debbie lo que había pasado y ayudar a Eli a buscar la solución a todo aquello. Si no conseguían encontrar la forma de detener lo que estaba pasando, todos estaban condenados.

Debbie seguía llorando con la cara enterrada en el hombro de Eric, que le acariciaba el pelo y le susurraba que todo se arreglaría. Al se separó unos pasos, abrió la ventana y encendió un cigarrillo. Sabía que Debbie no ponía ningún problema a que fumaran dentro de casa, pero necesitaba aire y alejarse un poco de aquella escena. La chica le daba muchísima lástima. En tan solo unos días, su hermana pequeña y sus padres habían caído enfermos y ni siquiera estaba segura de volver a ver a la hermana que le quedaba. Se planteó que en la mayoría de hogares de aquel pueblo se estarían viviendo escenas parecidas. El cigarrillo no sirvió para templar sus nervios. Sentía la imperiosa necesidad de hacer algo, de que le dijeran a qué debían enfrentarse, ya fuera un espíritu, un demonio... Le daba igual, pero tenían que hacer algo ya.

Regresó a su sitio en el sofá. Debbie había dejado de sollozar, aunque las lágrimas seguían cayendo de sus ojos mientras mantenía la mirada perdida en algún punto del infinito.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó impaciente—. ¿Habéis encontrado algo en esos papeles?

—Hemos encontrado demasiado —contestó Eli—. En ese baúl está el trabajo de toda una vida. Hay datos sobre rituales, leyendas... El problema es que, al no conocer esas creencias, no entendemos las referencias ni sabemos qué significan muchos nombres... Nos costaría meses comprenderlo todo.

—Pues no tenemos meses —terció Eric—. Ya os he dicho que no creo que queden más de uno o dos días antes de que esta casa esté dentro del área de influencia del hechizo. ¿Qué vamos a hacer?

—Si mañana no hemos conseguido nada, tendremos que mudarnos al sur de la isla —respondió Al.

—¿Mudarnos adónde? —preguntó Eli—. El ejército no nos va a dejar quedarnos a dormir en la calle ni en el coche.

—Mañana buscaremos una solución a eso —dijo Al—. Ahora lo importante es detener esta mierda. ¿Alguna idea de cómo podríamos acelerar la investigación?

Todos se quedaron en silencio, mirándose unos a otros. Viendo aquellas miradas preocupadas, Al sintió que el estómago se le encogía. Si Eric y Eli, dos de las personas más inteligentes que había conocido y que, además, eran tan buenos investigadores, estaban tan perdidos, no habría nada que pudieran hacer.

—Creo que yo sé quién podría ayudarnos.

Era Debbie la que había hablado. Los tres se giraron hacia ella, expectantes. La chica se limpió las lágrimas que humedecían sus mejillas con el dorso de las manos como una niña pequeña, tomó aire y siguió hablando.

—Hay un profesor que trabajaba en el museo del Fort Raleigh National Historic Site. Me encantaba ir a escucharle de pequeña —explicó con una mirada melancólica—. De hecho, creo que decidí estudiar Historia por él. No conozco a nadie que sepa tanto de la historia de esta isla y de sus antiguos pobladores.

—Hay un problema con eso —la interrumpió Eric—. Ese museo está dentro de la zona afectada. Si trabaja allí, ya estará dormido.

—He dicho que trabajaba allí cuando yo era pequeña. Si tenemos suerte, estará jubilado —contestó ella—. Podemos intentar encontrarle.

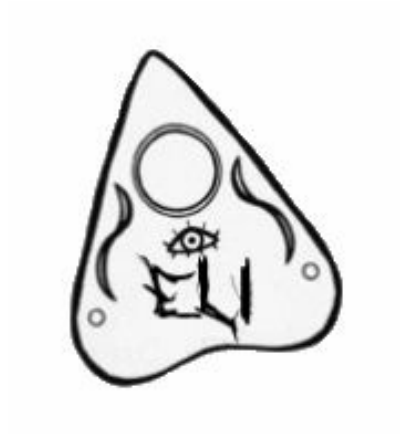
—Ahora mismo no tenemos nada más a lo que agarrarnos, así que probaremos. —Eli se levantó del sofá y regresó unos segundos después con el listín telefónico del pueblo en las manos—. ¿Recuerdas cómo se llamaba ese hombre?

Debbie frunció el ceño y trató de hacer memoria durante unos segundos. Su cara se iluminó antes de contestar con una sonrisa triunfal en el rostro:

—¡Gilbert Grenville! —exclamó—. Sí, ese es el nombre.

—Perfecto, pues vamos a buscarle —dijo Eli abriendo el listín—. Esperemos que siga vivo, que no se haya mudado a Florida después de jubilarse y que quiera ayudarnos.

—De eso último no te preocupes —intervino Al—. Colaborará con nosotros aunque tenga que atarle a una silla y sacarle las palabras una a una. Tú ocúpate de encontrarlo.



CAPÍTULO CUATRO

La casa de Grenville era un pequeño edificio de un solo piso, con las paredes de madera blanca y un tejado de un apagado color marrón. La parte delantera contaba con un pequeño porche que parecía haber sido añadido después de la construcción original. Tenía un pequeño tejadillo sujeto por unas columnas no muy rectas que le daban a la casa la extraña apariencia de llevar visera.

El porche, al que se accedía subiendo un par de peldaños, estaba abarrotado de sillas, como si aquel hombre estuviera acostumbrado a tener visitas, lo cual me hizo pensar que seríamos bien recibidos. Sin embargo, el resto del jardín no estaba muy cuidado. Se encontraba lleno de maleza y arbustos que incluso sobrepasaban la valla para colonizar parte de la acera.

Me había quedado parada al lado de la verja, preguntándome si deberíamos entrar en la propiedad o llamar desde allí. Al no lo dudó. Abrió la pequeña puerta blanca y, con paso decidido, cruzó el jardín, saltó las escaleras del porche y dio un par de golpes en la puerta. Yo me quedé hipnotizada mirándole. Seguía teniendo aquella manera de andar arrogante, como si el mundo entero le perteneciera por el solo hecho de pisarlo. Y también seguía teniendo un culo increíble...

—Eli, ven aquí —me llamó impaciente.

Le obedecí y crucé el jardín con la cabeza baja, esperando que mi cara no siguiera roja cuando llegara hasta él. Por suerte, ni siquiera me miró. Se escuchaban pasos al otro lado de la puerta. Cuando se abrió, nos encontramos con un anciano vestido con una camisa hawaiana y unas horribles bermudas de camuflaje. Completaba su atuendo con unas sandalias de cuero y calcetines blancos y, a pesar de estar dentro de casa, gafas de sol y sombrero tejano.

—Disculpe. Creo que nos hemos equivocado... —dije con voz dubitativa—. Estábamos buscando al señor Grenville.

—¿Y por qué le buscan? —El hombre se quitó las gafas de sol para lanzarnos una mirada suspicaz.

—¿Es usted? —insistió Al.

—Eso depende de por qué le busquen. No estoy interesado en suscripciones a revistas, encuestas ni en comprar nada de lo que puedan ofrecerme.

—Puede estar tranquilo. No es nada de eso —intervine dando un paso adelante—. Nos han dicho que es usted un gran experto en la historia de esta isla y necesitamos hacerle unas preguntas.

—Ya estuve más de treinta años hablando de esas cosas en el museo, hasta que decidieron que ya era muy mayor, que divagaba demasiado y que aburría a los turistas. Si quieren saber cosas sobre la isla, vayan al museo y hablen con el becario que tengan contratado, a ver si sacan algo en claro.

El hombre retrocedió un par de pasos, dispuesto a cerrarnos la puerta en las narices, pero Al extendió la mano y lo evitó. Vi que se erguía e hinchaba el pecho mientras le clavaba al señor Grenville una mirada amenazadora. Parecía que no estaba de humor para aguantar tonterías de viejos gruñones.

—Señor Grenville, por favor, escúchenos —supliqué—. Sabe que están pasando cosas muy raras en la isla, todo eso de la epidemia y el estado de excepción. Nosotros no creemos que el CDC esté contando toda la verdad...

—¡Al fin alguien sensato! —gritó el hombre abriendo la puerta de par en par—. Pasen. Están en su casa.

Grenville se giró y empezó a alejarse por el pasillo sin comprobar si le seguíamos. Miré a Al, preguntándole qué debíamos hacer, y él se limitó a asentir con la cabeza y a hacerme un caballeroso gesto para que yo pasara primero. Entré sin estar muy convencida, pensando que si aquel tío estaba tan loco como parecía por su aspecto, yo sería la primera en ser asesinada. El pasillo confirmó mis peores miedos. No había trozo de pared que no estuviera ocupado. Había fotos del señor Grenville en diferentes momentos de su vida, posando en el museo con compañeros de trabajo o grupos de turistas. También había fotos antiguas de gente muy seria y elegante que supuse serían sus antepasados. Mezcladas con aquellas imágenes, sin ningún orden ni lógica, había decenas de fotos de gatos. Tuve que dejar de mirar las paredes para fijarme en el suelo y no tropezar. El pasillo estaba tan atestado de cosas que resultaba complicado caminar. Había pilas de libros por todas partes, solo interrumpidas por un par de areneros y cuencos con comida. Toda la casa apestaba a cerrado y a amoniaco. Cuando Al entró detrás de mí y cerró la puerta de la calle, dejando el pasillo en penumbra, tuve ganas de girarme y pedirle que nos marcháramos de allí sin decir adiós.

Seguí avanzando casi a ciegas siguiendo el ruido que Grenville estaba haciendo al trastear con los cacharros de la cocina. Cuando entré en la estancia, mis ganas de huir aumentaron. Por los cristales, que debían de llevar sin limpiarse desde que Fort Raleigh aún estaba en pie, se filtraba una luz amarillenta que convertía el lugar en un antro sucio y deprimente. Había gatos por todas partes: en las sillas, sobre la mesa, en la encimera... Vi que Grenville acababa de poner una tetera al fuego y que, tras disponer tres tazas, estaba soplando sobre unas cucharillas, seguramente para tratar de eliminar el pelo de gato de ellas. Me prometí a mí misma no tomar nada en aquella casa

aunque mi vida dependiera de ello.

—Podéis sentaros. —Nos invitó sin siquiera girarse hacia nosotros—. No os preocupéis por los gatos. Son muy cariñosos.

Me acerqué a una de las sillas, en la que una gata tricolor enorme disfrutaba de lamerse una de las patas traseras. Cuando estuve a su lado, el animal levantó la cabeza y me bufó mientras sus ojos lanzaban destellos brillantes. Me quedé paralizada, temiendo que saltara y me atacase, pero se limitó a descender de la silla con un elegante salto y salir de la cocina mientras maullaba algo entre dientes. Sacudí un poco el cojín antes de sentarme. Vestir de negro no era una buena idea si se iba a visitar un lugar en el que había más pelo de gato que aire respirable.

Al se sentó a mi lado y, tras echar un vistazo alrededor con cara de alucinado, sacó el paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta.

—No fume aquí —ordenó Grenville tras poner sendas tazas de té frente a nosotros—. Detesto el humo del tabaco.

Le miré sorprendida. Era imposible que alguien que convivía con aquel pestazo tuviera olfato, pero era su casa y no podíamos protestar. Al se encogió de hombros y volvió a guardar el paquete, aunque me echó una mirada con la que parecía suplicarme que nos marcháramos de allí lo antes posible.

—Señor Grenville, tenemos un poco de prisa —dije en cuanto él tomó asiento—. Como le decíamos, no estamos de acuerdo con las hipótesis que está manejando el CDC, por lo que estamos llevando a cabo una investigación paralela.

—¿Y en qué han pensado? —preguntó el hombre mirándome con los ojillos entrecerrados, como si estuviera tratando de leerme el pensamiento—. ¿Puede ser algún virus que se le haya escapado al gobierno? ¿O quizá están experimentando con nosotros? No, no... Puede ser el ataque de una potencia extranjera... O quizá ni siquiera sean de este mundo...

Me quedé unos segundos en silencio con la boca abierta y negando con la cabeza. No sabía qué decir. Aquel tío estaba como una cabra. Por un momento, me planteé que, aunque el nombre coincidiera, teníamos que habernos equivocado de casa. Aquel viejo chalado no podía ser la eminencia de la que nos había hablado Debbie.

—No es nada de eso —intervino Al tras esperar en vano a que yo reaccionara—, aunque nuestra hipótesis también se sale un poco de lo normal.

—Cuénteme —Grenville apoyó el codo en la mesa y se quedó mirando fijamente a los ojos de Al.

—Bueno, a ver cómo se lo explico. —Al tendió la mano hacia mí y yo le pasé la carpeta que llevaba. La abrió y, tras apartar varios cuencos de comida de gato, extendió sobre la mesa los mapas que había impreso Eric—. Hemos estado estudiando el modo en que se está propagando la enfermedad y hemos llegado a la conclusión de que no sigue un esquema natural.

Se giró hacia mí y me sonrió, dándome ánimos para que fuera yo la que continuara con la explicación. Suspiré mientras me decía a mí misma que el hecho de que Grenville estuviera medio loco podía ser algo positivo. Si era capaz de creer en conspiraciones y extraterrestres, podía estar abierto a la idea de una antigua maldición india.

—Como puede ver en estos mapas, el avance de la epidemia, como la llama el CDC, no sigue unos parámetros normales. Se expande en círculos concéntricos desde un punto concreto: la ubicación de la antigua colonia perdida.

El anciano recogió los mapas de la mesa y empezó a estudiarlos. Contuvimos la respiración, sin estar seguros de si iba a creernos o si nos echaría de su casa por decir locuras. Por suerte, tras examinar los mapas durante un par de minutos, volvió a dejarlos sobre la mesa y asintió.

—Tiene sentido. Continué.

—Bien. Lo que vamos a enseñarle ahora es confidencial —proseguí—. Tiene que darnos su palabra de que no se lo comentará a nadie.

Los ojos del hombre brillaron como si acabara de conectarse a la corriente eléctrica. Parecía que la palabra “confidencial” provocaba que todas sus hormonas se alterasen como las de un adolescente.

—Por supuesto, por supuesto... Pueden confiar en mí. Cualquier cosa que me cuenten no saldrá de esta habitación —contestó atropellando las palabras.

Dudé un par de segundos, pero acabé por convencerme de que podíamos contárselo todo sin peligro. Aquel hombre no debía de relacionarse con mucha gente del pueblo y, aunque lo hiciera, estaba segura de que no tendría mucha credibilidad entre sus vecinos. Alargué la mano y Al me pasó su teléfono móvil. Busqué hasta encontrar las fotos que nos había enviado Tala y se las enseñé a Grenville.

—Como puede ver si se fija en las fotos, los afectados por la enfermedad van desvaneciéndose progresivamente. Sé que parece una locura, pero estas fotos nos las ha enviado una persona que trabaja en el hospital y que es de nuestra entera confianza —expliqué mientras los ojos del hombre iban abriéndose más y más.

—¡Dios mío! —exclamó con cara de estar en éxtasis—. Esto es increíble. Deberíamos

informar a todos los periódicos.

—Nos ha prometido no contar nada —intervino Al con voz amenazante—. Además, no hay periódicos. Están todos cerrados debido al estado de excepción.

—Tranquilos. No diré nada —Grenville siguió mirando el móvil durante unos segundos antes de levantar la cabeza y fijar sus ojos en mí—. ¿Tienen alguna explicación para esto?

—Creemos que lo que les está pasando a estos pacientes es exactamente lo mismo que les sucedió a los pobladores de la colonia perdida: que aquella gente cayó bajo el influjo de un antiguo hechizo y se desvaneció.

—¿Perdone? ¿Ha dicho hechizo? —preguntó antes de dejar escapar una risita nerviosa.

Bufé enfadada. Aquel tipo, capaz de plantearse que podríamos estar siendo atacados por una civilización extraterrestre, se permitía burlarse de mí porque le hablaba de magia. Decidí ignorarle y seguir con mi explicación.

—Sí, hechizo. Creemos que en el pasado alguien realizó un ritual que hizo que los antiguos habitantes de la colonia perdida se desvanecieran sin dejar rastro y sabemos que, hace unos días, unas chicas realizaron un ritual que provocó que se desencadenara todo lo que está pasando.

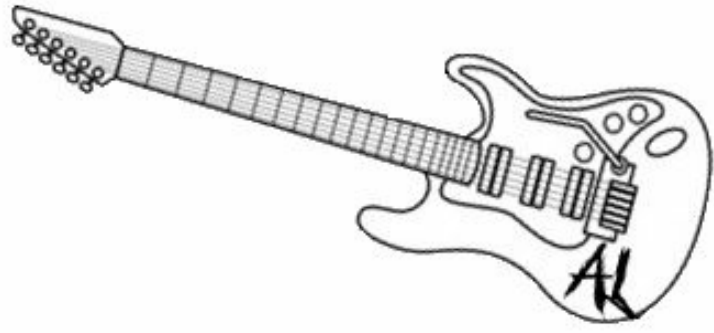
—Podría ser —contestó Grenville levantándose un poco el sombrero para rascarse la cabeza—. La mitología de los antiguos pobladores de Roanoke era muy rica y se cuenta que su magia era muy poderosa. ¿Saben algo sobre el ritual que pudieron realizar esas chicas?

Asentí y extraje con cuidado de la carpeta el papel amarillento escrito por el bisabuelo de Shima. Él lo recogió con respeto reverencial y se lo acercó a la cara para leerlo mejor.

—En ese ritual aparece la palabra Croatoan. Esa palabra fue la única pista que dejaron los colonos de Roanoke antes de desaparecer. ¿Sabe usted qué significa? ¿Es una maldición, una invocación a los ancestros o a algún espíritu guardián?

El hombre no me contestó, como si estuviera ignorándome. Leyó el papel hasta el final antes de apartar sus ojos de él y mirarme fijamente mientras negaba con la cabeza.

—No. Croatoan no es una maldición ni un espíritu. —Volvió a detenerse y tomó aire antes de seguir hablando—. Croatoan es un dios.



CAPÍTULO CINCO

El silencio se había adueñado de la pequeña cocina. No era un silencio absoluto, sino que estaba interrumpido por el ronroneo continuo de los gatos y algunos maullidos y bufidos lejanos. Aún así, Al casi podía escuchar el chisporroteo de sus neuronas al intentar cuadrar la información que aquel hombre acababa de darles. Se pellizcó el puente de la nariz con dos dedos, como si así pudiera forzar que sus pensamientos se volvieran más claros, mientras extendía la otra mano frente a sí para pedir más tiempo.

—A ver si nos entendemos... Yo esto lo he estudiado en la escuela —dijo al fin—. Los nativos americanos no tenían dioses. Adoraban a sus ancestros y a espíritus sagrados que simbolizaban todo eso del cambio de estaciones, el sol, la luna y demás, pero no tenían un dios como tenemos nosotros.

—Esa es una visión muy simplista de la mitología de los indígenas norteamericanos —repuso Grenville—. Las tribus de las praderas sí tenían una visión mitológica como la que usted comenta y ha acabado extrapolándose a las religiones de todas las tribus del país, pero la realidad era mucho más rica y compleja. Los indígenas de esta zona, pertenecientes a la tribu de los algonquinos, creían, como nosotros, en la inmortalidad del alma. Según esas creencias, cuando morían podían ir al cielo a vivir con los dioses o ser castigados a un lugar llamado Popogusso, que se encontraba cerca de la puesta de sol, donde había una fosa en la que arderían por toda la eternidad.

—Un cielo y un infierno, inmortalidad del alma... —comentó Eli—. Son unas creencias muy similares a la tradición judeocristiana. No lo esperaba.

—Ya... Como les he dicho, la gente se ha quedado con la idea de que solo adoraban a sus ancestros, representados normalmente por animales totémicos, o se dedicaban a hacer la danza de la lluvia. Sin embargo, había una gran diversidad entre las creencias de las diferentes tribus.

—Todo esto me parece muy instructivo, pero tenemos un poco de prisa —interrumpió Al—. Ha dicho que Croatoan es un dios. ¿Qué tipo de dios? ¿De los buenos o de los malos?

—No ha llegado mucha información sobre él hasta nuestros días. Las tribus que habitaron este territorio fueron diezmadas por las enfermedades traídas por los europeos y se declararon extintas a finales del siglo XVII —explicó Grenville después de fruncir el ceño, molesto por la interrupción—. Si tenemos en cuenta que esta gente no conocía la escritura y que, por lo tanto, no dejaron testimonios escritos de su cultura y leyendas, lo único que nos ha llegado es información

fragmentada, transmitida por algunos miembros que sobrevivieron al mezclarse con otras tribus.

—No le estamos pidiendo un informe detallado sobre esa cosa —insistió Al—. ¿Es de los buenos o de los malos?

—Disculpe a mi compañero —terció Eli dándole una patada por debajo de la mesa—: En ocasiones es demasiado impulsivo. Continúe, por favor.

Grenville se levantó de la silla y fue a servirse otra taza de té. Al sospechó que, en realidad, lo estaba haciendo para perder tiempo y hacerle pagar por sus continuas interrupciones. Decidió aprovechar que el hombre estaba de espaldas para lanzarle una mirada envenenada a Eli y advertirle de que no toleraría más patadas, pero ella no estaba prestándole la más mínima atención. Un cachorrillo de gato negro con unos enormes ojos amarillos acababa de subirse a su regazo y trataba de cazar uno de sus mechones de pelo. Cuando Al extendió la mano para acariciarlo, el cachorro se erizó y le bufó.

—Vaya, parece que yo no le caigo bien —comentó Al.

—Nunca le caes bien a los gatos y menos a los negros —contestó Eli con una sonrisa burlona—. Deberías haberte hecho a la idea hace años.

—A lo mejor es por esa manera suya de ver la vida —intervino Grenville—. Tanta prisa, tanta exigencia... A los gatos no les gusta la gente con esa actitud.

Al negó con la cabeza mientras se echaba hacia atrás en el respaldo y soltaba una risa. Llevaba toda la vida aguantando desplantes de los gatos, que eran unos animales chulos y prepotentes, y encima le decían que la culpa era suya. El gato negro le lanzó una última mirada de odio desde el regazo de Eli antes de saltar al suelo y salir corriendo de la cocina.

—¿Podemos continuar con lo nuestro? —preguntó—. Estábamos hablando de Croatoan, el dios, y ni siquiera ha podido decirnos por el momento si es un dios bueno o malo.

—Tengo malas noticias para ustedes —respondió Grenville tras asentir—. Croatoan es el dios de la oscuridad, el señor de las sombras, el amo del reino de los sueños y las pesadillas. Las leyendas cuentan que se ocultaba en la parte más oscura de los bosques, acechando a los nativos. Cuando la noche caía y la luz desaparecía, él podía salir y atrapar a sus víctimas para llevárselos a su reino.

—Suena a cuento para hacer que los niños no se adentren en el bosque —comentó Al—. No me puedo creer que se suponga que estamos luchando contra una versión nativa del hombre del saco.

—Al, por favor... —Eli volvió a lanzarle una mirada de advertencia, pero, al menos en aquella ocasión, prescindió de darle otra patada—. ¿Podrías mostrar un poco de respeto?

—Puedo callarme si quieres —dijo él levantando ambas manos en señal de disculpa—, pero no veo cómo estos cuentos de vieja van a ayudarnos. ¿En serio crees que ese bicho, sea un dios o lo que sea, lleva siglos agazapado esperando a que lo llamen? ¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo? ¿Solitarios?

—Habrá estado durmiendo —intervino Grenville—. Existe una teoría sobre el poder de los dioses que quizá podría interesarles.

—Cuéntenos, por favor —pidió Eli.

—Es una idea un poco loca, pero quizá pueda servirles. —Al tuvo que morderse la lengua para no comentar nada—. Según esta teoría, no habría dioses verdaderos y dioses falsos. Todos los dioses existirían desde el mismo momento en que son pensados por el hombre.

—Pero eso es una estupidez —le interrumpió Al—. Se supone que Dios estaba primero y que creó al hombre...

—Si va a mantener la mente tan cerrada, no vamos a llegar a ninguna parte. —Grenville le lanzó una mirada enfadada que hizo que Al se echase hacia atrás en su asiento—. Como decía, según esa teoría, que yo solo estoy transmitiéndoles y en la que ni creo ni dejo de creer, todos los dioses existirían en una especie de plano paralelo desde el mismo momento en que un hombre los imagina y cree en ellos, al igual que existen otras ideas abstractas como la paz o la justicia a pesar de que no las veamos. ¿Me sigue o tampoco cree en los conceptos abstractos?

—Por mí no se preocupe —contestó Al encogiéndose de hombros—. A la que tiene que convencer es a ella.

Grenville dejó escapar un bufido de desesperación y se giró hacia Eli. Ella le dedicó una sonrisa y le animó a continuar con un gesto.

—Bien, tenemos a todos esos dioses que alguna vez han sido imaginados viviendo en un plano paralelo —prosiguió el hombre—. ¿De qué depende su poder y su capacidad de interferir en el plano de los mortales? —Grenville calló durante unos segundos, como si aquello fuera una clase y estuviera esperando que sus alumnos respondieran—. ¡Pues de la fe de sus seguidores! Cuantos más seguidores tenga un dios, cuanta más gente crea en él y le dedique oraciones y sacrificios, más poderoso se volverá.

Grenville se quedó en silencio de nuevo mirando a Eli, pero esta no respondió nada. Tenía el ceño fruncido y movía los labios como si estuviera reflexionando en voz baja. Al la conocía

bien. Sabía que aquella era su manera de concentrarse, de intentar hilar a toda velocidad aquellas ideas con la información que tenían.

—Espero no molestar, pero hay algo en todo esto que no me cuadra —dijo Al ganándose de inmediato otra mirada de desdén de Grenville—. Tomemos como buena la idea de que Croatoan era el dios maligno de la tribu que habitaba esta isla... Esa gente se extinguió hace siglos. Ya no hay nadie que crea en él. ¿No debería haberse muerto solo? ¿A qué viene que se haya despertado ahora?

—Los dioses no mueren —intervino Eli en un susurro—. Simplemente se quedan en su plano, sumidos en un sueño eterno, esperando a que alguien vuelva a llamarlos. Lucille y sus amigas le invocaron, creyeron en él y, al hacerlo, le despertaron.

—Bueno, pero son solo tres crías —protestó Al—. ¿Cuánta fuerza puede darle a un dios que tres niñas crean en él? Si con que tres chavalas te invoquen se puede liar la que se ha liado, con la cantidad de tarados que creen en cosas raras que hay, tendríamos un dios suelto cada semana.

—Croatoan es especial —continuó Eli—. Los nativos creían que te atrapaba y te llevaba a su reino. Eso es lo que está haciendo. Durmió a las chicas y se las llevó a su plano para alimentarse de su espíritu y conseguir más fuerza. Con eso consiguió ampliar su área de influencia y afectar a más personas a las que también llevó a su plano. Cada nueva víctima es un nuevo seguidor, una nueva fuente de poder.

—¿De dónde sacas eso? —preguntó Al enarcando una ceja.

—Lo vi mientras estuve atrapada en ese plano y cuando soñé con él —explicó Eli—. A medida que sus víctimas van desapareciendo de este mundo, van haciéndose más solidas en el suyo. Es como si las estuviera absorbiendo hacia allí.

—Y eso fue exactamente lo que le pasó a la colonia perdida. No se marcharon ni fueron asesinados ni cayeron víctimas de una epidemia zombi y se devoraron unos a otros. —Grenville se detuvo al ver la mirada de incredulidad que le estaban lanzando Al y Eli—. No me miréis así. Es una de las hipótesis que se barajan...

—Creo que sí fue eso lo que les pasó —comentó Eli pensativa—. Quizá los indios, con los que habían tenido varios enfrentamientos, invocaron a Croatoan para que se llevara a los colonos.

—Eso no puede ser —repuso Al—. Las primeras afectadas fueron las chicas que hicieron el ritual. Si los indios lo hubieran hecho, también habrían caído dormidos.

—Puede que engañaran a los colonos para que ellos mismos realizaran el ritual —aventuró Grenville—. Según algunos estudios, en aquellos años una horrible sequía asoló esta isla. No

había nada que recolectar, los cultivos se agostaban, los animales morían... Quizá los indios les dijeron que, si invocaban a Croatoan, este les ayudaría.

—Bueno, eso no lo sabremos nunca —comentó Eli—. Fuera como fuera, lo llamaron y él empezó a llevarse a los colonos hasta que no quedó ninguno.

—Vale. Haré como que me creo toda esta locura —dijo Al—, pero en vuestra hipótesis falla algo. Una vez que Croatoan se llevó a todos los colonos, ¿por qué no continuó hasta acabar con el mundo entero?

—Bueno, puede ser que, cuando se le acabaron los colonos, ya no pudiera seguir expandiéndose más —aventuró Grenville—. Ya no tenía nada más que “comer” y fue apagándose poco a poco.

—Espero que esa no sea la explicación —dijo Eli con la vista fija en los mapas de Eric—. En aquella época eran solo ciento veinte colonos, pero ahora mismo viven más de seis mil personas solo en Manteo. Si consigue el suficiente poder para que su influjo llegue hasta el continente, será imparable.

Todos se quedaron en silencio, mirando a los mapas como si el hecho de observarlos con la suficiente intensidad fuera a hacer que la realidad cambiara. Al volvió a negar con la cabeza y chasqueó los labios para mostrar su disconformidad.

—Sigue fallando algo en vuestra hipótesis. En esta isla también vivía una tribu de nativos. ¿Por qué no los atrapó también a ellos y siguió incrementando su poder?

—No lo sé —admitió Grenville—. Quizá no le gustaba alimentarse de nativos.

—No puede ser eso —refutó Al—. Has dicho que creían que ese dios les acechaba entre las sombras del bosque para llevárselos, así que sí les atacaba a ellos. Deberían haber desaparecido también.

—A no ser que supieran cómo pararlo una vez que acabó con todos sus enemigos —intervino Eli con una sonrisa en la cara—. Tiene que haber un hechizo para detenerlo y vamos a encontrarlo.



CAPÍTULO SEIS

Cuando terminé de explicarles a Eric y Debbie lo que Grenville nos había contado, me quedé observándoles, esperando su reacción. Al se había ido a la ventana a fumar un cigarrillo y miraba aquel cielo púrpura como si fuera lo más normal del mundo. Debbie me contemplaba con la boca abierta. Parecía que estuviera planteándose si debía llamar al psiquiátrico más cercano para reservarme plaza. Eric estaba inclinado hacia delante, contemplando el suelo, mientras se alborotaba el pelo con una mano. Levantó la cabeza y me miró con el ceño fruncido.

—A ver si lo he entendido todo... —dijo con voz dubitativa—. Llegáis diciendo que tenéis buenas noticias y lo único que podéis contarnos es que Croatoan es un dios maligno, inmortal e indestructible que está llevándose a toda la gente del pueblo a su plano para ser cada vez más fuerte, que, con todas las víctimas que está consiguiendo, es posible que su influencia pronto llegue al continente, lo que lo hará imparabile, y que no tenemos ni puta idea de cómo detenerlo. ¿Se puede saber dónde coño veis las buenas noticias?

—Te dije que el chaval no se lo iba a tomar bien —comentó Al desde la ventana.

—No lo habéis entendido —dije—. Esto es lo mismo que le sucedió a la colonia perdida: Croatoan fue llevándose a todos a su plano hasta que no quedó ninguno.

—Pues sigo sin verle lo positivo —insistió Eric—. ¿Debemos alegrarnos de no ser los primeros desgraciados en ser devorados por esa cosa?

—No, por Dios... —Me di cuenta de que la respiración de Eric estaba volviéndose más rápida y superficial y decidí suavizar mi tono—. En aquella ocasión, se llevó a todos los colonos, pero no a los nativos de la isla, lo que quiere decir que conocían un hechizo para detenerlo una vez que hubo acabado con sus enemigos.

—Pues me alegro mucho por aquellos indios, pero nosotros no tenemos ni puta idea de cómo se para esa cosa.

—Lo sé, pero es muy probable que ese hechizo esté en el baúl del bisabuelo de Shima. Solo tenemos que encontrarlo —contesté mientras extendía la mano para ponerla en su rodilla y tranquilizarle—. Y aquí es donde vienen más buenas noticias: Grenville ha accedido a ayudarnos a revisar toda la documentación.

—Sí, pero ya nos ha dicho que, aunque es un experto en revisar documentos antiguos, no tiene ni idea de magia, así que no sé si nos va a servir de ayuda —comentó Al.

—Bueno... Para eso estoy yo. —Intenté que mi voz sonara segura, pero ni siquiera pude mantenerle la mirada.

—¿Pasa algo, Eli? —preguntó acercándose a mí—. No te veo muy confiada...

Me maldije por lo bien que me conocía. En ocasiones parecía leer en mí como en un libro abierto. Negué con la cabeza y levanté la mirada para encontrarme con sus ojos. Parecía preocupado por mí, así que sonreí antes de contestar.

—Es que no conozco mucho de este tipo de magia. Es muy diferente a todo lo que yo he hecho durante toda mi vida. Me preocupa tener delante el hechizo y no ser capaz de reconocerlo.

—La magia es magia —intervino Debbie—. No debería ser tan difícil.

—Pues lo es. No conozco sus creencias, ni sus costumbres, ni sus leyendas, ni los nombres de sus deidades... Me da miedo que para mí sea como leer en un idioma extranjero.

—¿Hay alguna manera en la que podamos ayudarte? —preguntó Eric.

Le dediqué una sonrisa sincera. Me encantaba aquel chico. Acababa de confesarles una debilidad y no se enfadaba ni se preocupaba. Lo único en lo que pensaba automáticamente era en ayudarme.

—A no ser que me digas que eres un experto en religiones nativas americanas y que nos lo habías ocultado hasta el momento, me temo que no.

—Pues no lo soy, pero creo que conocemos a alguien que podría serlo.

—¿Quién? —preguntamos los tres al unísono.

—Tala, la auxiliar de enfermería del hospital —contestó él encogiéndose de hombros como si aquello fuera lo más obvio del mundo—. Vamos, la habéis visto: tiene rasgos de nativa americana y nos contó que su abuela practicaba la magia y que intentó enseñarle todo lo que sabía, pero que ella no tenía sus capacidades.

—Es cierto. Sería de gran ayuda —dije mientras negaba con la cabeza—. Es una pena que esté encerrada en el hospital y que no podamos llegar hasta ella ni llamarla por teléfono.

—Joder, pues algo hay que hacer —intervino Al—. Si la necesitamos, habrá que buscar la manera de contactar con ella.

—¿Vas a explicárselo tú al CDC? Esa mujer es tan inaccesible para nosotros como si estuviera en la cara oculta de la Luna —dije tras soltar un suspiro.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Eric apenado—. Se nos acaba el tiempo. Según mis

cálculos, no nos quedan mucho más de veinticuatro horas antes de que el hechizo llegue a esta zona.

—Esa es otra noticia buena que teníamos que daros —comentó Al con una sonrisa sarcástica en la cara—. Grenville nos ha dicho que tiene una cabaña de pesca en la zona de los pantanos, al sur de la isla. Si mañana por la noche no hemos conseguido detener esto, estamos invitados a pasar una temporada allí.

—Genial, un pantano... Mis vacaciones soñadas: mosquitos enormes, culebras, caimanes... —dijo Eric mientras negaba con la cabeza.

—Y gatos —le cortó Al—. Decenas de gatos. Estoy seguro de que insistirá en llevárselos a todos.

—Bueno, eso al menos nos dará dos o tres días. —Eric se frotó los ojos para despejarse—. Voy a ver si me da tiempo a leer unos cuantos papeles más antes de ir a dormir.

—No. Ya basta de estudiar por hoy —intervine—. Estamos todos agotados. Vamos a cenar algo y a dormir.

—Ya vamos a dormir hasta aburrirnos si el hechizo nos pilla —protestó Eric—. Además, como dice la canción *I'll sleep when I'm dead*^[1].

—¿En serio? —preguntó Al, enarcando una ceja—. ¿Tenías que citar justo una canción de los putos Bon Jovi?

—Joder... ¿Qué problema tienes con Bon Jovi? —protestó Eric—. A mí me gusta.

—Ese es precisamente su problema: que a todo el mundo le gusta —contesté tras levantarme del sofá para dirigirme a la cocina—. Es una historia muy larga. Vamos, os la contaremos mientras cenamos.

Hacia ya un rato que el murmullo de voces procedente de la habitación de Debbie y Eric se había extinguido. Parecía que el chico estaba realmente agotado y que aquella noche no iba a haber juerga nocturna. Yo ya llevaba un rato acostada, de espaldas a la puerta, esperando a que Al entrara en la habitación y se metiera en su cama, pero él había salido al porche con una cerveza después de cenar y parecía que no tenía ninguna prisa por venir. Empezaba a ponerme nerviosa. Al final, se iba a meter en un lío por saltarse el toque de queda.

Escuché sus pasos acercándose por el pasillo y noté que el estómago se me encogía. Me sentí estúpida. ¿Por qué me emocionaba de aquella manera por el solo hecho de que él se

acercase? No iba a pasar absolutamente nada entre nosotros. Ninguno de los dos lo permitiría. Sin embargo, a pesar de aquellos pensamientos, noté que el corazón se me alborotaba.

Él abrió la puerta y, sin encender la luz, se acercó a su cama. A pesar de que intentaba no hacer ruido, escuché que tiraba de la manta hasta conseguir sacarla. Me giré y vi que se dirigía de nuevo a la puerta con ella bajo el brazo. Me senté en la cama y encendí la luz de la mesilla.

—¿Dónde vas? —pregunté extrañada.

Él se había quedado paralizado, congelado en el movimiento de ir a agarrar el picaporte. Tras un par de segundos, soltó un largo suspiro, bajó el brazo y contestó sin girarse hacia mí.

—Voy a dormir en el sofá. Ahora que los padres de Debbie no están, no hace falta que finjamos que estamos casados.

—No es necesario que te vayas —dije con una sonrisa—. Ese sofá tiene pinta de ser muy incómodo y a mí no me molesta que duermas aquí.

Tardó un poco en reaccionar. Se giró hacia mí, bajó la mirada al suelo y volvió a suspirar, como si necesitara tiempo para encontrar el valor para hablarme.

—Es que a mí sí me molesta dormir contigo.

—¿Y eso? ¿Estás enfadado? —Esperé hasta que asintió—. ¿Te he hecho algo?

Su reacción me tomó totalmente desprevenida. Empezó a reírse en voz queda, con una risa en la que no había el menor rastro de humor. Cuando levantó la cabeza y fijó sus ojos en mí, pude ver de nuevo aquella mirada de fuego azul que tanto temía.

—No puedo creer que ni siquiera te hayas dado cuenta. Por supuesto que has hecho algo: lo mismo de siempre.

—No te entiendo...

—Has vuelto a deshacerte de mí con una excusa estúpida para hacer lo que te dé la gana sin consultarme. —En un par de zancadas llegó al lado de mi cama, se sentó en ella y se inclinó hacia mí. Nuestras cabezas quedaron a pulgadas de distancia, pero, aún así, pude conservar la compostura y aguantarle la mirada—. Me has mandado a acompañar a Debbie y a sus padres para tener el camino libre e ir a colarte en casa de los Gibson.

Aquella actitud altanera y agresiva estaba empezando a enfadarme de verdad. Entrecerré los ojos y negué con la cabeza antes de responderle.

—No veo por qué tendría que habértelo consultado. Yo ya no te debo ninguna explicación

—dije con la voz más fría que fui capaz de fingir.

—Vaya... Pensaba que volvíamos a ser un equipo. Claro que también lo pensaba cuando estábamos juntos. Está visto que los años no han hecho que espabile.

Me dirigió una última mirada resentida y se levantó de la cama para volver a dirigirse a la puerta.

—Era una buena idea y sabía que tú ibas a poner pegajos y a decir que era demasiado peligroso.

No entendía por qué había empezado a dar explicaciones. Me sentí traicionada por mí misma. Estaba segura de que en ningún momento mi cerebro había dado la orden para que me disculpara. Debía de ser víctima de algún extraño complot entre mi corazón y mis labios. Al menos, conseguí que se detuviera y volviera a girarse hacia mí.

—No era una buena idea, Eli. Era una absoluta estupidez —dijo remarcando las dos últimas palabras—. Yo podría haber ido a esa casa, llamar al timbre, explicarle a Shima lo que pasaba y convencerla de que nos dejara investigar.

Tuve ganas de rebatir su argumento, pero las palabras murieron en mi boca. Sabía que tenía razón, que seguía teniendo aquel encanto que hacía que la gente le dijera que sí a todo, que no hubiera nadie que pudiera negarle algo al gran Aleister McNeal. No supe por qué, pero aquello me puso furiosa.

—A lo mejor prefería ir con Eric —dije para herirle.

—Por supuesto que prefieres ir con Eric a todas partes. Y te voy a decir por qué: Él no te rebate nada, nunca discute y siempre obedece. Siempre está a tu servicio, le pidas lo que le pidas.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¿Cómo crees que se sentiría él si supiera que le quieres a su lado porque es manejable?

No supe qué contestar. Lo que estaba diciendo Al no era verdad. Yo apreciaba de verdad a Eric, le tenía muchísimo cariño, pero Al había acertado en que mi principal razón para elegirle a la hora de ir a allanar la propiedad de los Gibson había sido que sabía que él no pronunciaría ni una sola palabra en contra de mi plan.

—No has cambiado nada. Sigues manipulando a la gente a tu antojo. —Su mirada se entristeció—. Espero que algún día empieces a tratar a los demás como a personas y no como a peones al servicio de la reina oscura que te crees que eres. Me gustaría mucho que llegara ese día.

Salió de la habitación sin decir nada más. Escuché cómo atravesaba el pasillo y el salón y

cómo cerraba la puerta exterior de un portazo. Tuve ganas de correr tras él y discutir cada una de sus palabras, pero no conseguí reunir el valor para hacerlo. Durante años había intentado que nadie me importara, que ninguna persona atravesara la coraza que me había construido. ¿Era posible que hubiera tenido demasiado éxito y que ya no fuera capaz de querer a nadie? No. Eso no era verdad. Lo mucho que me habían dolido las palabras de Al era la prueba de que mi corazón seguía sintiendo.

Esperé un buen rato, atenta a escuchar el sonido de la puerta de la calle para saber si Al regresaba, pero no lo hizo. Al cabo de más de media hora, no pude contenerme más y salí de la cama para buscarle. Aquel estúpido era capaz de dormir en el coche y acabar detenido por el ejército. Crucé el salón y, tras echar un vistazo al sofá para asegurarme de que no había vuelto a entrar sin que yo me enterara, me asomé a la ventana. No estaba sentado en el porche. Divisé el Impala aparcado al otro lado de la verja y salí de casa para obligarle a entrar aunque tuviese que arrastrarle, pero, cuando llegué al coche, me quedé paralizada. Al tampoco estaba allí.



CAPÍTULO SIETE

No había pretendido dar aquel portazo, con el que seguramente había despertado a todos los habitantes de la casa, pero no pudo evitarlo. Eli le sacaba de quicio de tal manera que no podía controlarse... Se corrigió. No era Eli la que le sacaba de quicio y le volvía loco. Era lo que sentía por ella, todas aquellas emociones estúpidas y equivocadas que no conseguía contener... ¡Joder! Ella no había cambiado en absoluto en todo aquel tiempo. Seguía siendo una egoísta, una manipuladora, una persona desquiciada por sus propios poderes sin ningún tipo de escrúpulo moral a la hora de hacer lo que consideraba correcto. Lo sabía, cuanto más trataba con ella más lo confirmaba y, sin embargo, en cuanto la tenía cerca, no podía pensar en otra cosa que en mandar lo todo a la mierda y besarla, refugiarse en sus brazos y volver a sentirse en casa.

Atravesó el jardín casi a la carrera. Tenía que huir, aunque no supiera adónde. Cuando se encontró en la acera, se detuvo y miró a ambos lados de la calle. No había ningún sitio al que ir. De hecho, solo por estar en la calle a aquellas horas, se estaba arriesgando a que le detuvieran o le pegaran un tiro. Negó con la cabeza y se encogió de hombros. Ya que iba a arriesgarse, al menos que fuera por algo útil. Si Eli podía hacer gilipolleces sin consultárselo, él podía hacerlas aún más grandes... Bueno, aquello no era exactamente lo que quería expresar, pero le valía. Sin darse tiempo a pensar y arrepentirse, se dirigió con paso decidido a la comisaría del pueblo.

Las calles estaban totalmente desiertas. No se oía ni un solo paso ni voces que llegaran desde el interior de las casas. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto. Los habitantes de Manteo intentaban protegerse de aquel enemigo invisible que se los iba llevando uno a uno sin que hubiera posibilidad de luchar o defenderse. De vez en cuando, escuchaba el sonido de un motor en alguna calle cercana y tenía que ocultarse por si era alguna patrulla del ejército comprobando que se cumpliera el toque de queda. Por suerte, el camino hasta la comisaría no era largo y pudo recorrerlo en completa soledad, acompañado tan solo por la luz de las farolas y por una luna que cada noche parecía más pálida y débil, como si aquel desagradable tono morado del cielo la estuviera enfermando.

Divisó la comisaría al girar una esquina. Gracias a la luz que salía por los cristales de la puerta, distinguió la silueta de un policía armado con un fusil. Volvió a esconderse tras la esquina y tomó aire varias veces para infundirse valor. Esperaba que aquel hombre no se asustara y decidiera pegarle un tiro antes de que pudiera acercarse. Se dijo a sí mismo que la situación no podía estar tan mal. Ni siquiera durante los disturbios habían utilizado munición real. Apretó los puños, se susurró a sí mismo un “Vamos, Al” y giró la esquina para acercarse al edificio.

Empezó a caminar con paso renqueante, avanzando en zigzag como si estuviera borracho. No pasaron más de dos o tres segundos antes de que el guardia de la puerta le diera el alto.

—¿Quién anda ahí? —En el silencio de la noche se escuchó con claridad como amartillaba el arma—. Deténgase. No avance ni un solo paso más.

Al extendió los brazos ante sí, tratando de demostrar que no era peligroso, mientras continuaba acercándose con pasos cada vez más tambaleantes.

—He dicho que se detenga —gritó el guardia con un tono de voz que rayaba en la histeria—. Si sigue acercándose, tendré que disparar.

Aquellas palabras le hicieron dudar durante un segundo. Aquel hombre parecía realmente nervioso y, si se asustaba demasiado, se le podía resbalar el dedo en el gatillo. A pesar de que era un policía y se le suponía un entrenamiento en situaciones de tensión, Al dudaba de que en aquel pueblo hubieran tenido que enfrentarse antes de aquello a nada más peligroso que una pelea de borrachos o el robo de la cartera de algún turista. Aún así, decidió continuar. Ya estaba metido en un lío. No había marcha atrás.

Ignoró los gritos del policía y llegó hasta la acera en la que se encontraba la comisaria. Exageró aún más el tambaleo de su andar y, en cuanto pisó el camino de entrada a la comisaria, se dejó caer al suelo. Le pareció que su desmayo le había quedado bastante convincente. De hecho, el dolor que le llegó desde el hombro izquierdo al chocar contra el pavimento le sugirió que quizá había sido demasiado realista. Se quedó boca abajo, totalmente quieto y con los ojos cerrados, tratando de parecer profundamente dormido.

Escuchó los pasos del policía acercándose a él. El muy capullo incluso le dio una patada en el costado para ver si reaccionaba. Se forzó a no mover un músculo y a controlar su respiración. Nadie dormía respirando como un toro embravecido. En aquel momento, el recuerdo de la voz de Eli vino en su ayuda. “Relájate y respira con el estómago. Toma aire, mantenlo dentro y ve soltándolo con suavidad mientras sientes como la calma va invadiendo todo tu cuerpo”. Le había hecho practicar la respiración cientos de veces para que pudiera ayudarla en sus sesiones de ouija. Llevaba sin pensar en aquello desde que se separaron, pero, en aquel momento, el recuerdo fue tan claro como si ella estuviera susurrando en su oído.

El policía se separó de él, regresó a la puerta de la comisaria y la abrió para hablar desde allí:

—Franz, tenemos un bello durmiente en la acera. Avisa al hospital.

Se permitió una pequeña sonrisa. Parecía que su plan estaba funcionando. Ya solo tenía que

rezar para que le llevaran al mismo hospital en el que estaba Tala. Si le trasladaban a cualquiera de los otros edificios que estaban utilizando como centros de contención de la epidemia, todo aquello no habría servido de nada y, además, estaría metido en un lío de los gordos.

La ambulancia no debió de tardar más de cinco minutos, pero se le hicieron eternos. Nunca habría pensado que fuera tan difícil mantenerse totalmente quieto. El hombro le seguía doliendo y la acera no era precisamente la superficie más cómoda del mundo, pero estaba seguro de que el policía continuaba mirándole, así que no podía moverse para buscar una postura mejor. Por suerte, pronto escuchó el motor de un vehículo que se acercaba a toda velocidad. La ambulancia aparcó a su lado con un frenazo brusco. Escuchó cómo se abría la puerta trasera y los pasos apresurados de dos hombres. Aprovechando que estaba boca abajo y que no podían verle la cara, abrió un poco los ojos y pudo ver que iban enfundados en sendos trajes de plástico blanco, de aquellos que se utilizaban para no contagiarse.

Le alzaron del suelo y le colocaron boca arriba en una camilla. Desde aquel momento, podían verle la cara, así que tendría que tener aún más cuidado en mantenerse totalmente quieto e inexpresivo. Como plan era perfecto, pero justo en aquel puto momento, había empezado a picarle la nariz. Siempre tenían que pasar esas cosas cuando uno no podía rascarse. Se forzó a dejar de pensar en ello y a concentrarse de nuevo en mantener el ritmo constante de su respiración, ayudado por el recuerdo de la voz de Eli, que parecía grabada a fuego en su cerebro.

Cuando la ambulancia se detuvo, los dos hombres sacaron la camilla y la empujaron sobre el asfalto. Escuchó el siseo de unas puertas automáticas al abrirse y sintió, a través de sus párpados, el brillo de las lámparas fluorescentes. Se moría de ganas de abrir los ojos y comprobar si le habían llevado al hospital, pero no podía arriesgarse. Durante unos segundos, el olor a medicamentos y desinfectante le tranquilizó, hasta que pensó que los otros centros, también repletos de enfermos, debían de oler exactamente igual.

—Aquí te traemos a otro —anunció uno de los tipos de la ambulancia.

—Joder, esto no para ni de noche —contestó una voz de mujer—. Es desesperante.

No pudo evitar fruncir el ceño. Aquella voz le sonaba, le sonaba mucho, pero no sabía precisar dónde la había escuchado antes. Siguió fingiendo que dormía mientras los dos hombres le levantaban de la camilla, sin ser demasiado cuidadosos, y le depositaban en una cama.

—Ahí te lo dejamos —dijo otra voz masculina—. Vamos a ver si tenemos más avisos.

Escuchó cómo salían de la estancia y cerraban las puertas. Pensó en abrir los ojos para ver si se había quedado solo, pero, por suerte, antes de que pudiera hacerlo, notó el tacto de unas manos suaves y un poco frías que le levantaban la manga de la camiseta. Unos segundos después,

sintió una pieza de tela alrededor de su brazo. La persona que se había quedado con él debía de ser una enfermera y estaba tomándole la tensión. Pensó que ella estaría atenta al aparato, así que se arriesgó y entreabrió un ojo. Tal y como había pensado, había una chica a su lado. También llevaba puesto uno de esos horribles trajes de plástico con gorro y mascarilla, así que no pudo verle la cara. Sin embargo, sus ojos le llamaron la atención. Tenía unos ojos azules increíbles, de un tono oscuro e intenso. ¿Dónde había visto esos ojos antes? La respuesta le llegó como un chispazo. Eran los mismos ojos de Debbie. Aquella chica tenía que ser su hermana Keira. No podía creer que hubiera tenido tanta suerte. Abrió los ojos del todo y echó una mirada al lugar. Había esperado estar en una habitación de hospital, pero lo que vio le congeló la sangre en las venas. Se encontraba en una especie de oscuro almacén, iluminado por las descarnadas y frías luces de algunas lámparas fluorescentes. A su alrededor había decenas de camillas, cada una de ellas ocupada por una persona dormida. No estaban conectados a ninguna máquina que controlara sus constantes ni se veía ningún bote de suero con el que estuvieran administrándoles medicación alguna. Simplemente estaban quietos, abandonados, como si solo fueran mercancía olvidada.

Cuando se aseguró de que no había más personal en la estancia, se incorporó y, con un solo movimiento, cubrió con su mano la boca de Keira para evitar que gritara. Ella abrió los ojos de par en par, asustada. Él se llevó el índice de la otra mano a los labios para pedirle silencio y, después, le lanzó una sonrisa esperando que aquello la tranquilizara.

—Keira, no te asustes —le pidió—. Soy Aleister McNeal, un amigo de tu hermana Debbie. Ella nos presentó. ¿Te acuerdas?

La chica entrecerró un poco los ojos, como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar, y, al cabo de un par de segundos, asintió tímidamente con la cabeza. Al volvió a sonreír y siguió hablando en susurros.

—Ahora voy a quitarte la mano de la boca, pero tienes que prometerme que no vas a gritar.

Esperó hasta que ella volvió a asentir y retiró la mano despacio, por si ella había mentido y tenía que volver a ponerla. Por suerte, Keira no gritó. Se quedó mirándole y se llevó una mano al corazón, como si tratara de detener sus alocados latidos.

—Joder... ¿Tú sabes el susto que me has dado? —dijo al fin—. ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Es que estás loco?

—Necesito encontrar a una persona: a Tala, la auxiliar de enfermería. Sabes quién es, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sé, pero no se puede entrar ni salir del hospital. Si te pillan, acabarás detenido.

—Pues ayúdame a que no me pillen —contestó Al guiñándole un ojo con complicidad—. Sé que todo esto parece una locura, pero necesito encontrar a Tala.

—¿Para qué?

Al frunció el ceño. Parecía que Keira no estaba dispuesta a ayudarle si no le daba una explicación convincente. Lanzó un largo suspiro y asintió antes de empezar.

—Está bien. Te haré un resumen. No podemos perder el tiempo. —La chica accedió con un gesto—. Ya hablamos sobre esto cuando Eli estuvo ingresada, aunque no pareció que quisieras aceptarlo. Lo que tenéis aquí no es una epidemia, no tiene nada que ver con ninguna enfermedad.

—¿Y entonces qué es?

—Joder... Hasta a mí me suena a locura... —Negó con la cabeza mientras miraba al suelo, incapaz de enfrentarse a la mirada de incredulidad que le iba a dirigir Keira—. Es un hechizo.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Deja que te explique —dijo levantando ambas manos para pedirle tiempo—. No se extiende como las enfermedades normales, no salta de una persona a otra ni se transmite por el aire, por el agua o por la comida. Se va extendiendo en círculos concéntricos desde el punto en el que comenzó y pronto afectará a toda la isla sin que el CDC pueda hacer nada por evitarlo.

—Todo eso es una locura...

—Sé que lo parece... Incluso a mí me lo parece, pero piensa un momento... ¿Sabéis cómo se contagia la gente? ¿Los síntomas se parecen a los de alguna otra enfermedad que conozcáis? ¿Sabéis qué causa la enfermedad o cómo pararla? Si la respuesta a cualquiera de esas preguntas es sí, me levantaré y no te molestaré más, pero, si no puedes contestar a ninguna de ellas, deberías ayudarme, porque nosotros sí estamos avanzando en nuestras investigaciones. Debes ayudarme por toda la gente de esta isla... Por tus padres, por tu hermana Sammy...

Keira se le quedó mirando con la boca abierta y los ojos brillantes. Parecía que estaba tratando de contener las lágrimas. Quizá aquella alusión a su familia había sido un golpe bajo, pero necesitaba que le ayudase. La chica acabó asintiendo y, tras hacerle un gesto con la cabeza para que la siguiera, se dirigió a un armario colocado en una esquina de la habitación. Lo abrió y le tendió un paquete.

—Rápido. Ponte esto —ordenó.

Al abrió el paquete y encontró uno de aquellos trajes de plástico blanco, un gorro, guantes,

mascarilla... Las medidas de seguridad implantadas por el CDC iban a jugar a su favor. Con todo aquello puesto, nadie podría saber que no era uno de los empleados del hospital.

—Creo que Tala acabó turno hace un par de horas, así que estará durmiendo —dijo Keira cuando estuvo vestido—. Vamos a buscarla.

Cuando llegaron a la puerta, Al se detuvo y la agarró por un brazo. Miró hacia atrás, a todas aquellas camillas llenas de durmientes a los que nadie estaba prestando atención.

—¿Qué hace aquí toda esta gente? —preguntó—. ¿No les va a atender nadie?

—Estos son los pacientes que han llegado en las últimas cuatro horas —contestó Keira—. A las ocho de la mañana llegará un empleado del CDC para hacer una comprobación rutinaria y certificar que tienen la enfermedad. Después de eso, se les trasladará a uno de los centros de contención.

—¿Y allí serán atendidos correctamente?

—No lo sé —admitió Keira con voz apenada—. Esta situación se nos ha ido de las manos. No hay equipos para monitorizar a tantos pacientes, no hay personal, no sabemos qué medicación se les podría dar... Supongo que dejarán de estar almacenados aquí para estar almacenados en otro lugar.

Al echó una última mirada a aquella sala desangelada llena de personas para las que, en aquel momento, no había ninguna esperanza. Se corrigió a sí mismo. Sí había esperanza. Ellos podrían hacer algo. Aquello le dio el valor suficiente para cruzar la puerta e internarse en los pasillos del hospital. A pesar de que el traje le cubría por completo y que nadie podría reconocerlo, se sintió expuesto e indefenso. Estaba seguro de que, si el CDC le descubría, no serían muy amables con él. Por suerte, recorrieron el pasillo sin cruzarse con nadie hasta llegar al ascensor. Cuando las puertas se cerraron, Al sintió que su tensión se rebajaba, aunque solo fuera por unos segundos.

—¿Cómo están los primeros pacientes? ¿Han empeorado? —se atrevió a preguntar.

—Siguen igual —contestó Keira evitando su mirada—. Dormidos.

No hacía falta ser un experto en psicología para saber que la chica estaba mintiendo. Al la agarró por un brazo e hizo que se girara hacia él para poder mirarla a los ojos.

—Keira, dime la verdad. Sé que se están desvaneciendo, que están desapareciendo. Tala nos enseñó fotos.

Keira echó la cabeza a un lado y se mordió el labio inferior. Al la agarró por la barbilla,

tratando de no ser brusco, y la obligó a mirarle de nuevo.

—Dime la verdad —insistió.

—Casi no están... —contestó antes de que su voz se rompiera en un sollozo.

Él la observó durante unos segundos, esperando a que se explicara. ¿Qué significaba aquello?

—¿Qué quieres decir? —preguntó al ver que Keira seguía en silencio.

—Kathy y Natalie casi han desaparecido. No se las puede ver... Sabemos que están ahí por el bulto bajo la ropa de cama y porque los monitores siguen registrando sus constantes vitales... Es enfermizo, es una locura...

Las puertas del ascensor se abrieron y Keira salió a un nuevo pasillo. Al tardó un par de segundos en reaccionar y salir tras ella. Las palabras que había pronunciado le habían dejado helado. Podía imaginarse perfectamente aquellas camas en las que se suponía que había alguien a quién no se podía ver, la cara de desconcierto de los médicos y enfermeras ante una realidad que escapaba a toda lógica... De repente, un pensamiento vino a su cabeza y le dejó aún más helado. Volvió a agarrar a Keira por el brazo para hacer que se detuviera.

—Supongo que Kathy y Natalie son las chicas que fueron ingresados junto a Lucille. ¿Cómo está ella?

—Ya no está —respondió Keira con un hilo de voz—. Sus constantes fueron apagándose poco a poco: su ritmo cardíaco fue disminuyendo, su frecuencia respiratoria se redujo, su temperatura bajó a niveles que no eran compatibles con la vida... No pudimos hacer nada por salvarla. Simplemente se apagó y desapareció por completo.

Al no contestó. Todo aquello era demasiado grande como para asimilarlo. Si Lucille ya había sucumbido, pronto la seguirían las dos chicas que realizaron el ritual con ella. Y, después, Sammy y su otra amiga. Y, poco a poco, todo el pueblo. Y, si no podían detenerlo, quizá el mundo entero. Le entró tal sensación de urgencia, de vértigo, que le dio la impresión de que el suelo se tambaleaba bajo sus pies. Por desgracia, no tuvo tiempo de recomponerse. Una puerta se abrió un poco más adelante y alguien, también vestido con uno de aquellos trajes blancos, se aproximó a ellos.

—Buenas noches, Murphy —saludó Keira.

—Serán para ti —respondió el tipo—. Solo he podido dormir cuatro horas y ya me han llamado para currar otra vez.

—Cooper y yo estamos igual. —Keira se giró hacia Al y le dio un suave puñetazo en el brazo para que reaccionara. Al se limitó a asentir y esbozó una sonrisa nerviosa, a pesar de que con la mascarilla no podrían verla—. Pero aguantamos como campeones. ¿Verdad, Cooper?

Al volvió a asentir, sintiéndose más nervioso a cada segundo. Bajó la cabeza y se quedó mirando los azulejos del pasillo como si fueran lo más interesante que había visto en la vida.

—Joder, Cooper... No te había reconocido. Con esta mierda de trajes, parecemos todos iguales. —Se acercó un poco a Keira y bajó el tono de voz—. Todos menos tú, claro. Con esos ojazos, podría reconocerte entre un millón.

—Vaya, parece que no estás tan cansado —respondió Keira tras soltar una risa.

—Para ti, nunca. Recuerda que, si sobrevivimos a este apocalipsis, tenemos un café pendiente.

—Claro. Lo recordaré. Bueno, nos vamos que tenemos que seguir trabajando.

El hombre asintió y siguió pasillo adelante. Al esperó hasta que desapareció tras una esquina antes de atreverse a soltar un largo suspiro. Había tenido suerte de que aquel tipo solo tuviera ojos para Keira.

—Será baboso —dijo de repente la chica—. Todo el puto día metiéndonos fichas a las enfermeras. Me gustaría saber cómo se lo tomaría su mujer si se enterara. No se quedara dormido él y dejará de dar por culo...

—Keira, esa boca... —Al no pudo evitar que se le escapara una carcajada.

—Perdona, es que no puedo con él. Vamos. La habitación de Tala no está lejos.

Siguieron andando hasta que Keira se detuvo frente a una puerta. Puso la mano en el picaporte y se dispuso a entrar.

—Las habitaciones son compartidas y no queremos que Tala se asuste y despierte a las demás, así que espérame aquí.

—Vale, pero no tardes —contestó Al—. Dile a Tala que han venido del CDC para trasladarla a otro centro y que recoja sus cosas.

—¿Pero piensas llevártela? —preguntó Keira sorprendida—. ¿No querías solo hablar con ella?

—Tranquila. No voy a secuestrarla. Después de hablar, ella querrá venirse conmigo. Y tú también. —Keira negó con la cabeza—. No puedo explicártelo ahora. Nos pueden pillar. Saca a

Tala y buscaremos un sitio tranquilo para hablar.

Keira no protestó. Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Al se acercó a un carrito que estaba aparcado al lado de una puerta y fingió estar muy ocupado ordenándolo por si alguien aparecía en el pasillo. Keira estaba tardando una eternidad y se sentía cada vez más expuesto y nervioso. Además, se moría de ganas de fumarse un cigarrillo, pero aquello era lo último que podía hacer.

Escuchó cómo se abría la puerta de la habitación en la que había entrado Keira y vio salir a las dos mujeres. Tala ya se había puesto su traje blanco de protección y no podía verle la cara, pero tenía la mirada confusa y perdida, como si siguiera medio dormida. Por suerte, parecía que había seguido las instrucciones de Keira al pie de la letra, porque llevaba una mochila en las manos.

—¿Hay algún sitio en el que podamos hablar tranquilos? —preguntó Al.

—Espera... —intervino Tala—. Me suena tu voz... Tú no eres del CDC.

—Soy Aleister McNeal. Hemos hablado varias veces. —Agarró a Tala por un brazo para hacer que se pusiera en movimiento y siguiera a Keira, que ya les guiaba a través del pasillo—. Enseguida te lo explicaremos todo.

Cuando Al terminó de hablar, buscó un sitio libre en la pared, entre las estanterías llenas de productos de limpieza y las escobas y fregonas que atestaban aquel pequeño cuarto, y apoyó la espalda. Ya lo había explicado todo. Solo le quedaba esperar que Tala y Keira le creyeran y quisieran marcharse con él. Y encontrar una manera de salir de aquella ratonera, claro.

—Todo esto es una locura —dijo Keira mirándole como si acabaran de salirle tentáculos—. Es todo tan ridículo que no sé ni por dónde empezar a discutirlo.

—No tenemos tiempo para estar discutiendo —la cortó Al—. Va a ser muy difícil explicar qué hacemos aquí si nos descubren. Y tampoco tengo más argumentos que los que ya os he dado. Si no quieres venir, eres muy libre, aunque Debbie me arrancará la piel a tiras por no haberte salvado.

—Pero es que todo lo que cuentas no tiene lógica —protestó ella.

—¿Y la tiene que la gente se quede dormida pero sus ondas cerebrales indiquen que están despiertos? ¿Tiene alguna lógica que vayan volviéndose transparentes hasta desaparecer del todo? —Al esperó un par de segundos por si ella quería protestar—. Hace días que Roanoke dejó de

funcionar como un sitio lógico.

Ninguna de las mujeres respondió. Se limitaron a mirarle como si estuvieran esperando que, de repente, él se girará hacia una esquina de la habitación y les gritara: “Todo esto es una broma. ¡Estáis en un programa de cámara oculta!”. Decidió dejar que Keira reflexionase por sí misma y se giró hacia Tala.

—¿Qué opinas tú? ¿Vas a venir? —preguntó implorante—. Te necesitamos.

—Bueno... Ya os comenté que no soy ninguna experta en brujería. Mi abuela intentó enseñarme, pero pronto se dio cuenta de que no tenía habilidades para la magia —dijo la mujer antes de soltar un suspiro.

—Sí, pero puede que recuerdes algo sobre lo que te enseñó, quizá cosas de la mitología de los habitantes de esta isla, de sus leyendas y dioses... —insistió él.

—Mi abuela no era de esta isla, sino de los Lumbee, una tribu del continente formada por los restos de otras tribus extintas. Se dice que los indios supervivientes de Roanoke se les unieron hace siglos, así que es muy posible que llevaran con ellos sus historias y leyendas —Tala le dirigió una sonrisa y asintió—. Sí. Me iré contigo y ayudaré en todo lo que pueda.

—¿Estás loca? —preguntó Keira—. No se puede salir del hospital. Si abandonas tu puesto, la policía y el ejército te buscarán y te detendrán.

—A ver, Keira, bonita... —la interrumpió Al—. Según nuestros cálculos, para mañana a estas horas toda esta parte del pueblo estará dormida. Al resto de Manteo le quedan como mucho dos días. No debería ser difícil ocultaros durante ese tiempo y creo que el ejército, la policía y el CDC tienen ahora mismo asuntos mucho más importantes de los que preocuparse que de la huida de dos enfermeras. ¿Vienes o te quedas aquí a echar una siesta indefinida?

—Está bien —dijo tras dudar unos segundos—. Vuestra locura debe ser contagiosa...

—¡Genial! —exclamó Al—. Ahora solo nos queda saber cómo salir de aquí.

—Creo que en eso puedo ayudar —intervino Tala—. Seguidme.

El cielo empezaba a clarear, pero aquel no era un amanecer normal. Las nubes seguían teñidas de aquel color morado que cada día parecía más oscuro y enfermizo. Al se removió inquieto y cambió de postura, consiguiendo a cambio una mirada de enfado de Tala.

—¿Te quieres estar quieto ya? —preguntó ella en susurros—. Vas a hacer que nos pillen.

—Joder, llevamos aquí en cuclillas más de media hora —protestó Al—. Espero que sepáis cómo amputar una pierna, porque creo que se me han gangrenado las dos.

—Ya te he dicho que hasta las ocho menos cinco los guardias no se van a mover de su puesto. No entiendo por qué has querido venir tan pronto.

—Pues porque dentro del hospital nos podían pillar —explicó él.

—Y aquí también nos van a pillar si no os calláis de una vez —intervino Keira.

Él agachó la cabeza como un niño que acabara de ser reprendido y trató de estar quieto y en silencio. Intentó pensar en otra cosa, pero lo único que le venía a la mente eran las ganas que tenía de fumar un cigarrillo. Un par de minutos después, notó que la rodilla derecha se le había quedado dormida y volvió a moverse, tratando de ser lo más sigiloso posible. No debió de hacerlo muy bien, porque las dos mujeres se giraron hacia él al mismo tiempo y se llevaron un dedo a los labios.

—No aguanto más —protestó él de nuevo—. ¿Queda mucho?

—No. Ya casi es la hora —contestó Tala con voz cansada.

—¿Estás segura de que van a dejar su puesto sin vigilancia? —insistió él.

—Sí. Lo hacen todos los días a esta hora. Se marchan al vestuario a cambiarse y a informar a los del turno siguiente sobre todo lo que haya sucedido durante la noche.

—¿Y cómo sabes eso? —intervino Keira.

—Me lo ha dicho Sheryl, la enfermera de rayos. ¿Sabes quién es?

—Sí, la jovencita morena de pelo rizado. ¿Y ella cómo lo sabe?

—Porque aprovecha esos cinco minutos para encontrarse aquí con su novio —explicó Tala.

—¡Qué bonito es el amor juvenil! —dijo Al sarcástico.

—Bueno... Amor, amor no es —contestó Tala con una sonrisa—. No quiero decir que no se amen, pero el chico viene porque, a cambio de unos cuantos dólares, consigue cualquier cosa que quiera la gente del hospital: tabaco, alcohol, chocolate, maría, noticias de la familia...

—¿En serio? —preguntó Keira asombrada—. Con la cara de mosquita muerta que tiene esa chica...

—Mira. Ya se van —anunció Tala señalando hacia la valla del hospital.

Contemplaron cómo los dos guardias se alejaban de su puesto. Hasta que entraron en el

edificio se mantuvieron quietos, casi sin respirar. En cuanto los dos hombres desaparecieron, bajaron de la escalera de emergencia en la que habían estado escondidos y corrieron para cruzar el aparcamiento hacia la salida. Al sintió que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y que, tras haber recorrido solo la mitad del camino, le fallaba la respiración. En algún momento tendría que plantearse dejar de fumar, pero no iba a ser esa noche. Estaba tan nervioso que iba a necesitar un paquete entero para volver a su estado normal.

Cuando estaban a tan solo unos pasos de la salida, Al se dio cuenta de que tenían un problema. Los guardias ya no eran ningún obstáculo para que pudieran escapar, pero la valla de más de seis pies de altura, cerrada a cal y canto, sí iba a serlo. Miró a Keira, que corría varios pasos por delante de él. La chica parecía en buena forma y era posible que saltara sin ayuda. Sin embargo, Tala era una mujer de unos cincuenta años, de baja estatura y con un importante sobrepeso. Estaba seguro de que no sería una experta en salto de altura.

Llegaron al lado de la valla y, tal y como había sospechado, vio que Keira se enganchaba con las manos en los agujeros de la alambrada y empezaba a trepar sin dificultad, mientras Tala se quedaba mirándola con la boca abierta.

—Keira —llamó Al en un susurro para atraer su atención—. Quédate arriba y ayuda a Tala a trepar. Yo la empujaré desde abajo.

La chica asintió, terminó su escalada y se colocó sobre la verja con una pierna a cada lado. Después se inclinó hacia ellos y extendió un brazo para que la mujer pudiera agarrarse.

—¿Estás preparada? —preguntó Al.

—Tengo vértigo —confesó la mujer con un hilo de voz.

Cojonudo. Aquello era lo que le faltaba para redondear la noche. Por un segundo, pensó en amenazarla con dejarla allí, pero supuso que no le creería. Tala sabía que se había arriesgado a entrar en el hospital por ella y que no iba a abandonarla.

—No te preocupes por el vértigo. No vas a estar arriba demasiado tiempo.

No dejó que la mujer preguntara nada más. Se puso en cuclillas, junto las dos manos para que ella pusiera un pie encima y, en cuanto lo hizo, la lanzó hacia arriba con todas sus fuerzas. Consiguió izarla lo suficiente como para que alcanzara el brazo que Keira le tendía. Al siguió empujándola desde abajo hasta que fue capaz de trepar hasta arriba y quedarse sentada sobre la valla, al lado de Keira.

—Venga. Saltad al otro lado —les dijo antes de mirar hacia atrás para asegurarse de que los guardias del siguiente turno todavía no habían aparecido.

—Yo no puedo saltar desde aquí —contestó Tala con la voz entrecortada.

Al maldijo entre dientes. ¿No se suponía que tenía vértigo? Lo normal sería que quisiera regresar al suelo lo antes posible... La miró a la cara y decidió no discutir. La mujer estaba pálida, con los ojos desorbitados y la mandíbula desencajada. No iba a ser posible razonar con ella. Se apartó un par de pasos para situarse ante un trozo de valla libre y empezó a escalar mientras se decía a sí mismo que era la última vez que se metía en un follón como aquel. Si los guardias aparecían en aquel momento, alucinarían viendo a tres personas encaramadas a una verja como pájaros en un cable de alta tensión. Como fuga, aquello estaba resultando vergonzoso.

Cuando llegó a la parte de arriba de la verja, pasó una pierna a cada lado y miró a Keira, que seguía quieta en la misma posición.

—¿Tú tampoco te atreves a bajar? —preguntó desesperado.

—Ay, sí... Estaba esperando.

—¿Esperando a qué? ¿A que nos pillen?

La chica no respondió nada y empezó a descender por el otro lado de la verja. Al la siguió, mientras Tala continuaba paralizada, mirándoles con cara de pena, como si estuviera planteándose si iban a dejarla tirada allí. Cuando llegaron al suelo, Al extendió los brazos hacia arriba.

—Vamos, salta. Nosotros te cogemos.

—No puedo —contestó con un hilo de voz—. No puedo moverme.

Al sintió ganas de agarrarla por el tobillo y tirar de ella, pero consiguió contenerse. Si la mujer caía de mala manera y se abría la cabeza, no iba a resultarles de mucha ayuda. Miró a Keira, confiando en que a ella se le ocurriera una manera de hacerla bajar. La chica asintió y se acercó a la verja para situarse justo debajo de Tala.

—No va a pasarte nada —dijo con voz dulce—. Estamos aquí y no permitiremos que te hagas daño.

Tala no contestó. Se limitó a cerrar los ojos con fuerza y negar con la cabeza de forma vehemente. Al sintió que su paciencia se acababa. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que los guardias habían abandonado su puesto, pero no podía quedar mucho para que sus compañeros les relevaran.

—Tala, escúchame —dijo con el tono más autoritario que pudo poner—. Vosotras no lo sabéis, porque habéis estado aisladas aquí dentro, pero el CDC ha dado orden de disparar a matar a toda persona que se salte el toque de queda.

—Eso no es verdad —protestó la mujer—. Nos habrían llegado heridos de bala.

—Las órdenes son no hacer prisioneros.

Tala abrió los ojos y le observó, incapaz de creer en sus palabras. Al se forzó a mantenerle la mirada, tratando de parecer lo más sincero posible.

—Si te quedas ahí, te matarán. —En aquel momento, desvió la mirada hacia la puerta del edificio y puso cara de susto—. Mierda, los guardias.

Aquello sacó a Tala de su parálisis. Antes de que pudieran estar preparados para cogerla, saltó de la valla y se lanzó sobre ellos. Por suerte, su cuerpo reaccionó con la suficiente velocidad y pudo agarrar a la mujer y evitar que se empotrara contra el suelo. En cuanto la soltó, ella se giró hacia el hospital y escudriñó las sombras del aparcamiento.

—Me has mentido —le acusó—. Los guardias no están.

—Ya. Tampoco hay orden del CDC de disparar a matar —dijo encogiéndose de hombros—. Al menos que yo sepa.

La mujer le lanzó una mirada de odio y empezó a andar por la acera sin decirle una palabra. Él aceleró y se colocó a su lado para agarrarla del brazo.

—Comprendo que estés enfadada, pero tenía que conseguir que bajases de ahí —se disculpó.

—Está bien —contestó ella sin abandonar su mueca de enfado—. ¿Dónde vamos ahora?

—Tenemos que llegar a casa de Keira —explicó Al—. Ya no hay toque de queda, así que no deberíamos tener problemas.

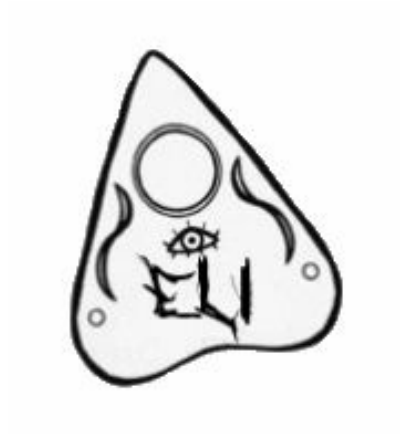
—A lo mejor sí tenemos alguno —intervino la chica—. No es muy normal ir por la calle con estos trajes.

—Bueno, pues buscamos un callejón y nos los quitamos —propuso Al.

—Nosotras no llevamos nada más debajo —explicó Tala—. ¿No has traído tu coche?

—No. Llegué al hospital en ambulancia.

—Creo que este es el plan de fuga más chapucero que he visto en mi vida —comentó Keira tras soltar una carcajada—. Vamos, mi coche está en la siguiente calle. Si tenemos suerte, quizá podamos salir de esta sin que nos detengan.



CAPÍTULO OCHO

No había conseguido pegar ojo en toda la noche. Tras comprobar que Al no estaba, había vuelto a la cama, donde había pasado horas dando vueltas, debatiéndome entre las ganas de llorar por lo preocupada que estaba por él y las de salir a buscarlo y estrangularlo con mis propias manos. Pasadas las seis de la mañana, acabé dándome por vencida y me levanté. Tras una ducha y un tazón de café cargado, me senté en la sala, dispuesta a pasarme las siguientes horas estudiando los papeles del bisabuelo de Shima.

A pesar de que intenté concentrarme, no conseguí avanzar mucho. Cada vez que escuchaba un motor en la calle, me levantaba corriendo a mirar por la ventana y, cada una de las veces, al ver el Impala aparcado, me decía que era una estúpida y volvía a mi sitio. Intentaba leer, pero no entendía ni una sola palabra de lo que tenía delante. Solo podía preguntarme una y otra vez dónde estaría y sentirme culpable por nuestra última estúpida discusión. Si le pasaba algo, no podría perdonármelo nunca.

Cuando el cielo empezaba a clarear y yo ya llevaba tres tazas de café, escuché unos pasos en el pasillo. Eric apareció en la puerta de la sala con cara de sueño y unos pelos que parecían peinados por una manada de monos enloquecidos. Se frotó los ojos, bostezó y se me quedó mirando con el ceño fruncido.

—Buenos días, Eloise —saludó antes de sentarse a mi lado en el sofá—. Y yo que pensaba que iba a ser el más madrugador... ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Un par de horas. No podía dormir —contesté—. Al se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó Debbie desde la puerta de la sala—. Hay toque de queda. No se puede ir a ninguna parte.

—Eso explícaselo a él, no a mí —dije furiosa—. Se marchó anoche y no ha vuelto.

—¿Y por qué se fue? —Debbie me lanzó una mirada acusadora— ¿Habíais discutido?

—Sí, pero discutimos cuatro o cinco veces al día —respondí—. Eso no justifica que se comporte como un crío y se ponga en peligro.

—¿Y no tienes idea de dónde puede haber ido? —preguntó Eric.

—No, pero no muy lejos. El Impala está ahí, así que se fue andando.

Eric se levantó y miró por la ventana para comprobarlo. Debbie se acercó a él y se colocó a

su lado. Yo preferí quedarme en el sofá y fingir que estaba muy interesada moviendo papeles de un lado a otro. Me sentía al borde del ataque de histeria. Tenía el estómago encogido y una sensación de opresión en el pecho y sabía que, si Eric y Debbie seguían preguntándome cosas, no podría contener el llanto.

—Viene un coche —anunció Eric.

Yo no reaccioné. Me daban igual los coches que vinieran. Lo único que quería que me anunciaran era que Al acababa de aparecer andando por la acera, con las manos metidas en los bolsillos traseros de sus pantalones, su aire arrogante y su sonrisa de medio lado.

—Es el coche de Keira —exclamó Debbie antes de salir corriendo de la casa.

La seguimos fuera y vimos como el pequeño Ford blanco aparcaba frente a la verja. Me quedé con la boca abierta. No entendía nada. Era Al quien conducía aquel coche. Antes de detener el motor, se giró hacia mí y me dedicó una de sus sonrisas de suficiencia. Cuando paró, vimos aparecer en la parte de atrás las cabezas de dos mujeres, que se habían mantenido ocultas hasta aquel momento. Abrieron la puerta y salieron del coche. Reconocí a Keira y a Tala y negué con la cabeza. No entendía nada. El hecho de que llevaran puestos unos trajes blancos de plástico hizo que me planteara que quizá al final me había quedado dormida y que todo aquello era un sueño bastante surrealista.

Debbie se lanzó hacia Keira. Las dos chicas se fundieron en un abrazo y se pusieron a llorar. Después de lo que había pasado con su hermana pequeña y con sus padres, poder reencontrarse debía de parecerles un pequeño milagro.

—Siento estropear esta escena tan bonita, pero creo que deberíais entrar en casa y cambiaros de ropa antes de que os vea alguien —dijo Al mientras se acercaba al grupo.

Tala y Keira asintieron y entraron en casa acompañadas de Debbie. Al dio unos pasos hasta colocarse frente a mí, sacó un cigarrillo y, tras dar una larga calada, me sonrió orgulloso.

—¿Querías una experta en magia y leyendas de los indios americanos? Aquí la tienes.

—¿Tú eres gilipollas? —pregunté fuera de mí—. ¿Te has metido en un hospital custodiado por el ejército? Podrían haberte detenido, podrían haberte matado...

—Ya, pero a mí no me han pillado, al contrario que a vosotros —dijo mirándonos a Eric y a mí con una sonrisa burlona en la cara.

—Las cosas no se hacen así, Al... Podías habérmelo consultado, podríamos haber discutido el plan entre todos...

—¿Consultártelo? —Soltó una carcajada totalmente desprovista de humor—. Tiene gracia que seas tú la que me pidas eso, cuando yo llevo toda la vida rogándote que me dejes participar en tus decisiones sin que me hagas nunca ni puto caso.

—Chicos, no es momento de discutir —dijo Eric tratando de poner paz.

—¡Cállate! —le gritamos los dos al unísono.

Eric levantó las dos manos y dio unos pasos atrás, hasta refugiarse bajo el porche. Yo avancé hasta colocarme a apenas unas pulgadas del cuerpo de Al, levanté la cabeza para enfrentarme a su mirada y le golpeé con el índice en el pecho.

—Estoy harta de que siempre digas lo mismo. Siempre me estás acusando de haberte dejado a un lado, de no consultarte nada, de no tratarte como a un igual y eso es una puta mentira. Fuimos un equipo durante seis años, resolvimos cientos de casos juntos...

—Y me mentiste cada vez que pensaste que ibas a hacer algo en lo que yo no estaría de acuerdo —me cortó él.

—Eso no es cierto —grité.

—¿No? ¿Seguro que no es cierto? ¿Es que no te acuerdas de la muerte de John? ¿Y de lo que pasó en Sing Sing?

—John me pidió que no te lo contara. Era su vida. Era su decisión. —Dejé caer los brazos a los lados y apreté los puños hasta hacerme daño para evitar la tentación de cruzarle la cara con una bofetada—. Y sabes que en Sing Sing no podía preguntarte.

—¿Y lo que pasó en Maine? ¿Vas a negarme que me enviaste a cientos de millas de distancia para poder asesinar a los Mathews?

—¿En serio crees eso de mí? ¿De verdad piensas que planeé su asesinato, que fue algo premeditado? —Agaché la cabeza y fijé la mirada en el suelo, poniendo toda mi fuerza de voluntad en no soltar una sola lágrima.

—No sé qué pensar... No quieres hablar conmigo —contestó con voz apenada—. Me encantaría creerte.

Volví a levantar la cabeza y contemplé sus ojos, tan azules y brillantes. Parecía sincero y, en aquel momento, me planteé que quizá lo nuestro aún era posible, que quizá, si nos abríamos el uno al otro, aún teníamos una posibilidad de ser felices. Por desgracia, Eric decidió que, ya que estábamos en silencio, era buen momento para intervenir.

—Chicos, de verdad que odio interrumpir, pero tenemos ahí dentro a dos enfermeras que se

han escapado del hospital. En cuanto descubran que no están, van a ponerse a buscarlas y esta casa será uno de los primeros sitios a los que vendrán.

Me dieron ganas de decirle de nuevo que se callara, pero el chaval tenía razón. No podíamos continuar en aquella casa por mucho tiempo. Por suerte, parecía que Al lo tenía todo planeado.

—Recoged vuestras cosas en cinco minutos, coged el coche de Keira e id a casa de Grenville —ordenó—. Explicadle lo que ha pasado y que os lleve a su casa de los pantanos. Me reuniré con vosotros lo antes posible.

—¿Pero te vas otra vez? —pregunté asombrada.

—Sí, tengo que hacer una cosa, pero volveré enseguida.

Le vi dirigirse decidido al Impala. Parecía que pretendía marcharse de nuevo sin dar una sola explicación de adónde iba ni para qué. Sentí que la sangre hervía en mi interior. No podía creer que la discusión que acabábamos de tener no hubiera servido para nada.

—Espera. No puedes marcharte así —le grité.

Él se detuvo en seco, se giró hacia mí, volvió a entrar en el jardín de la casa y se situó a mi lado.

—Tienes razón. Dos cosas importantes: Recoged mi mochila y mi guitarra. Sobre todo mi guitarra. —Señaló a Eric, haciéndole responsable del encargo, y esperó hasta que el chico asintió.

—¿Y la otra cosa? —pregunté.

En lugar de responder, esbozó una de sus sonrisas de medio lado, me agarró con un brazo por la cintura y me atrajo hacia él hasta que nuestros cuerpos se fusionaron. Ni siquiera me pidió permiso con la mirada. Se lanzó a darme un beso en los labios. No fue un beso suave ni dulce. Fue un beso brusco, de los que casi hacen daño, un beso con el que pareció querer demostrarme lo mucho que me necesitaba.

Cuando se separó, volvió a cruzar el jardín, se metió en el Impala y salió quemando rueda al ritmo de *Fuel* de Metallica.

—Hay que reconocer que el tío tiene estilo, aunque discreto, lo que se dice discreto, no es —comentó Eric, que se había colocado a mi lado con los brazos cruzados frente al pecho.

Yo no contesté nada. Seguía paralizada, con los dedos colocados sobre mis labios. Me parecía sentir un cosquilleo, una leve corriente eléctrica, como si su boca aún estuviera sobre la mía. Eric se me quedó mirando y dejó escapar una risa.

—Sois como dos críos de quince años.

Me giré hacia él y le lancé una mirada asesina. Él volvió a reírse y me dio una palmada en el hombro.

—No te enfades conmigo. Solo digo lo que veo. —Sonríó y se encogió de hombros—. Vamos. Tenemos que marcharnos de aquí antes de que nos pillen.

Keira metió el coche por un estrecho sendero de gravilla, siguiendo a la camioneta de Grenville. Habíamos tenido suerte de no cruzarnos con ninguna de las patrullas del ejército en el camino desde el pueblo hasta allí, porque la verdad era que ofrecíamos un aspecto como para darnos el alto. La parte de atrás de la vieja camioneta de Grenville iba llena de cajas y trasportines con gatos, que no habían callado un solo segundo desde que habíamos salido de su casa. Para rematarlo, en el pequeño Ford de Keira nos amontonábamos cinco personas y todo el equipaje que podría llegar a meter gente que no tenía claro el concepto de “coger solo lo imprescindible”. Yo iba en el asiento de atrás, dudando si pedirle a Debbie que dejara de clavarme el codo o gritarle a Eric que la próxima vez que me golpeará con la guitarra de Al se la haría tragar. Hasta el momento, había conseguido contenerme, pero rezaba a cada segundo para que llegáramos de una vez.

Ni siquiera me quedaba el consuelo de mirar por la ventanilla, aunque tampoco habría disfrutado del paisaje. Nos internábamos cada vez más en el pantano. Todo era húmedo, triste y oscuro. Los árboles parecían raquíticos y enfermizos. Sus delgadas ramas se extendían hacia el cielo como si pidieran ayuda y se podían ver sus raíces, que daban la impresión de intentar escapar de la tierra que las aprisionaba. Había que estar muy loco para tener una cabaña en aquel lugar. Pensé que, al menos, en un sitio como aquel no tendríamos demasiadas visitas.

Cinco minutos después, vimos que la senda terminaba al lado de una laguna de aguas verdosas con un aspecto malsano. No pensaba comerme nada que Grenville pudiera pescar allí. El hombre detuvo la camioneta y se bajó, así que Keira condujo hasta colocar el coche a su lado. Cuando salimos, me quedé un par de minutos mirando alucinada la que iba a ser nuestra casa en los próximos días. Llamar a aquello cabaña de pesca era ser demasiado generoso. Solo eran unos tablones clavados de forma chapucera con un tejado de chapa metálica encajado encima. A unos pasos, justo a la orilla de la laguna, distinguí una construcción aún más pequeña y ruinoso que supuse que sería una especie de letrina. Durante unos segundos, me planteé que quizá era mejor sucumbir al hechizo y quedarse plácidamente dormido.

Grenville había empezado a descargar y abrir los trasportines de sus gatos. Cuando nos

acercamos, cargados con todas nuestras pertenencias, él detuvo su tarea por un momento y nos señaló la puerta de la casa invitándonos a entrar.

Le seguimos y, cuando abrió la puerta, fui la primera en asomar la cabeza para contemplar el lugar. Era aún peor de lo que se podía imaginar desde fuera. Solo había un camastro cubierto con una manta que parecía no haberse lavado nunca, una alfombra raída que cubría todo el suelo y una pequeña cocina de gas. Me giré hacia Grenville y, tras morderme el labio inferior para darme tiempo a pensar en qué decirle, conseguí hablar.

—Espero no resultar grosera ni que pienses que no agradezco tu invitación, pero ahí dentro no vamos a caber todos.

—Pues claro que no cabéis. —El hombre soltó una carcajada—. Ahí dentro dormiremos los gatos y yo.

—¿Y nosotros? —pregunté temiendo que quisiera dejarnos durmiendo en la calle.

—Acompañadme. —Grenville entró en la casa y se dirigió a una esquina para empezar a enrollar la alfombra—. No es bueno fiarse de las primeras impresiones.

Cuando hubo recogido parte de la alfombra, dejó al descubierto una trampilla metálica. Grenville se metió por ella y empezó a bajar unas escaleras.

—Seguidme, por favor —dijo antes de desaparecer.

Miré a mis acompañantes. Eric y Debbie tenían el ceño fruncido, pero las expresiones de Tala y Keira se asemejaban mucho al miedo. Pensé que estaban temiéndose lo mismo que yo: que estábamos a punto de bajar por propia voluntad al tenebroso sótano de un psicópata, donde nos encerraría y torturaría hasta la muerte.

—Vamos, bajad —insistió Grenville.

Tomé una larga bocanada de aire, como si pretendiese no tener que respirar mientras estuviera allí abajo. En cuanto empecé a bajar los escalones de metal y pude ver el lugar, se me quedó la boca abierta durante más de un minuto. Allí abajo había una amplia habitación con cuatro literas, una mesa de comedor, sillas y una cocina completa. Cuando todos acabaron de bajar, Grenville empezó a explicarse.

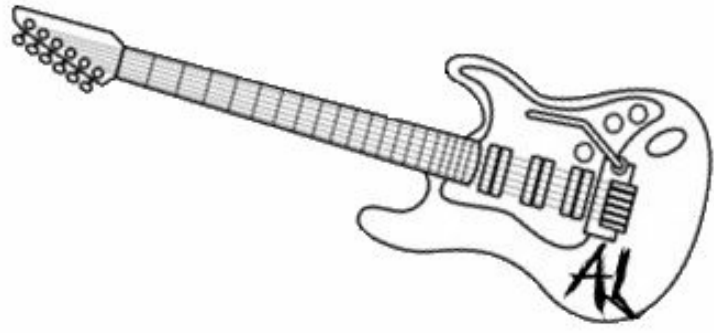
—Mi padre construyó este bunker durante la Guerra Fría. Yo solo me he ocupado de mantenerlo todo preparado. —Se apartó de nosotros y empezó a abrir puertas—. Este es el cuarto de baño y aquí está el almacén. Hay comida y agua como para mantener vivas a cuatro personas durante un año. Como somos más, no nos durará tanto tiempo...

—No necesitamos más —respondí cuando pude reaccionar—. Si en un par de días no conseguimos detener lo que está pasando, todo esto acabará.

—Pues entonces lo mejor será que nos pongamos manos a la obra —sugirió Grenville—. ¿Habéis traído los papeles que tenemos que estudiar?

—Sí. Aquí están —contestó Eric señalando la enorme mochila que llevaba a la espalda.

—Perfecto —dije antes de girarme hacia Keira y Tala—. Por lo que habéis dicho, no habéis dormido en toda la noche, así que os sugiero que tratéis de descansar un poco. Los demás nos pondremos a trabajar de inmediato. No hay tiempo que perder.



CAPÍTULO NUEVE

Sintió que por fin podía relajarse cuando vio aparecer la cabaña tras tomar una curva. A pesar de que había pasado por casa de Grenville para preguntarle cómo se llegaba hasta allí, el sitio estaba tan escondido que había tardado más de media hora en encontrar el camino correcto. Pensó que, en realidad, aquello era una buena noticia: si a él le había costado tanto encontrar el lugar, no era muy probable que recibieran visitas del ejército.

—Mamá, ¿queda mucho? —preguntó una voz infantil desde el asiento de atrás.

—No, cariño. Ya hemos llegado.

Al observó a sus acompañantes a través del espejo retrovisor. Los dos niños observaban el paisaje por la ventanilla y parecían tan emocionados como si estuvieran de visita en un parque de atracciones. La cara de Shima, su madre, era totalmente distinta. Lo observaba todo con el ceño fruncido y un brillo de preocupación en los ojos.

La puerta de la cabaña se abrió y Grenville apareció en el umbral, vestido con unos pantalones cortos de camuflaje, una camisa hawaiana y su sombrero vaquero. Cuando el hombre le reconoció, su rostro se relajó. Se giró hacia el interior de la cabaña y gritó.

—Podéis salir. Es Al y trae compañía.

Mientras bajaban del coche, Eric, Debbie y Eli salieron de la cabaña y se acercaron a ellos.

—Estos son Grenville, Eric, Debbie y Eli —dijo para hacer las presentaciones.

—Eloise —le corrigió ella.

—Vale, lo que tú digas —contestó con una sonrisa burlona—. Y estos son Shima, a la que ya conocéis por haberos colado en su casa, y sus hijos Axel y Nayeli. Se van a quedar con nosotros unos días.

—¿Vais a traer a mucha más gente? —preguntó Grenville con el ceño fruncido.

—No. Ya hemos acabado.

El hombre se marchó refunfuñando algo entre dientes y se metió en la cabaña. Eric y Debbie ayudaron a Shima y a los niños a sacar su equipaje y les guiaron dentro. Eli fue la única que se quedó frente a él, mirándole con cara de enfado mientras mantenía los brazos cruzados frente al pecho.

—¿Se puede saber por qué les has traído? —preguntó con voz seca.

—Hola, Eli. Yo también me alegro mucho de ver que has llegado bien y que no te ha pasado nada —respondió él sarcástico.

—Déjate de bobadas —insistió ella—. ¿Se puede saber por qué te has arriesgado a ir a salvarles?

—Me pareció lo menos que podía hacer por esa mujer después de que retirara los cargos contra Eric y contra ti.

—Cargos que teníamos porque ella nos había denunciado...

—Sí, pero ella os había denunciado con razón...

—¡Basta! —gritó ella—. ¿Me vas a decir la verdadera razón por la que has ido a buscar a Shima y a sus hijos cuando casi no los conocemos?

Al esbozó una sonrisa tímida y se frotó el pelo de la nuca, buscando la manera de explicarlo sin que resultara demasiado ridículo.

—Bueno... Cuando encontrasteis el ritual para invocar a Croatoan, entre los ingredientes necesarios estaba la sangre de una virgen...

—¿Y? —preguntó Eli al ver que él se había quedado en silencio.

—Bueno, no me pareció que tuviéramos muchas vírgenes en el grupo, pero la hija de Shima solo tiene ocho años...

—¿Estás hablando en serio? —Eli negó con la cabeza mientras soltaba una risa sarcástica—. ¿Has traído hasta aquí a esa cría para que podamos sacarle la sangre en un ritual? ¿Y luego soy yo la bruja desalmada?

—Bueno, tampoco vamos a matarla... Es solo por si necesitamos un poco de su sangre —explicó él incómodo.

—¿Y si el ritual que encontramos exige su sacrificio? —preguntó ella enarcando una ceja.

—Sabes que no te permitiría hacer eso...

—Eres imbécil, Aleister. —Se giró y se dirigió hacia la casa—. Anda, ven... Creo que deberías dormir. Con suerte, cuando te despiertes, estarás un poco más espabilado.

Él la siguió sin decir nada, mientras se planteaba que era imposible tener contenta a aquella mujer. Además, se encontraba agotado por haber pasado toda la noche en vela y necesitaba descansar. Cuando se levantara, podían seguir discutiendo... como siempre.

Cuando despertó, varias horas después, se sintió confuso y desorientado. En los primeros segundos, no supo por qué estaba tumbado en una litera que no conocía ni cómo había llegado allí. Giró la cabeza y, al ver a Eli, Tala, Eric y Grenville sentados alrededor de la mesa de comedor, totalmente enfrascados en sus papeles, empezó a recordar. Contempló durante unos segundos a sus compañeros de habitación. Todos parecían muy concentrados y serios, por lo que dedujo que seguían investigando y que aún no habían encontrado nada.

Se sentó en la litera y empezó a ponerse las botas. El ruido hizo que Eric levantara la cabeza y le lanzara una sonrisa.

—Por fin has despertado. ¿Un café?

—Me encantaría.

Eric se levantó de un salto de su silla para ir a prepararlo. Tanto entusiasmo hizo que Al se diera cuenta de que el chaval se estaba aburriendo mortalmente con aquellos papeles y que estaba buscando cualquier excusa para levantarse. No pudo culparle. Él también odiaba aquella parte de las investigaciones.

Tras dar un par de sorbos a su café, se sintió lo bastante animado como para empezar a hablar. Sin importarle la cara de concentración de sus compañeros, se puso a su lado y echó un vistazo a los papeles.

—¿Todavía no tenemos nada?

—Nada que nos sea de utilidad, pero estamos aprendiendo muchísimos datos interesantes sobre mitología algonquina —contestó Eric sarcástico.

—Bufff, suena apasionante —bromeó Al—. Por cierto, ¿no falta gente aquí?

—Sí, Debbie y Keira están arriba pintando con los niños —contestó Eric, que parecía el único interesado en hablar con él.

—¿Y Shima?

Tala levantó la cabeza y le lanzó una mirada avergonzada mientras se mordía el labio inferior.

—Keira y yo le hemos contado lo de Lucille —confesó—. Cuando se lo hemos dicho, nos ha pedido que cuidáramos de sus niños y se ha ido. Ha dicho que necesitaba estar sola.

—¿Por qué se lo habéis contado? —preguntó él—. No había necesidad de decírselo.

—Era su hija. Tiene derecho a saber que ha muerto —dijo Tala.

—Pero no sabemos si ha muerto —protestó Al—. Tan solo ha desaparecido. A lo mejor podemos encontrar en estos papeles la manera de hacer que vuelva.

—No va a volver, Al —intervino Eli con voz triste—. Ninguno de los colonos de Roanoke volvió y la gente que ahora desaparezca del todo tampoco lo hará. Su cuerpo ha desaparecido y su alma está atrapada por esa cosa.

—No lo sabes con seguridad.

—Sé que su cuerpo se ha evaporado. Aunque consiguiéramos encontrar un hechizo para detener a Croatoan y liberáramos su alma, ¿a qué cuerpo iba a volver? —Eli lanzó un largo suspiro antes de seguir hablando—. Si no encontramos una solución rápido, pronto desaparecerán las dos chicas que la ayudaron en el ritual y después Sammy. Y luego todo el pueblo...

—Sí. Ya lo sé... Y luego toda Carolina del Norte y Estados Unidos y el mundo entero. —Al bufó y recogió un montón de folios de encima de la mesa—. Ya me agobio bastante yo solo. No necesito tu ayuda.

Regresó a la litera que había ocupado minutos antes, se tumbó sobre ella y empezó a leer los papeles que había cogido. La habitación se sumió en un silencio absoluto que solo se rompía por el sonido que alguien hacía al pasar de página.

Una eternidad después, Al dejó de leer y miró su reloj. No podía creer que solo hubiera pasado media hora. Ya estaba saturado de leer antiguas leyendas de los indios, que, seguramente, no servían para nada. Además, el viejo que había escrito todo aquello tenía una letra horrible.

—Lo tengo —dijo de repente Tala en un susurro.

Todos alzaron la cabeza y se quedaron mirándola. La mujer sostenía un papel y lo contemplaba con los ojos brillantes por la emoción.

—“Para detener al señor de las sombras, deberás borrar su nombre de la roca sagrada”. —Leyó con voz temblorosa—. “Pide ayuda al señor de la luz y él lo desterrará a las tinieblas de las que nunca debería haber salido”.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Eric.

—Bueno, parece bastante claro —contestó Eli—. Las chicas que hicieron el ritual escribieron el nombre de Croatoan en una piedra situada en un claro. Habrá que ir y borrarla.

—¿Así que lo único que tenemos que hacer es ir hasta allí y ponernos a fregotear una roca? —Se sorprendió Eric—. No parece muy heroico.

—No creo que sea tan fácil —dijo Eli tras pedirle a Tala que le pasara el papel que acababa de leer y repasar lo que ponía—. ¿Qué es esto de pedir ayuda al señor de la luz? ¿Alguien sabe quién es y cómo se le llama?

—El dios de la luz de los algonquinos era Glooskap —explicó Grenville—. Era hijo de la Madre Tierra y fue el creador de los cielos, de los animales, los hombres y las plantas... Hay muchas leyendas sobre él y sobre cómo ayudaba a los nativos cuando tenían un problema, pero no tengo ni idea de cómo se le invoca.

—Creo recordar que mi abuela me habló de un tipo especial de hechiceros a los que se les llamaba conjuradores. Eran hombres misteriosos y excepcionales, de gran poder, elegidos por el consejo de sabios y chamanes. Se decía que tenían poderes para contactar con los seres sobrenaturales.

—Pues lo llevamos jodido... —la interrumpió Al—. A ver de dónde sacamos ahora un conjurador.

—Tiene que haber alguna otra manera y tiene que estar aquí —dijo Eric con la vista fija en los papeles que atiborraban la mesa—. Y tenemos que encontrarlo rápido. No creo que a Samantha le quede mucho tiempo.

En aquel momento, Debbie y Keira aparecieron en la parte de arriba de las escaleras. Cada una de ellas tiraba de uno de los niños.

—Hemos oído un motor —dijo Debbie asustada—. Viene alguien.

En cuanto llegaron abajo y dejaron libre la escalera, Grenville empezó a subirla tan rápidamente como se lo permitían sus viejas piernas. Justo antes de llegar arriba, se giró un momento.

—Quedaos aquí y no hagáis ruido —ordenó—. Yo me encargo.

Tras desaparecer en el piso de arriba, cerró la trampilla. Escucharon cómo corría un cerrojo y volvía a colocar la alfombra encima. Al sintió que la angustia se le instalaba en el estómago. ¿Y si la gente que venía le hacía algo a Grenville y no podía volver a abrirles? Era cierto que tenían agua y comida para varios meses, pero aquel pensamiento no consiguió alejar la sensación de claustrofobia.

Miró alrededor y vio varios rifles colgados de una pared. Cogió uno, comprobó que estaba cargado y se lo arrojó a Eric. El chaval no estaba avisado y estuvo a punto de dejarlo caer. Todos soltaron un suspiro de alivio cuando consiguió cogerlo antes de que se estrellara contra el suelo. Si se hubiera escuchado el estruendo de un disparo, la gente de arriba, fuera quien fuera, les

habría descubierto. Eso por no pensar en la posibilidad de que el chico le hubiera volado la cabeza a alguien.

—¿Quieres comportarte y agarrar bien ese rifle? —dijo Al con el ceño fruncido.

—¿Pero para qué me lo tiras? —protestó Eric.

—Si alguien que no sea Grenville asoma la cabeza por esa trampilla, se la volamos.

—Yo no he disparado en mi puta vida... Ni siquiera sé cómo se hace.

—Joder, Eric... Apuntas y aprietas el gatillo. No es tan difícil.

—Dámelo a mí —dijo Debbie arrebatándole el rifle de las manos a Eric—. Fui campeona de tiro en el instituto.

—Vaya... Estás llena de sorpresas —comentó Al.

—Y tú de prejuicios —contestó ella—. No necesito que dos machitos me defiendan como si fuera una dama desvalida.

Debbie se adelantó un paso, quitó el seguro y amartilló el rifle. Parecía que la chica sabía lo que hacía, así que Al se colocó a su lado, ambos apuntando hacia la parte alta de la escalera.

—¿Dónde está mi mamá? Quiero ir con ella —lloriqueó una voz infantil a sus espaldas.

Al se giró y vio a Nayeli aferrada a la cadera de Keira. Tenía los ojos llorosos y estaba haciendo pucheros como si, en lugar de los ocho años que tenía, tuviera tres. Si se ponía a montar un berrinche, estarían perdidos.

—Keira, por favor, ¿podrías llevarte a los niños a la parte de atrás del almacén y encargarte de que estén tranquilos y callados?

—Sí, claro —La chica cogió a cada niño con una mano—. Venid conmigo. Os contaré un cuento.

—¿Y mi mamá? —insistió la niña.

—Ha ido a hacer un recado, pero volverá pronto y, cuando llegué, le voy a contar lo valiente que has sido.

Parecía que Keira tenía la situación bajo control, así que Al dejó de fijarse en ella y clavó sus ojos en Eli. Sabía que lo que le iba a decir no le iba a hacer ninguna gracia.

—Eli, escúchame —susurró—. Coge todos los papeles, vuelve a meterlos en la mochila y prepárate para correr.

—¿Correr? ¿A dónde? —preguntó ella asombrada.

—Adonde sea... Ahora mismo, Tala y tú sois las personas más importantes, las únicas que pueden entender lo que pone en esos papeles y encontrar el ritual que pare todo esto. Si las cosas se ponen feas, tenéis que escapar.

—No sé quién te ha nombrado líder —protestó ella.

—Joder, no seas cabezota. Solo intento hacer las cosas bien.

—No os pongáis a discutir ahora —les regañó Eric—. El motor se ha detenido.

Todos se quedaron en silencio, con las respiraciones contenidas. Debbie y Al volvieron a apuntar hacia la parte superior de la escalera. Miró durante un segundo a la chica, que parecía concentrada y tranquila, mientras que él tenía que hacer verdaderos esfuerzos para que el cañón del rifle no temblara. La verdad era que no había disparado en otro sitio que no fuera en las casetas de feria y tenía muchas dudas de si sería capaz de apretar el gatillo para disparar a un ser humano.

—Alto ahí. No se acerquen.

La voz de Grenville les había llegado alta y clara. Continuaron en silencio para poder escuchar la respuesta y descubrir quién era su inesperada visita.

—Tranquilo, señor. Somos una patrulla del ejército. No vamos a hacerle nada.

—Hay una epidemia en el pueblo —contestó Grenville—. ¿Cómo puedo saber que no están infectados?

—Porque trabajamos para el CDC y ellos lo habrían detectado —dijo el soldado. Su voz sonaba cada vez más cercana, así que debía de estar aproximándose a la casa a pesar de las palabras de Grenville.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó el viejo.

—Estamos buscando a dos mujeres. Solo queremos saber si están con usted o si las ha visto.

—Estoy solo aquí y hace días que no veo a nadie —respondió Grenville—. ¿Por qué las buscan?

—Son dos enfermeras que trabajaban en uno de los centros de contención de la epidemia. Se infectaron con el virus y se han escapado —explicó otro soldado con la voz más grave—. Ahora mismo son un riesgo para la población. ¿Las ha visto?

Hubo un silencio que duró varios segundos, el tiempo suficiente para que Grenville

contemplara las fotografías que los hombres le habían pasado.

—No. Ya le he dicho que no he visto a nadie.

—Si las ve, no se acerque a ellas y avise de inmediato a la policía o a cualquier patrulla del ejército.

—Lo haré. No se preocupen.

Escucharon como los soldados se despedían y el sonido de sus botas sobre la tierra mientras se alejaban de la cabaña en dirección a su coche. De repente, se detuvieron y el de la voz grave volvió a hablar.

—Si no le importa, me gustaría echar un vistazo dentro de su cabaña.

—Ya les he dicho que no las he visto —protestó Grenville—. ¿Es que no me creen?

—Comprenda que usted diría lo mismo si las tuviera escondidas ahí dentro —dijo el soldado volviendo a aproximarse—. No está de más comprobarlo.

Oyeron un forcejeo y el ruido que haría un cuerpo al ser empujado contra una de las paredes de la cabaña. Después, se escuchó con claridad el eco de unas botas sobre el suelo de madera.

—James, tío... El viejo ha dicho que no las ha visto —dijo el otro soldado.

—No pasa nada por mirar.

—Vale, pues ya has mirado. En esta mierda de chabola no se puede esconder nadie. Y huele a pis de gato que mata... Nadie podría sobrevivir aquí.

A pesar de las palabras de su compañero, el otro soldado continuó avanzando por la habitación, acercándose cada vez más a la zona de la trampilla. Al escuchó como Debbie tomaba una profunda bocanada de aire antes de colocarse el rifle frente a la cara, dispuesta a disparar. La imitó, aunque sus manos temblaban cada vez más.

—Esa gata está a punto de parir —dijo Grenville—. Yo no me acercaría mucho. Puede ponerse agresiva.

—James, vámonos. Aquí no hay nada.

El sonido de las botas sobre las tablas del suelo volvió a alejarse. Cuando escucharon el ruido del motor al ponerse en marcha y alejarse por el camino, Al dejó el rifle sobre la mesa, se sentó en la litera y enterró el rostro entre las manos. Sintió que alguien se ponía en cuclillas frente a él y le acariciaba un brazo para reconfortarle. Apartó las manos y se encontró con el rostro de Eli. La perpetua mirada de enfado que lucía desde que se habían reencontrado había

desaparecido. Parecía realmente preocupada por él.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí... Supongo que son demasiada emociones juntas.

La trampilla volvió a abrirse y Eli se separó de él. Grenville bajó con una amplia sonrisa en el rostro.

—Ya no hay enemigos a la vista —anunció—. Dudo que vuelvan por aquí.

—Bien. Entonces podemos volver a lo que estábamos haciendo —sugirió Tala.

—Yo creo que no —dijo Keira regresando del almacén con los dos niños—. Son más de las nueve y Axel y Nayeli tienen hambre.

—Perfecto. ¿Qué tal si hacemos una fogata y cocinamos unos perritos? —propuso Al.

—¿Crees que es buena idea encender una fogata? —preguntó Eric.

—Por supuesto. Esos soldados habrán apuntado en su informe que aquí solo vive un viejo loco de los gatos —respondió Grenville—. No van a volver. Vamos, me apunto a esos perritos.



CAPÍTULO DIEZ

Al terminó de tocar los últimos acordes de *Here I go again* de Whitesnake y dejó la guitarra a su lado. Aquel gesto provocó miradas de decepción de todos los presentes e incluso las quejas de los dos pequeños, que dejaron de tener las cabezas apoyadas sobre el regazo de Keira para sentarse y empezar a aplaudir mientras gritaban “Otra, otra, otra...”. Él se rió y negó con la cabeza.

—Llevo tocando casi una hora. Creo que me he ganado una cerveza. —Extendió la mano para que Eric le pasara una lata.

—Jooo, queremos otra —pidió Axel.

—Vamos, tío Al —suplicó Nayeli lanzándole una mirada de ojos redondos a la que era muy difícil resistirse.

—Lo siento, pero voy a beberme esta cerveza y a fumar un cigarrillo. —Ante la cara de decepción de los dos niños, miró a todos los que estábamos sentados alrededor de la hoguera—. ¿Nadie más sabe tocar la guitarra? Necesito ayuda.

—Bueno... No toco tan bien como tú, pero sé algunas canciones —dijo Debbie.

—Te la dejo, pero más te vale tratarla bien —le advirtió Al.

Se levantó del suelo y le pasó la guitarra. Debbie colocó los dedos, se quedó pensando un rato y después tomó aire y soltó una risita nerviosa.

—Llevo mucho tiempo sin tocar. No sé qué saldrá. —Probó un par de acordes y cerró los ojos para concentrarse—. Esta canción la he tocado un millón de veces. Es *Iris* de Goo Goo Dolls. A ver si os suena.

Empezó a tocar unas notas lentas. Al principio, parecía dubitativa e incluso falló un par de acordes, pero, cuando comenzó a cantar, el ambiente se llenó de magia. Tenía una voz muy dulce, que parecía mecerte suavemente. Miré a Eric, que observaba a su novia con los ojos brillantes, como si nunca en su vida hubiera visto algo tan bonito. Por un lado, envidié aquella mirada, aquella manera de ver el amor como algo indestructible y eterno capaz de superar cualquier barrera. Por otro lado, les deseé toda la suerte del mundo y que nunca dejaran de creer.

Cuando Debbie empezó a cantar el estribillo, me sentí golpeada. Parecía escrito expresamente para mí, como si la persona que compuso aquella letra lo hubiera hecho mirando

dentro de mi alma, buscando mis miedos y mis anhelos más profundos para plasmarlos en unos versos:

Y no quiero que el mundo me vea,

Porque no creo que lo entiendan.

Cuando todo está destinado a romperse,

Solo quiero que tú sepas quién soy.

Desvié la mirada hacia Al y me quedé atrapada por el baile de las llamas en sus ojos azules. Tenía la misma mirada que yo acababa de estar observando en Eric, la misma fe en que lo nuestro podría arreglarse, en que podríamos superar todos los obstáculos y volver a estar juntos. Cuando nuestros ojos se cruzaron, él no desvió los suyos. Asintió con la cabeza y me lanzó una de sus arrebatadoras sonrisas. Podríamos haber estado así para siempre, hechizados cada uno por la mirada del otro, escuchando en bucle aquella canción que parecía escrita para nosotros dos, pero, justo en aquel momento, apareció Shima.

No la habíamos oído llegar, a pesar de que arrastraba los pies sobre la hojarasca como un muerto viviente. Tenía la mirada perdida, el rostro inexpresivo y los ojos enrojecidos, pero ya no lloraba. Cuando sus hijos la vieron, se lanzaron a abrazarla como si llevaran años sin verla. Ella se puso en cuclillas y les devolvió el abrazo con tanta fuerza como si no quisiera separarse nunca.

Me sentí culpable y creo que a todos los demás les pasó lo mismo. Aquella mujer, uno de los nuestros, acababa de enterarse de que su hija había muerto y nosotros habíamos estado cenando, tomando cervezas y cantando alrededor de la hoguera como si estuviéramos de acampada. Debbie dejó de tocar y le devolvió la guitarra a Al.

—¡Qué tarde se ha hecho! —comentó tras mirar su reloj—. Creo que deberíamos tratar de dormir un poco.

—Sí. Sí que se ha hecho tarde —Grenville se levantó del tocón en el que había estado sentado y se frotó las rodillas—. No debería estar aquí de noche. Tanta humedad no es buena para mis articulaciones.

—Id todos a descansar. Yo haré la primera guardia. —Se ofreció Al—. ¿Alguien para la segunda?

—Yo misma —contestó Keira.

—Perfecto. Te despertaré a las cuatro.

Todos fueron despidiéndose y entrando en la casa. Les dejé marchar sin moverme del sitio.

No quería separarme de Al y olvidar aquel momento que acabábamos de compartir con solo una mirada. Él me observó y enarcó una ceja, como si me preguntara por qué no me iba.

—¿Me invitas a un cigarrillo antes de dormir?

—Claro. —Sacó uno para él y después me lanzó el paquete por encima de la hoguera—. Me alegro de que te quedes un rato. Hay algo importante que quiero hablar contigo.

Aquellas palabras me emocionaron tanto que mis manos empezaron a temblar y me resultó difícil encender el cigarrillo. Mil pensamientos llenaban mi cabeza, mil emociones colisionaban en mi alma... Recordé el beso que me había dado por la mañana, esa conexión entre los dos que había sentido al escuchar la canción, aquella manera suya de mirarme que me hacía olvidarme de todo...

—Dime —contesté en un susurro, intentando que la voz no me temblara.

Él asintió, le dio una calada a su cigarrillo y volvió a fijar sus ojos en los míos. Me sentí atrapada en ellos y en aquel momento supe que le diría que sí a cualquier cosa que me propusiera. Podía olvidar el pasado, el dolor, el orgullo y el miedo. Podía olvidar lo que estábamos haciendo y que el mundo entero se fuera al carajo... Si solo nos quedaban unos días en la Tierra, quería pasarlos entre sus brazos.

—Bueno... Mañana habrá que hacer algo con lo del ritual. —Empezó con voz temblorosa—. He pensado que... bueno, que puede que necesites una víctima para alguno de tus sacrificios y quiero presentarme voluntario.

Si me hubiera escupido a la cara, no me habría sentido más insultada. Todos los sentimientos que había tenido en los últimos minutos, todas las esperanzas de que aún pudiese haber algo entre nosotros reventaron en mil pedazos. Él no me veía. Seguía sin entenderme, sin saber quién era yo. Para él seguía siendo una bruja desquiciada, una asesina sin escrúpulos que podía elegir a cualquiera y sacrificarlo sin sentir ningún remordimiento.

Noté que la garganta se me cerraba y que los ojos me escocían, así que apreté los puños hasta clavarme las uñas. No pensaba llorar, no delante de él. Me levanté, arrojé la colilla al suelo y levanté la cabeza con la dignidad de la reina oscura que él pensaba que yo era.

—No te preocupes —dije con voz gélida—. Si el ritual dice algo de que necesitamos a un bocazas prepotente, serás el primero de la lista.

Me miró con el ceño fruncido. Por su expresión, supe que no entendía nada. Aquel era el problema: que no lo entendía, que nunca me comprendería. ¿Cómo podía pensar que yo permitiría que le pasase nada malo? ¿Cómo podía no darse cuenta de que por mí el mundo entero podía

desaparecer entre llamas con tal de que a él no le sucediera nada? ¿Cómo no notaba que, por mucho que tratara de odiarle, seguía siendo la persona a la que más amaba en el mundo?

Decidí no darle la oportunidad de rehacerse y contestarme. Me giré y caminé a paso rápido hacia la casa. Le oí llamarme, pero no me volví. Ya no había nada más que hablar. Lo nuestro estaba muerto y yo acabaría con cualquier atisbo de esperanza que pudiera quedar al día siguiente. Mi decisión estaba tomada.

Escuché un bufido procedente del otro lado de la mesa. Eric estaba leyendo con cara de agobio mientras con la mano derecha se alborotaba el pelo aún más de lo que solía estar.

—¿Te pasa algo? —pregunté.

Él volvió a bufar y levantó la mirada de los papeles. Tala, Shima y Grenville aprovecharon para dejar de leer y observarle. Se sonrojó al darse cuenta de que era el centro de atención.

—No. No me pasa nada... Es solo que llevamos aquí desde el amanecer y no hemos encontrado una mierda. —Se mordió el labio inferior, como si no se atreviera a seguir hablando, pero finalmente decidió continuar—. ¿Y si lo que buscamos no está aquí?

—Tiene que estar —insistí yo—. Si no lo encontramos, estamos perdidos.

Toda la mesa se sumió en un silencio sepulcral. Eché una mirada al montón de papeles que nos quedaban por revisar. Si al principio nos habíamos agobiado con la cantidad de información que teníamos que leer, en aquel momento empezábamos a desesperarnos por lo contrario. Cada vez quedaban menos páginas en las que encontrar el ritual. Seguíamos aferrándonos a la idea de que lo que necesitábamos tenía que estar allí, pero Eric acababa de decir en voz alta lo que todos teníamos. Si la manera de invocar al dios de la luz se había perdido en la noche de los tiempos, el mundo entero estaría condenado.

—Vamos a seguir buscando hasta que lo hayamos leído todo. Seguro que lo encontramos —dije intentando que mi voz sonara esperanzada.

—¿Y si no lo encontramos? —insistió Eric.

—Volveremos a releerlo todo por si se nos ha pasado por alto —respondí lanzándole una mirada con la que trataba de advertirle de que dejara de protestar y de bajar la moral del grupo. No la entendió.

—Esa sería una gran idea si tuviéramos todo el tiempo del mundo y si no hubiera vidas en juego —protestó Eric—. Esto es una carrera contrarreloj. La gente ya ha empezado a desaparecer.

Echó una mirada hacia el techo. Debbie y Keira habían subido a jugar con los hijos de Shima. Lo más probable era que ni siquiera estuvieran dentro de la cabaña, pero, aún así, Eric bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro.

—No sabemos el tiempo que le queda a Sammy... Ni siquiera podemos estar seguros de que siga viva...

—¿Y qué sugieres? —pregunté enfadada—. ¿Que nos rindamos y lo dejemos?

—No. Claro que no.

—Pues a estudiar —dije volviendo a mirar mis papeles—. No pienso rendirme hasta que esté segura de que lo que buscamos no está aquí.

Todos regresaron a la lectura, aunque pude escuchar varios suspiros agobiados. Sentí que la rabia hervía en mi interior. Suspirar y poner mala cara era muy fácil, pero no había escuchado ni una sola idea constructiva procedente de ellos. Decidí que era mejor no decir nada e intentar concentrarme en el trabajo. Ellos no eran los culpables de mi mal humor. El culpable estaba arriba, pescando en la laguna mientras se tomaba una cerveza.

—Aquí tampoco está —interrumpió Grenville cerrando de un golpe el viejo cuaderno que había estado leyendo.

—Yo creo que aquí no hay nada —intervino Shima.

—¿Os vais a rebelar todos? —pregunté tras levantar la vista—. Bien, estoy abierta a cualquier sugerencia.

—No sé qué otra cosa podemos hacer, pero no creo que seguir leyendo los viejos papeles de mi bisabuelo vaya a servir de nada —contestó la mujer—. Si ese hechizo estuviera aquí, ya habríamos encontrado alguna referencia.

—Quizá se nos haya pasado por alto. Estamos muy cansados —insistí yo—. Por eso creo que, cuando acabemos, cada uno debería leer partes que no haya leído, por si a alguien se le ha pasado algo.

—A mí no se me habría pasado —comentó Tala—. Sé que si hubiera leído algo relacionado con ese ritual, lo habría reconocido al instante.

—¿Y por qué estás tan segura de eso? —pregunté.

—Porque, cuando era pequeña, mi abuela me llevó a la celebración del solsticio de verano y asistimos a un ritual en el que se invocaba a Glooskap.

Los cuatro nos quedamos mirándola con la boca abierta sin saber qué decirle. Finalmente, Grenville pareció reaccionar. Estiró el brazo por encima de la mesa y tomó su mano.

—¿Quieres decir que estuviste presente en el ritual que llevamos horas buscando y que no se te ha ocurrido comentarnos nada hasta ahora?

—Sí, bueno... Yo era muy pequeña. No tendría más de cuatro o cinco años —dijo Tala mientras toda su cara enrojecía—. Solo recuerdo una gran hoguera, pero no puedo acordarme de más detalles.

El desánimo se instaló entre los ocupantes de la habitación hasta que se fijaron en mi rostro. Una amplia sonrisa iluminaba mi cara.

—Eso puede tener arreglo —dije tras levantarme de mi asiento—. Dime, Tala... ¿Te han hipnotizado alguna vez?

Contemplé el sereno rostro de Tala. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa en la cara. Su respiración era regular y acompasada. Parecía que ya podíamos empezar. Me giré hacia los demás y me llevé el índice a los labios para indicarles que debían guardar silencio.

—¿Ya está dormida? —preguntó Eric en un susurro, ignorando mi gesto.

—Sí. Ya está. Ahora tenéis que estar callados.

—¿Y no sería mejor que nos marcháramos? Estas cosas me dan muy mal rollo...

—¿Cómo te va a dar mal rollo la hipnosis? —pregunté enarcando una ceja—. Es una práctica que se usa en medicina, en psicología... No tiene nada de sobrenatural.

Eric frunció los labios como un niño enfadado y cruzó los brazos frente al pecho, dispuesto a quedarse, pero dejando claro que aquello no le hacía ninguna gracia. Decidí ignorarle y volví a girarme hacia Tala. Yo también debía encontrarme relajada y centrada en lo que tenía que hacer, así que cerré los ojos durante unos segundos y tomé varias bocanadas profundas de aire hasta notar que toda la tensión desaparecía de mi cuerpo. Cuando me sentí preparada, me acerqué a la mujer.

—Tala, ¿puedes oírme?

—Sí —susurró ella.

—Bien... Quiero que solo estés atenta al sonido de mi voz. Voy a estar a tu lado en todo momento y no permitiré que te pase nada malo. —Esperé hasta que ella asintió—. Vamos a hacer

un viaje al pasado. Quiero que te concentres y que imagines que vas siendo cada vez más y más joven. Vamos a viajar a ese día en el que tu abuela te llevó a ver la celebración del solsticio de verano. ¿Lo recuerdas?

Me quedé en silencio, dejándole tiempo para que siguiera mis instrucciones. Vi que la sonrisa de su rostro se ampliaba.

—¿Has llegado a ese momento? —pregunté.

—Sí. Estamos en un gran claro. Hay gente por todas partes. —Su voz se había vuelto más aguda, casi infantil—. Llevan trajes muy bonitos y plumas en el pelo y la cara pintada de colores.

—Lo estás haciendo muy bien, Tala —la animé—. ¿Qué más puedes ver?

—En el centro del claro hay un grupo de ancianos. Mi abuela me cuenta que son los chamanes de las tribus cercanas. Están sentados alrededor de un montón muy grande de madera. Mi abuela me dice que es madera de sauco, que es un árbol mágico.

—¿Qué están haciendo los chamanes?

—Nada. Solo cantan acompañando al sonido de los tambores. —De repente, el rostro de Tala se tensó y su respiración se aceleró.

—¿Qué pasa, Tala? ¿Qué estás viendo?

—Ha entrado otro hombre en el claro. Va vestido de negro y lleva muchas plumas negras en la cabeza. Todo el mundo le tiene miedo. —Su voz anida se había vuelto temblorosa, como si estuviera al borde del llanto.

—Tranquila. Esto es solo un recuerdo. Estoy aquí contigo y no permitiré que te pase nada malo —dije para calmarla—. Además, tu abuela está contigo. Ella también te protegerá.

Vi que la mano derecha de Tala se cerraba en un puño, como si estuviera agarrando a su abuela. Su respiración se relajó un poco.

—Mi abuela me dice que no tenga miedo, que no va a pasar nada malo, pero hay niños llorando y sus madres se los llevan —siguió contando ella—. Dice que es el conjurador, un brujo muy poderoso. Es el único que puede invocar a los dioses buenos y a los malos y hasta puede llamar a los demonios.

—¿Qué hace ese hombre? —pregunté luchando para que no se notara la ansiedad en mi voz.

—Lleva tres plumas grandes en la mano. Mi abuela me cuenta que son plumas de búho, que es el animal que representa a Glooskap. Las agita en el aire y dice su nombre una y otra vez. Toda

la gente del claro empieza a llamarle. Ya no tienen miedo. Parecen contentos, así que yo también le llamo. Cuando todo el mundo está diciendo su nombre, el brujo tira las plumas al montón de madera y este se enciende. La gente se calla al ver las llamas.

—No lo entiendo. ¿Él se ha acercado con una cerilla o con una antorcha?

Tala niega con la cabeza y deja escapar una risita nerviosa.

—No. Solo tira las plumas y todo arde. Es magia —dice mientras asiente con la cabeza—. Luego todos vuelven a decir el nombre del dios mientras se ponen en fila.

—¿Para qué?

—Llevan regalos para el dios. Mi abuela también se pone en la cola y me explica que los regalos son símbolos.

—¿Símbolos de qué?

—De las cosas del pasado que no nos dejan avanzar: de la gente que nos ha dejado, de las cosas que hemos hecho mal y que nos hacen sentir culpables...

—¿Tú llevas algo? —pregunté interesada.

—No, pero mi abuela lleva una pulsera de mi abuelo. —Su voz se tiñó de melancolía—. Le digo a mi abuela que no la tire, que es mejor que nos la quedemos para recordarle, pero ella dice que así mi abuelo podrá ser libre y nosotros podremos seguir adelante y que eso no quiere decir que vayamos a olvidarnos de él.

—¿Qué más sucede?

—La gente va echando las cosas a la hoguera y el fuego es cada vez más y más grande. Es tan alto como una casa y da mucho calor.

Fruncí el ceño, dudando si preguntarle algo más. Su descripción del fuego me resultaba exagerada, por mucho que la gente estuviese alimentando la hoguera, pero supuse que, en su recuerdo de niña de cuatro años, cualquier hoguera parecería enorme.

—La fila ya se ha acabado —continuó Tala—. El brujo levanta los brazos al cielo y, de repente, las nubes se abren y entra un rayo de sol. No entiendo por qué, pero todo el mundo se pone muy contento.

—¿Tu abuela te lo explica? —pregunté.

—Sí. Me dice que ese sol significa que el dios nos ha escuchado, que ha vencido a la oscuridad y al invierno y que ya empieza el verano.

—¿El brujo hace algo más?

—No. Deja la hoguera encendida y se marcha. Todo el mundo está muy contento y se ponen a beber y a bailar alrededor del fuego. Es muy bonito.

—Muchas gracias, Tala. Lo has hecho muy bien. —La felicité con voz dulce—. Ahora quiero que vuelvas al presente y, poco a poco, vayas haciéndote consciente de tu cuerpo. Te vas a sentir descansada, relajada y en paz. Cuando notes que te encuentras preparada, despierta y abre los ojos.

Estuvimos esperando un par de minutos hasta que Tala despertó. Cuando abrió los ojos, me miró y me dedicó una amplia sonrisa.

—Ha sido una experiencia muy bonita —dijo—. No me importaría repetirla.

La cogí de la mano para ayudarla a incorporarse. A pesar de su sonrisa, aún parecía un poco confusa y mareada.

—Ha funcionado, ¿verdad? —preguntó—. ¿Tenemos el ritual?

—Creo que sí. Solo tenemos que prepararlo todo.

—¿Y de dónde vamos a sacar la madera de sauco y las plumas de búho? —intervino Eric.

Me giré hacia él, sorprendida por su voz. Habían estado tan quietos y callados durante toda la sesión de hipnosis que había olvidado su presencia.

—Eso no es problema. Podemos encontrar ambas cosas en este mismo pantano —respondió Grenville—. Vamos. No hay tiempo que perder.

Antes de que pudiera moverse, agarré a Grenville por la camisa y le hice un gesto indicándole que esperara. Él me miró confuso, pero asintió.

—Id subiendo. Ahora mismo voy —les dijo a los demás.

Cuando todos hubieron desaparecido por la trampilla, el hombre se giró hacia mí y enarcó una ceja.

—¿Hay algún problema?

—Sí. Al quiere presentarse voluntario para ir a hacer el ritual y no podemos permitirlo —expliqué—. Tú no le conoces mucho, pero es la persona más inútil del planeta para la magia.

—¿Entonces por qué se va a ofrecer?

—Porque siempre quiere proteger a todo el mundo... Es muy cabezota. Necesito que esté

lejos mientras preparamos el ritual. —Le lancé una mirada suplicante—. ¿Me ayudarías?

—Claro. Sin problema.

Me dirigió una sonrisa y me dio un par de palmadas en la espalda antes de subir las escaleras. Yo me senté en una de las literas y cubrí mi rostro con las manos durante unos segundos. El ritual no era difícil: limpiar el nombre de Croatoan de la piedra y encender una hoguera para llamar al dios de la luz. Incluso parecía demasiado fácil. Sin embargo, sabía que el problema iba a ser llegar hasta allí. El hechizo de Croatoan no solo cubría cada vez más extensión, sino que se hacía más y más potente. Las primeras personas en caer bajo su influjo habían tardado entre ocho y diez horas en quedarse dormidas, mientras que los padres de Debbie, que ni siquiera se habían acercado a la zona cero, habían sucumbido en menos de una. Esperaba ser lo bastante fuerte como para poder resistir el tiempo suficiente. Y también esperaba que el dios de la luz no se ofendiera porque lo invocase yo en lugar de un conjurador. Ya teníamos suficientes problemas con un dios enfadado. No necesitábamos dos.



CAPÍTULO ONCE

Miró la caña por enésima vez en la última hora. El sedal continuaba flojo, sin dar la más mínima señal de movimiento. La verdad era que hacía rato que había empezado a dudar de que en aquella laguna de aguas verdosas hubiera algo vivo y, si lo había, era muy improbable que fuera comestible. De todos modos, no pensaba rendirse. Estar allí sentado fingiendo que pescaba le ofrecía la excusa perfecta para no tener que entrar en el búnker y enfrentarse a Eli.

No se veía con fuerzas para eso. Ni para eso ni para nada. Había pasado la mitad de la noche haciendo guardia y, cuando había llegado su turno de dormir, se había encontrado con que todas las literas estaban ocupadas. Las horas hasta el amanecer se le habían hecho eternas, tirado en el incómodo y frío suelo con los ojos muy abiertos clavados en el techo de aquel búnker, preguntándose una y otra vez qué había hecho mal. Tan solo había intentado ayudar a Eli. Si el ritual que tenían que hacer exigía un sacrificio humano, no quería que tuviera que elegir a un inocente y sentirse culpable por ello. Ella había aceptado el sacrificio de John para terminar con Apolyon sin poner muchos peros y, según le había contado Eric, también le había parecido bien que el sheriff de Swanton se sacrificara para salvar a los críos de su pueblo. ¿Por qué no podía aceptarle a él? ¿Es que no era lo bastante bueno? Y, lo más importante, ¿por qué se cabreaba de aquel modo con él por ofrecerse a ayudarla?

Resopló con fuerza y cogió la guitarra que descansaba a su lado sobre la hierba. Llevaba un rato con la misma canción en la cabeza: *Creep* de Radiohead. Aquellos versos que decían “¿Qué demonios estoy haciendo aquí? No pertenezco a este lugar” le iban como anillo al dedo. Empezó a rasgar las cuerdas mientras susurraba el estribillo una y otra vez.

—No creo que los peces vayan a picar más porque les cantes —dijo una voz a su espalda.

Dejó de tocar y se giró. Grenville se acercó a él y se sentó a su lado.

—No van a picar de ninguna manera —se quejó Al—. ¿En serio hay peces en esta laguna?

—Te aseguro que los hay, pero ahora vas a tener que dejar de intentar pescarlos... Al menos por un rato.

—¿Y eso?

—Hemos encontrado el ritual —contestó Grenville lanzándole una amplia sonrisa de satisfacción.

—¿En serio? ¿Y qué hay que hacer?

—No parece difícil. Tan solo hay que limpiar el nombre de Croatoan de la piedra, encender una hoguera de madera de sauco y echar unas plumas de búho.

—Joder, qué cosas más raras —comentó Al.

—Sí. Los dioses son caprichosos. —Grenville rió y le dio una palmada en la espalda—. Vamos a empezar a prepararlo todo. Sé que hay saucos cercanos y es probable que encontremos plumas de búho, pero hay otra cosa que nos hace falta y para eso te necesito a ti.

—¿Qué tengo que hacer?

—El agua que se utilice para limpiar el nombre de Croatoan de la piedra tiene que ser agua pura de manantial. He pensado que, como tienes coche, a lo mejor no te importaría ir a buscarla.

—Sin problema —respondió Al levantándose—. ¿Dónde tengo que ir?

—Al sur de la isla. —Grenville echó mano al bolsillo trasero de sus pantalones y sacó un arrugado mapa—. Te he marcado con una X en rojo el sitio exacto.

—¿Hay carreteras que lleguen hasta ahí? Parece todo pantano —preguntó Al tras contemplar un rato el mapa.

—Bueno, carreteras como tal no hay, pero hay sendas y caminos. Podrás llegar.

—Espero no acabar metido en unas arenas movedizas. Bueno, pues me voy ya. —Al se guardó el mapa y empezó a caminar hacia los árboles en los que habían escondido los coches, pero, tras dar un par de pasos, se detuvo y se giró hacia Grenville—. ¿En serio es tan sencillo? ¿No va a haber que sacrificar a nadie para acabar con ese bicho?

—No —contestó Grenville mirándole sorprendido—. ¿Por qué íbamos a tener que sacrificar a alguien?

—No sé. Son cosas que suelen pasar...

—Es tal y como te lo he dicho, pero, si quieres asegurarte, puedes bajar y preguntarle a Eloise.

—No, tranquilo... Me fío de ti.

Se puso de nuevo en movimiento y se encontró con Eric y Debbie, que se acercaban cogidos de la mano.

—¿Te vienes a recoger leña con nosotros? —preguntó Debbie.

—No puedo. Tengo que ir a buscar un manantial al sur de la isla.

—¿Un manantial? ¿Dónde?

Al sacó el mapa de su bolsillo, lo desplegó y le señaló la X roja que había dibujado Grenville.

—Se supone que ahí —contestó Al.

—Quizá deberías acompañarle —comentó Eric—. Tú conoces la isla mejor que él y podrías ayudarle a no perderse.

—Bueno, no conozco mucho esa zona —confesó Debbie—. No hay más que pantanos, así que no es un sitio al que solamos ir a pasear.

—¿Entonces no vienes? —preguntó Al.

—Sí. Voy contigo. Suena mucho más divertido tratar de encontrar un manantial misterioso que recoger leña. —Le dio un beso a Eric y se separó de él—. Lo siento, cariño.

—No te preocupes. Lo comprendo.

—¿Por qué no vienes tú también? —ofreció Al.

—Gracias, pero no. Alguien tiene que buscar esa puñetera leña de sauco y las tres plumas de búho. —Eric soltó una risita divertida—. No sé si serviré de algo. No sabría diferenciar un sauco de un pino aunque mi vida dependiera de ello y tampoco tengo ni idea de cómo es una pluma de búho.

—Pues mucha suerte con eso —dijo Al antes de volverse hacia Debbie—. ¿Nos vamos?

Cuando llegaron al Impala, apartaron las ramas con las que lo habían ocultado y se sentaron dentro. Al fue a conectar la música, pero Debbie le dio un golpecito en la mano para impedirselo y abrió la guantera para buscar entre los CDs.

—Oye, que el coche es mío —se quejó Al.

—Ya, pero hoy solo eres el conductor. Yo soy la guía y jefa de expedición —contestó ella metiendo un CD en el reproductor—. La música la elijo yo.

—Espero que elijas bien o te dejaré tirada en medio del pantano —amenazó él.

Las primeras notas de *Self esteem* de The offspring empezaron a retumbar en el interior del coche. Ella enarcó una ceja, esperando su opinión.

—Bueno... No está mal, pero, cuantas más canciones elijas, más posibilidades tienes de cagarla.

—Espero no hacerlo —dijo ella, reclinándose en el asiento con cara de suficiencia—. Vamos, arranca. Si vas a abandonarme en medio de un pantano, prefiero que no se me haga de noche.



CAPÍTULO DOCE

Había preferido quedarme a solas en el búnker, con los codos apoyados en la mesa y las manos cubriéndome el rostro. No tenía ni idea del tiempo que llevaba en aquella postura, simplemente sentada, luchando por relajarme y prepararme para lo que me esperaba. Sabía que me iba a enfrentar a un tipo de magia totalmente desconocida para mí, a un dios cuyos poderes y debilidades ignoraba, a un hechizo tan potente como para no permitir que me acercara al lugar en el que podría deshacerlo... Por lo que sabía, era posible que cayese dormida mucho antes de llegar a la piedra en la que estaba escrito el nombre de Croatoan y que mi cuerpo inconsciente quedase allí, sin que nadie pudiera acudir a socorrerme, hasta desvanecerse por completo.

Sin embargo, no era aquello lo que me preocupaba. Estaba preparada para morir, pero no quería hacerlo para nada. Si no conseguía mi objetivo, no iba a ser la única víctima. No sabía el alcance que podría llegar a tener aquel hechizo antes de que alguien encontrara la manera de detenerlo, pero podía acabar afectando a millones de personas. No podía irme al otro mundo con esa carga en la conciencia. Tenía que conseguirlo.

Por si aquello fuera poca presión, había otro pensamiento que se interponía y me atormentaba. Había hecho que Grenville alejase a Al de mi lado con mentiras. Él llevaba años acusándome de eso injustamente, pero, en aquella ocasión, tendría toda la razón para enfadarse conmigo. Y lo peor de todo era que no había podido despedirme de él y que, seguramente, no volvería a verle. El último recuerdo que le quedaría de mí sería el de una bruja furiosa que le gritaba y le insultaba. Me consolé pensando que aquello le haría más fácil olvidarme de nuevo y regresar a su vida normal.

Escuché unos pasos que descendían la escalera metálica y descubrí mi rostro. Grenville se colocó a mi lado y puso una de sus manos en mi hombro.

—Ya lo tenemos todo preparado. —Me lanzó una mirada de preocupación—. ¿Lo estás tú?

Tardé en contestar unos segundos más de lo que me habría gustado. La garganta se me cerró y tuve que morderme el labio inferior para evitar unas estúpidas lágrimas que hacían que los ojos me ardiesen y que amenazaban con escapar. No sabía por qué, pero en aquel momento me asaltó la sensación de que aquel plan estaba destinado al fracaso y que iba a morir. Lo que más me dolía era tener que marcharme de este mundo sin volver a ver a Al, sin decirle realmente lo que sentía.

—Sí. Estoy preparada. —Conseguí contestar antes de apoyar las manos en la mesa y levantarme con gesto decidido—. Vamos.

Grenville me señaló las escaleras para que yo subiera primero. Cuando llegué a la puerta de la cabaña, vi que todos estaban esperándome, colocados en dos filas, una a cada lado, como si me hubieran hecho un pasillo de honor. Supe que estaban allí para apoyarme, pero aquella organización, con ellos a ambos lados y Grenville siguiéndome, me recordó a una comitiva fúnebre o al camino que seguiría un reo hasta el lugar de su ejecución.

Pasé junto a los niños de Shima, que me dedicaron una sonrisa nerviosa que parecía indicar que no sabían muy bien qué era lo que estábamos haciendo. Tala me tomó la mano según pasaba, me hizo detenerme y me abrazó con cariño. Cuando me soltó, Keira tomó su lugar y me apretó con tanta fuerza como para dejarme sin respiración. Nunca me habían gustado las demostraciones de afecto ni el contacto físico con personas prácticamente desconocidas, pero sus abrazos me llenaron de una energía positiva que realmente necesitaba en aquel momento.

Al final de la fila estaban Eric y Shima. Pensé que Eric también me abrazaría y que se pondría a llorar y sería difícil convencerle de que me dejara ir, pero no hizo nada. Me esquivó la mirada y se puso en marcha, con Shima a su lado, hacia el lugar en el que habíamos dejado el coche de Keira. Supuse que para él también estaría siendo un momento muy difícil y que seguramente prefería dejar la despedida para el último segundo.

Cuando llegamos a los árboles en los que se encontraba el coche, vi que ya habían retirado todas las ramas que lo cubrían. Keira le pasó las llaves a Grenville y este se acercó al maletero y lo abrió.

—Aquí tienes la leña para la hoguera —dijo señalando un haz de ramas atadas con cuerdas—. No hemos querido hacerlo más grande porque tendrás que llevarlo por ti misma hasta el lugar del ritual. Espero que sea suficiente. ¿Crees que podrás con él?

—Sí. Por supuesto —contesté.

—Y aquí tienes las tres plumas de búho. —Grenville sacó un pañuelo del bolsillo de su camisa hawaiana, lo desplegó y me enseñó su contenido—. Ha costado mucho encontrarlas. No las pierdas.

Asentí y recogí el paquete para guardarlo en el bolso que llevaba colgado en bandolera en el que había metido todo lo que necesitaría para el ritual. Cuando tuve las manos libres, él se lanzó sobre mí y me dio un abrazo de oso.

—Mucha suerte —susurró en mi oído—. Rezaremos por ti.

La garganta se me volvió a cerrar, así que preferí no contestar nada para evitar que la voz se me quebrase. Me limité a asentir y a forzar una sonrisa. Él volvió a cerrar el maletero y, cuando

yo ya estaba extendiendo mi mano para que me pasara las llaves, Eric se adelantó y las cogió.

—¿Qué haces, Eric?

Mi tono fue más duro de lo que me habría gustado, pero, durante un momento, pensé que le había entrado miedo de que pudiera pasarme algo malo y que trataba de impedir que me fuera. Por eso me quedé paralizada cuando, en lugar de darme las llaves o una explicación, abrió la puerta del conductor y se metió dentro. Y aún aluciné más cuando Shima abrió la puerta del copiloto, entró y se sentó sin mediar palabra. Me acerqué a la ventanilla del conductor y empecé a golpear con los nudillos hasta que Eric la bajó.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?

En aquella ocasión no me importó que mi tono resultara agresivo o amenazante. Sin embargo, mi voz no impresionó a Eric en absoluto. El chico siguió impassible, con la vista al frente y las manos aferradas al volante.

—Te he preguntado qué se supone que estáis haciendo —insistí.

—Nosotros también vamos.

Eric pronunció aquellas palabras sin dejar de mirar al frente. Supongo que en realidad le daba miedo enfrentarse a mi mirada. Negué con la cabeza, me apoyé en la ventanilla y me incliné hacia el interior del coche para que mi voz le llegase aún más clara.

—No vais a ningún sitio. Voy a ir yo sola.

—No, Eloise... Hay muchas cosas en juego ahora mismo como para que toda la responsabilidad recaiga sobre ti —dijo volviéndose por fin a mirarme. Me sorprendió la firmeza de su voz, la resolución que brillaba en sus ojos—. Puedes perderte o tener un accidente o que el ejército te detenga. Pueden pasar mil cosas...

—Pero no va a pasarme nada —le corté.

—Eso no lo sabes —gritó él—. La supervivencia de miles de personas depende de que alguien llegue a esa puta piedra y haga el ritual. Tanto Shima como yo lo conocemos y podemos hacerlo, así que vamos a ir contigo.

—He dicho que no. Si os acercáis a la zona del hechizo, estaréis dormidos en unas horas.

—Y si no, lo estaremos mañana.

—Eso no tiene por qué ser así —protesté—. Podéis ir hacia el sur y ocultaros en los pantanos.

—¿Para qué? Esa cosa nos acabará cogiendo. Es ahora o nunca. —Esperó un par de segundos por si quería seguir discutiendo, pero yo me quedé en silencio, sin saber qué más decir para convencerle—. Tienes dos opciones, Eloise. —Me lanzó una sonrisa burlona—. O te montas ahí detrás y vienes con nosotros o arranco y nos vamos solos.

No podía creer que estuviese enfrentándose a mí de aquella manera. En aquel momento, me acordé de que Grenville me había dicho que Debbie se había marchado con Al en busca de aquel manantial inexistente y me planteé que Eric lo había planeado así desde el principio. Había alejado a Debbie de su lado igual que yo lo había hecho con Al. Iba a ser imposible hacerle cambiar de opinión. Bufé enfadada y me metí en el asiento trasero.

Cuando Eric arrancó, vi que Shima sacaba la mano por la ventanilla y les hacía un gesto de despedida a sus dos niños. Sonrió y movió la mano mientras sus imágenes iban haciéndose cada vez más pequeñas en el espejo retrovisor. Cuando desaparecieron, la mujer rompió a llorar. Parecía que yo no era la única que sospechaba que realizar el ritual iba a cobrarse un alto precio y que aquella podía ser la última vez que viéramos a nuestros seres queridos.



CAPÍTULO TRECE

—¿Por qué paras? —preguntó Debbie extrañada.

—No podemos seguir con el coche —contestó Al—. La senda se acaba aquí y ya solo hay barro. Paso de meter el coche y que se quede atrapado. Dudo mucho que podamos conseguir que una grúa venga a sacarnos.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Andar. Ese manantial no puede estar lejos.

Salió del coche y miró alrededor con las manos apoyadas en las caderas. Aquel sitio era asqueroso. A su alrededor, todo estaba inundado por un agua de color marrón que parecía espesa y malsana. Las raíces de los árboles, retorcidas y gruesas como anacondas, surgían de las profundidades como si pretendieran escapar. A saber qué bichos se ocultaban bajo la superficie. No pensaba meter una bota allí ni por todo el oro de la reserva nacional.

—Pues nos queda más o menos una milla hasta el punto que ha marcado Grenville —comentó Debbie extendiendo el mapa para que Al pudiera verlo.

—Joder... Pensaba que esto sería más fácil. Un idílico paseo hasta el manantial, llenar una botellita y volver. —Soltó un suspiro de hastío—. ¿Por dónde se supone que hay que ir?

—Por ahí el suelo parece más firme, pero no te confíes.

Debbie abrió la marcha y empezó a caminar por una senda embarrada. Él la siguió, no muy convencido. El terreno era muy resbaladizo y la senda, en algunos puntos, era tan estrecha que resultaba difícil mantener el equilibrio. De vez en cuando, le parecía percibir por el rabillo del ojo un movimiento bajo las aguas, muy cerca de ellos. No sabía si se estaba sugestionando, porque cuando se fijaba no veía nada, pero habría jurado que, cada cierto tiempo, una sombra más oscura se acercaba. Incluso le había parecido ver unas burbujas que indicaban que, a muy poca distancia de sus pies, algo respiraba mientras les acechaba, esperando para atacar. Se preguntó si sería un caimán o una serpiente y si el puñetero bicho habría desayunado ya o no. Intentó convencerse a sí mismo de que era solo su imaginación y de que no debería dejarse llevar por el pánico, pero, por si acaso, al ver una rama gruesa casi desgajada de un árbol, decidió llevársela consigo. Además, le ayudaría a apoyarse y mantener el equilibrio.

En algunos puntos, los árboles estaban muy cerca unos de otros e impedían el paso de la ya de por sí débil luz del sol. Daba la impresión de que hubiese anochecido de repente. Al iba

sintiéndose cada vez más agobiado. La humedad que impregnaba el ambiente se le colaba por debajo de las ropas, pegándose a su piel, y el olor era asqueroso. El agua estancada apestaba a materia en descomposición, a huevos podridos, a col hervida, a gases venenosos...Se subió la camiseta para cubrirse la boca y la nariz, pero no sirvió de nada. Aquel maldito olor parecía encontrar cualquier recoveco para colarse hasta las fosas nasales y amenazaba con quedarse allí para siempre.

—¿Queda mucho? —preguntó desesperado.

—Ni idea —contestó Debbie tras encogerse de hombros—. No es como ir por las calles del pueblo. Aquí nada te dice que, tras girar en Dartmoor Avenue y seguir por Bowserton Road, llegarás a tu destino.

—Ya, ya lo sé, pero no puede quedar mucho, ¿no? —insistió él—. Llevamos media vida andando por este sitio de mierda.

—Espero que no... Calculo que unos diez minutos.

Debbie reanudó la marcha y Al la siguió. Le había parecido que Debbie le contestaba sin saber, tal y como se responde a los críos cuando se ponen pesados en el coche preguntando cuánto queda. Se apoyó en la rama para pasar por una zona que parecía especialmente resbaladiza mientras maldecía el momento en el que había aceptado la propuesta de Grenville para realizar aquella excursión. ¡Joder! Si ese hombre sabía dónde se encontraba el puto manantial, ¿por qué no había ido él mismo? Todo aquello le resultaba cada vez más ridículo y le ponía más y más nervioso. Y ni siquiera podía fumarse un cigarrillo. El aire le parecía tan cargado de gases peligrosos que le daba miedo que algo explotara al encender el mechero.

Siguieron caminando en silencio, atentos tan solo al lugar en el que iban poniendo los pies. Al iba tan concentrado que no se dio cuenta de que Debbie se había detenido y estuvo a punto de arrollarla.

—¿Qué haces? ¿Por qué te paras? —preguntó.

—Porque aquí no es —respondió ella señalando hacia delante—. Mira.

Al miró por encima de su hombro hacia el punto que estaba señalando. Unos cincuenta pasos más adelante, los árboles iban espaciándose hasta desaparecer. La línea azulada que se distinguía después tenía que ser el mar.

—No lo entiendo... —dijo él confuso.

—Hemos atravesado el pantano —Debbie desplegó el mapa—. El punto que nos marcó

Grenville está más atrás, tierra adentro... Nos lo hemos debido de pasar.

—Joder, qué mierda... ¿Y ahora qué hacemos?

—Volver atrás e intentar encontrar otro camino.

—Sabes lo que vamos a conseguir con eso, ¿verdad? —preguntó Al enfadado—. Acabar perdidos en este puto sitio.

—¿Y qué sugieres que hagamos? Tenemos que encontrar ese manantial. Lo necesitan.

—De momento, voy a salir de este pantano, a sentarme un rato a mirar el mar y a fumarme un cigarrillo.

Esquivó a Debbie para adelantarla y caminó hasta el borde de la playa. El sitio seguía siendo un asco. No había arena ni piedras, sino la misma tierra embarrada que se extendía hasta el mismo punto en el que era lamida por las olas. Se sentó en el suelo de todas formas. Ya estaba tan lleno de barro que no podía mancharse más.

Al cabo de unos segundos, Debbie se sentó a su lado. Se quedaron los dos en silencio, mirando al mar, disfrutando del simple hecho de que el aire volviera a ser respirable.

—Vamos a seguir buscando, ¿verdad? —preguntó Debbie cuando vio que él acababa el cigarrillo.

—Claro. ¿Qué otro remedio nos queda?

—Es que no entiendo por qué Grenville nos ha mandado aquí —dijo ella tras soltar un largo suspiro—. Hay más manantiales en la isla. ¿Por qué tiene que ser justo este?

Sintió que una corriente helada le recorría todo el cuerpo. Por supuesto que era ridículo que les hubiera mandado allí. En aquel momento, estuvo seguro de que aquel manantial que estaban buscando ni siquiera existía. No podía imaginarse una fuente de agua pura y cristalina en medio de aquel cenagal. La única razón por la que les habían mandado a hacer el gilipollas a aquel pantano era mantenerles lejos. Eli lo había vuelto a hacer.

Se giró hacia Debbie y sintió que el corazón se le detenía durante un segundo. Era lógico que Eli le hubiera enviado lejos para hacer lo que le diese la gana, como siempre, pero, ¿por qué estaba Debbie con él? La respuesta le llegó de forma demoledora: Para separarla de Eric, para que ella tampoco pudiera interponerse en lo que le iban a hacer.

Se levantó de un salto, agarró a la chica por un brazo y tiró de ella de vuelta al pantano. Debbie se resistió sin comprender.

—¡Qué prisa! ¿Te pasa algo?

—Tenemos que volver al coche inmediatamente.

—¿Por qué? —preguntó ella clavando los pies en el suelo para evitar dar un paso más hasta que él se explicara—. No podemos irnos. Tenemos que buscar el manantial.

—El manantial no existe —contestó él—. Nos han mandado aquí para alejarnos de ellos. Van a hacer el ritual y no quieren que nos interpongamos.

—No entiendo nada —dijo Debbie negando con la cabeza—. ¿Por qué íbamos a interponernos?

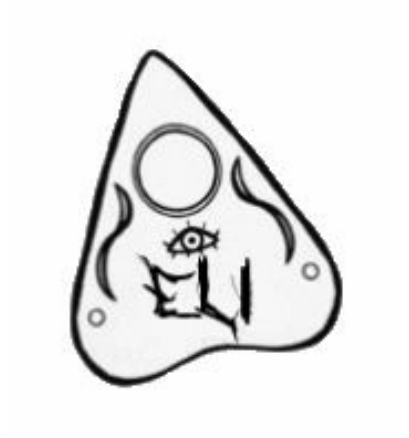
—Porque en toda esta mierda de la lucha contra las fuerzas del mal siempre se acaba necesitando un sacrificio humano y Eli sabe que yo no permitiría que algo así pasase de nuevo.

—¿Y por qué iban a alejarme a mí?

—Porque el tonto de tu novio se ha ofrecido como voluntario para ser la víctima del sacrificio.

Debbie se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos. El color desapareció de su rostro. Abrió y cerró la boca un par de veces, como si buscara argumentos para contradecirle, pero no los encontró. Eric era tan buena persona y estaba tan entregado a la causa de Eli que haría cualquier cosa por ayudarla a salvar el mundo.

Como parecía que la chica no reaccionaba, Al volvió a agarrarla de la mano y tiró de ella para hacer que se pusiera en movimiento. Debbie no protestó y, en pocos segundos, los dos estaban atravesando el pantano de regreso al coche. Ya no había tiempo para tener cuidado de no resbalar ni para preocuparse de si alguna forma oscura se acercaba a ellos protegida por las turbias aguas. Lo único que podían hacer era rezar para no haberse dado cuenta del engaño demasiado tarde.



CAPÍTULO CATORCE

En tan solo diez minutos, llegamos a las primeras calles de Manteo. Eric redujo la velocidad, como si quisiera pasar desapercibido. Yo me puse a mirar por la ventana, preocupada por la aparición de algún furgón del ejército o coche de policía. No necesitamos mucho tiempo para darnos cuenta de que no íbamos a encontrarnos con ningún otro coche. El nuestro era el único vehículo que se movía por las calles del pueblo.

En completo silencio, fuimos recorriendo aquel lugar vacío, frío y desierto. No nos cruzamos con nadie. Las luces navideñas, mecidas por un suave viento, eran lo único que se movía. Fui fijándome en las puertas de las casas, en las ventanas de las fachadas, buscando el furtivo movimiento de alguna cortina que revelase la presencia de supervivientes que nos espieran, pero no pude ver a nadie. Se me instaló una angustia en el pecho que me hizo difícil seguir respirando. Llegábamos tarde, demasiado tarde. Toda la ciudad había sucumbido al hechizo.

—¿Están todos dormidos? —preguntó Eric diciendo en voz alta lo que todos estábamos pensando.

—Sí. Todos han caído ya —contesté con un hilo de voz.

Ví a un hombre tirado en el suelo. Había conseguido arrastrarse hasta la acera, pero las piernas seguían en su jardín. Supuse que había intentado conseguir ayuda para él o alguien de su familia antes de caer desplomado. Aquel cuerpo abandonado al que nadie iba a socorrer me produjo una pena inmensa. Incluso pensé en pedirle a Eric que se detuviera y me ayudara a meterlo en su casa y tumbarlo en su sofá. Sin embargo, no tuve ocasión de hacerlo, porque, antes de que pudiera abrir la boca, dio un frenazo brusco y paró el coche.

Miré por el cristal delantero y enseguida me di cuenta de por qué se había detenido. Había un furgón del ejército a pocos pasos, empotrado contra una farola. Estaba cruzado en la carretera, ocupando la mitad de nuestro carril. No salía humo del vehículo, así que no parecía que hubiese peligro de que pudiera explotar.

—Sigue —dije poniendo una mano sobre su hombro—. No podemos pararnos.

Eric volvió a poner el motor en marcha y avanzó despacio. Cuando pasamos al lado del furgón, eché un vistazo por la ventanilla. Había dos soldados dentro, con las cabezas apoyadas en los airbags ya deshinchados, como si estuvieran reposando sobre dos almohadones que hubieran

perdido el relleno. Pensé que podían estar heridos y necesitar ayuda, pero no había nada que pudiéramos hacer por ellos. No sabíamos cómo curarlos y tampoco podíamos llevarlos al hospital. Estaba segura de que allí también habían caído todos presos del sueño.

Seguimos avanzando por aquella ciudad muerta. De vez en cuando veíamos algún cuerpo caído en las aceras, en las entradas de las casas... No había muchos. La mayoría de los habitantes de Manteo ni siquiera habían tenido tiempo de reaccionar. Habían caído en sus camas mientras dormían o en sus sofás, esperando un boletín de noticias que ya nunca llegaría, o en sus sillas de cocina, delante de un desayuno que no habían sospechado que podía ser el último.

Escuché un sollozo contenido. Eric trataba de controlarse, pero sus brazos temblaban tanto que temí que no pudiera seguir conduciendo. Volví a ponerle la mano en el hombro.

—¿Estás bien? —pregunté—. ¿Quieres que conduzca yo?

—Tranquila. Puedo aguantar —dijo antes de tomar una profunda bocanada de aire y erguir la cabeza—. Les salvaremos. Les salvaremos a todos.

Le apreté el hombro con cariño para transmitirle fuerza y confianza, pero no pude decirle nada. No estaba segura de poder detener aquel maldito hechizo y, aunque lo consiguiera, no sabía si eso iba a revertir sus efectos. Quizá la gente que ya había caído dormida permanecería dormida para siempre, quizá no había ninguna manera de arrancarlos de los brazos de Croatoan y volver a atraerlos a este plano. No tenía ni idea de si podríamos salvarlos o si ya estaban condenados, pero no podía transmitirle aquellas dudas a Eric si no quería que se desmoronara.

Volví a echarme hacia atrás y alcé la mirada hacia aquel extraño cielo de color morado. Las nubes eran cada vez más espesas, hasta el punto de no dejar pasar la luz del sol. Todo tenía un tono oscuro, enfermizo y triste. A pesar de que era casi mediodía, la luz era tan débil que Eric había tenido que encender los faros del coche. Sentí que un escalofrío recorría mi cuerpo. Me sentía triste y desanimada, sin esperanza, como si aquella luz antinatural estuviera robándome todas las fuerzas para luchar. Seguía dispuesta a sacrificarme para detener aquello, pero en mi cabeza seguía rondando la misma pregunta, cada vez con más insistencia: ¿Y si ya era demasiado tarde?



CAPÍTULO QUINCE

Detuvo el coche frente a la puerta de la cabaña de Grenville. El ruido del motor debía de haberles alertado a todos, haciendo que se escondieran en el búnker, porque no se veía a nadie fuera de la casa. Por un momento, temió que se hubieran marchado con Eli. Su mente, alimentada hasta el extremo por la paranoia, le hizo imaginar un sacrificio múltiple, una orgia de sangre, a Eli sonriendo entre un montón de cadáveres, orgullosa por haber vencido en una nueva batalla contra el mal. Apartó aquellos pensamientos, sintiéndose un imbécil. Eli no era así. Nunca lo había sido, por mucho que se empeñara en culparla de todos los males del mundo para dejar de amarla.

Grenville apareció en la puerta, disipando sus ridículos miedos. Cuando vio que eran ellos, se acercó al coche. Llevaba una sonrisa en la cara, como si estuviera contento de verles, pero a Al le pareció falsa y forzada. Cuando salieron, el hombre les saludó amistosamente.

—Ya habéis vuelto. ¡Qué rápidos! ¿Habéis encontrado el manantial?

Al no contestó. Se abalanzó sobre él, le agarró por las solapas de aquella ridícula camisa hawaiana y le estampó contra el Impala.

—No. No hemos encontrado ese puto manantial porque no existe —dijo acercando su rostro al del hombre para resultar aún más amenazador—. ¿Dónde está Eli?

Escuchó ruido a su espalda y giró la cabeza hacia la puerta de la cabaña. Vio que el resto de ocupantes de la casa se habían asomado y le miraban con cara de susto, como si temieran que se hubiera vuelto loco.

—No... No sé dónde está —mintió Grenville.

Volvió a estamparle contra el coche. No le gustaba estar comportándose como un animal con aquel hombre, que era ya un anciano, pero sentía que su sangre hervía y que, a cada segundo, le era más difícil controlarse. Tenía que detener a Eli como fuera. Por mucho que ella se empeñara en seguir convirtiéndose en un monstruo sin conciencia, él no iba a permitir que siguiera perdiendo su alma. Si para ello tenía que acabar dándole una paliza a aquel hombre, estaba dispuesto a ello.

—Dime dónde está Eli —rugió.

Grenville bajó la cabeza y siguió sin contestar. Al echó el brazo hacia atrás y cerró la mano en un puño, pero, cuando iba a descargar el primer golpe, algo le detuvo. Se giró, dispuesto a enfrentarse a quién fuera, y se encontró a Keira agarrándole y mirándole con cara de miedo.

—No, Al, por favor —suplicó—. Para.

—Decidme dónde está Eli.

—¿Y Eric? —intervino Debbie—. ¿Dónde está Eric?

La chica se había acercado a ellos y miraba hacia la puerta de la cabaña, como si esperase que su novio apareciese de repente para tranquilizarla y decirle que no le había pasado nada malo.

—Se han ido juntos y también se han llevado a Shima —contestó Keira.

—Eloise nos ha dicho que no les contáramos nada —Grenville le lanzó una mirada de furia.

Aprovechando que Keira había soltado su brazo, Al estampó su puño sobre el techo del Impala, justo al lado de la cabeza de Grenville. Este se encogió como si tratara de desaparecer, pero, un par de segundos después, levantó la cabeza y le lanzó una mirada desafiante. Aquel hombre no iba a contarle nada, así que le soltó y se giró hacia Keira.

—Por favor, tienes que decirnos dónde están —suplicó—. Tenemos que detenerla.

—Va a intentar salvar a todo el pueblo, quizá al mundo entero —protestó Grenville—. ¿Cómo vas a querer detenerla?

—Porque va a sacrificar a Eric —gritó Al fuera de sí—. No tiene por qué morir nadie. Tiene que haber otra opción.

—No va a sacrificar a nadie —protestó el hombre—. El ritual no dice nada de matar gente.

—¿Y cómo voy a creerte? —preguntó Al.

—Créeme a mí —intervino Tala avanzando hasta situarse a su lado—. Tan solo hay que borrar el nombre de Croatoan de la piedra sagrada e invocar al dios de la luz. No se exige ningún sacrificio humano.

—¿Entonces podéis asegurarme que van a volver sanos y salvos?

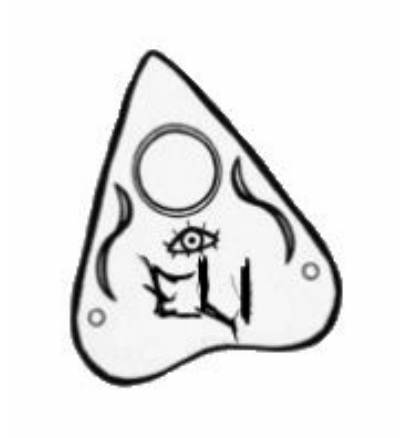
Todos bajaron la cabeza para esquivarle la mirada. Al les dio unos segundos para que alguno contestara, mientras sentía como la rabia se iba acumulando en su interior como la lava de un volcán a punto de estallar.

—Contestad. ¡Maldita sea! —gritó cuando no pudo contenerse más.

—No lo sabemos. El hechizo debe ser muy potente en ese lugar y no estamos seguros de que vayan a poder llegar hasta la piedra... —contestó Tala—. Y tampoco sabemos si Croatoan intentará defenderse.

Al negó con la cabeza y soltó un bufido desesperado. Apartó a Grenville del coche y abrió la puerta. Ya no necesitaba que le dijeran nada más. Sabía dónde habían ido: al lugar en el que estuvo la colonia perdida, a aquella puñetera piedra en la que empezó todo. Vio que Debbie corría hacia la puerta del copiloto, así que se metió rápido dentro del coche y bajó el seguro para que no pudiera entrar. Debbie luchó contra la manija de la puerta y, cuando vio que no se abría, empezó a golpear el cristal con furia. Él bajó la ventanilla un par de pulgadas para que su voz pudiera llegarle.

—No, Debbie. Tú no vienes. Ya hay demasiada gente a la que quiero en peligro. —Le lanzó una sonrisa antes de arrancar el motor—. Te traeré a Eric de vuelta. Puedes estar segura de eso.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Un poco más adelante, la carretera se internaba en un bosque. No necesité más que un segundo para reconocerlo. Era el bosque en el que había estado atrapada durante eones hasta que Al me rescató, el mismo con el que había soñado. Según nos acercábamos, fui notando un extraño cosquilleo, como si cientos de insectos estuvieran paseándose sobre mi piel. El vello de mis brazos se erizó y mi respiración se volvió más rápida. Mi cuerpo me avisaba de que nos acercábamos a algo peligroso, reaccionaba como lo haría ante la presencia de un voraz depredador. Había notado aquella sensación cientos de veces en mi vida, pero nunca con tanta intensidad. Era magia pura, de una potencia abrumadora.

—Para el coche —le dije a Eric. Al ver que no reaccionaba, le grité—. He dicho que pares. ¡Ahora!

Eric echó un segundo la mirada atrás y algo en mis ojos le advirtió de que sería mejor obedecerme. Frenó en seco de una forma tan brusca que tuve que agarrarme a los asientos delanteros para no salir despedida. En cuanto me recompuse del susto, abrí la puerta y salí del coche para correr hacia el maletero. Eric y Shima me siguieron con cara de no entender nada.

—¿Qué haces? —preguntó Eric—. Tenemos que llegar hasta la piedra.

—Vosotros no vais a dar ni un paso más. A partir de aquí sigo yo sola.

—¿Pero por qué? —intervino Shima confusa—. Habíamos dicho que íbamos a acompañarte y estuviste de acuerdo.

—Yo no he dicho que estuviese de acuerdo en ningún momento —contesté—. No me habéis dejado más remedio que aceptar, pero no voy a permitir que sigáis adelante.

—No pienso dejarte sola —insistió Eric abriendo las piernas y cruzando los brazos frente al pecho para parecer más imponente.

—¿Es que no lo notáis? —Los dos me miraron y negaron con la cabeza—. ¿No notáis la magia en el ambiente? ¿No sentís lo oscura y peligrosa que es? —Volvieron a negar—. Pues que no la notéis es otra prueba de que no debéis seguir adelante. No estáis preparados para esto.

—¿Y tú sí? —preguntó Shima desafiante—. Ni siquiera tienes sangre nativa en las venas. Nuestros dioses no van a escuchar a una mujer blanca. Debo ir yo.

—El ritual no dice nada acerca de la raza del conjurador, pero sí dice que eran personas

capaces de comunicarse con los seres sobrenaturales. Eso es lo que yo llevo haciendo toda mi vida, así que creo que soy la persona más capacitada para ir ahí a luchar contra esa cosa. —Desvié la mirada hacia Eric—. Abre el maletero.

—No. Quiero ir yo. —Shima me agarró por el brazo. Al mirarla, vi que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas—. Se llevó a mi niña... La mató... Déjame que sea yo la que acabé con él.

Sentí ganas de sacudir el brazo con violencia para que me liberara, de gritarle que no tenía ni idea de a qué quería enfrentarse, pero, en lugar de eso, me encontré abrazándola con fuerza y dejando que llorara sobre mi hombro.

—No se puede acabar con esa cosa... Ni tú, ni yo, ni nadie... Es un dios y no se le puede matar —susurré mientras le acariciaba el pelo como a una niña pequeña—. Lo único que podemos hacer es detenerle para que no haga más daño. Lo siento, pero no vas a poder vengarte.

—No es justo... No es justo —repitió una y otra vez entre sollozos.

—Lo sé, pero no debes basar tu vida en el deseo de venganza. Tienes otros dos hijos a los que cuidar, dos niños preciosos por los que seguir adelante. —La separé de mí, le agarré la cabeza y la obligué a mirarme a los ojos—. Tienes una razón para vivir. Deja que sea yo la que me encargue de esto.

Shima tomó aire, tratando de tranquilizarse, antes de asentir. Se llevó la mano al cuello y se sacó por la cabeza el colgante que llevaba. Cuando me lo tendió, vi que era uno de aquellos atrap sueños que se les venden a los turistas. Ella me lanzó una sonrisa avergonzada.

—Mi abuela me enseñó a fabricarlos. Sé que pueden parecer una baratija y que la gente los pone sobre la cama para no tener pesadillas, pero mi abuela me explicó que servían para mantener alejados a los seres de las sombras. Espero que funcione.

Me colgué el amuleto al cuello y le devolví la sonrisa. Ella se apartó de mi camino para ir a apoyarse en el lateral del coche y seguir llorando. Pensé que ya se habían acabado los obstáculos, pero la voz de Eric a mi lado me confirmó que me equivocaba.

—¿Qué pasa? ¿Es que tú no tienes razones para seguir viviendo?

Le miré enarcando las cejas, sin saber qué contestar. No era momento para ponerme a explicarle que estaba harta de todo: de estar sola, de que el corazón me doliera todos los días, de no ser capaz de olvidar y seguir adelante... No podía explicarle que había decidido rendirme y que morir salvando a la gente que quería me parecía la mejor manera de hacerlo.

—Abre el maletero, por favor —insistí.

—¿Es que yo no te importo una mierda? ¿Es que no soy nadie para ti? —preguntó furioso—. Muchas gracias, Eloise.

—Sabes que no es eso... Pero tú tienes tu vida, tienes a Debbie... No necesitas a una bruja gruñona para seguir adelante. —Le dirigí una sonrisa triste—. Abre el maletero, por favor.

—No. Quiero ir yo. —Ante mi cara de desconcierto, siguió explicándose atropelladamente—. Sé que puedo hacerlo y es mejor que vaya yo y que tú no te arriesgues... Si esto no funciona, tú puedes seguir estudiando y encontrar la manera de pararle. Eres la más fuerte de todos nosotros y la que más sabe de estas cosas. No podemos arriesgarnos a que te pase nada.

No supe si enfadarme con él o echarme a reír. Todo aquello era tan ridículo... ¿Cómo era posible que todo el mundo estuviera tan deseoso de sacrificarse? Negué con la cabeza, me acerqué a él y le acaricié la mejilla para recoger una lágrima que había escapado de sus ojos.

—No, Eric... Tú no vas a ir. Tú menos que nadie. —Fue a protestar de nuevo, pero le puse el índice sobre los labios para obligarle a escucharme—. No va a haber tiempo para estudiar más ni para encontrar ninguna otra solución. Es ahora o nunca. Mañana ya estaremos todos dormidos. Hay que jugárselo todo a una carta y tienes que reconocer que yo soy lo mejor que tenemos.

—Pero no quiero que mueras... —Su llanto se había vuelto más intenso y le temblaba el labio inferior, como a un niño que estuviera a punto de tener un berrinche.

—Esperemos que eso no pase. Ahora vuelve a casa y aprovecha el tiempo que te queda para abrazar a Debbie y decirle lo que la quieres. Puede que mañana sea tarde.

Él asintió y se echó en mis brazos sollozando. Yo le abracé con fuerza, como si no quisiera soltarle nunca. Mi Eric, mi hombrecito sensible, mi niño miedoso que me había demostrado que podía ser más valiente que nadie... Me incliné hacia su oído para susurrarle:

—Ojala hubieras sido mi hijo...

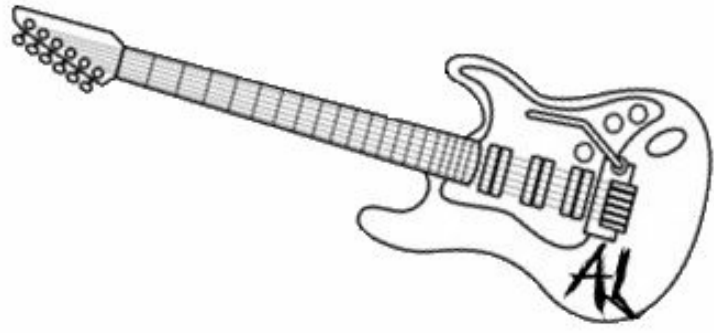
—Gracias por haber sido la madre que necesitaba—contestó él aferrándose aún con más fuerza.

Nos separamos y yo me giré para enjugarme el llanto que había escapado de mis ojos con el mayor disimulo posible. Si me dejaba llevar por los sentimientos, no podría marcharme nunca. Él abrió el maletero y me tendió el haz de leña. Grenville lo había atado con dos cuerdas, dejando un par de asas para que pudiera colgármelo a modo de mochila. Eric me ayudó a ponérmelo mientras seguía sollozando a mi espalda. Cuando comprobé que estaba bien colocado, eché a andar. No podía permanecer más tiempo allí o empezaría a invadirme el miedo y me quedaría paralizada. Cuando estaba a punto de entrar en el bosque, me giré y les vi aún allí, al lado del coche,

mirándome.

—Volved a casa y aprovechad el tiempo —les grité antes de hacer un gesto de despedida—. Nunca sabemos cuánto nos queda.

Me interné entre los árboles y, cuando estuve segura de que ya no podían verme, me detuve y esperé hasta escuchar el sonido del motor alejándose. Sabía que, al haber estado tan cerca de la fuente del hechizo, no les quedarían más de una o dos horas. Tomé aire, me coloqué bien el haz de leña a la espalda y seguí mi camino. Aquello era una razón más para luchar contra Croatoan. Si aquel ser pensaba que podía llevarse a las personas que más quería en el mundo, era porque todavía no sabía quién era Eloise Carter.



CAPÍTULO DIECISIETE

Llevaba ya un par de minutos pisando el acelerador a fondo y, aunque el motor del Impala respondía bien, nada le parecía suficiente. Apartó una mano del volante para recuperar el Cd con la música que le había grabado Debbie y lo metió en el reproductor. Al instante, los potentes gritos del cantante de Led Zepellin en *Inmigrant son* hicieron retumbar los cristales. Aquello era lo que necesitaba para darle aún más caña al coche. El motor rugió mientras devoraba milla a milla la distancia que le separaba de aquel puñetero bosque, de Eli...

Al pensar en ella sintió que una ola de fuego recorría su cuerpo. ¿Cómo podía ser que, tantos años después, Eli le hubiera puesto exactamente en la misma puta situación? ¿Cómo había podido permitir que pasara de nuevo? Volvía a sentirse como en aquella noche de 1991, desesperado por salvarla de cualquier peligro, de sí misma... Aunque Grenville y Tala le habían dicho que no era necesario matar a nadie para detener a Croatoan, seguía sin creérselo. Ya había pasado por aquello otras veces y sabía que siempre acababa muriendo alguien. O Grenville y Tala mentían o Eli les había engañado también a ellos para que no la detuvieran. No podía permitir que volviera a pasar lo mismo, que ella siguiera pervirtiendo su alma, que fuera a ser capaz de sacrificar a Shima y a Eric. Iba a detenerla, fuera como fuera, y le daba igual que el mundo entero se fuera al carajo por ello.

Entró en Manteo y sintió un escalofrío que recorría todo su cuerpo. La ciudad estaba muerta, vacía y silenciosa como un cementerio. Se dijo a sí mismo que era imposible que todo el mundo hubiera sucumbido, que no quedara absolutamente nadie... A pesar de que no redujo la velocidad, estuvo atento por si veía cualquier movimiento que le indicara que había esperanzas, pero no distinguió nada. Aquel hechizo había arrasado con todo y, si no lo detenían, continuaría expandiéndose hasta convertir el mundo entero en un erial. Sintió que le invadían las dudas. ¿De verdad iba a detener a Eli si la única esperanza que tenían de acabar con aquella maldición estaba en su mano? ¿Iba a permitir la condenación del mundo entero por la salvación de su alma? Dio un golpe tan fuerte al volante que se hizo daño... En aquel momento, se sintió un poco más cerca de ella, de llegar a comprenderla, de sentir las dudas, el miedo y la culpa que llevaban arrasando su alma desde que había sido consciente de sus poderes y su lugar en el mundo... Aún así, le dio igual. No iba a permitir que matara a Eric o a Shima. Si necesitaba a una víctima para aquel sacrificio, que le escogiera a él, tal como le había propuesto la noche anterior. No podía permitir que asesinara a sangre fría a algún inocente. Su conciencia no se lo perdonaría nunca.

De repente, vio movimiento al final de la calle por la que transitaba. Era otro coche y

conducía a toda velocidad hacia él. Reconoció el pequeño Ford blanco de Keira. ¿Se habían arrepentido y regresaban? ¿El ritual no había funcionado? ¿O quizá solo volvía Eli, después de haber terminado su infame sacrificio? Detuvo el coche con un frenazo y presionó una y otra vez el claxon para que se dieran cuenta de que estaba allí. El potente sonido rasgó el silencio. Se sintió como si estuviera profanando la paz de una cripta.

El coche llegó a su lado y se detuvo. Sintió tanto alivio al ver que Eric y Shima descendían de él que le pareció que, por primera vez en minutos, podía volver a respirar, como si sus pulmones hubieran estado atados con una brida que impidiera la entrada del aire y por fin se hubieran liberado. Sin embargo, al instante siguiente, sintió que la ansiedad regresaba, con más fuerza incluso. ¿Por qué no se bajaba Eli del coche? ¿Dónde estaba?

Abrió la puerta, salió y se lanzó hacia Eric para cogerle de los hombros y zarandearle. El chico dio un paso atrás para liberarse y levantó ambas manos para impedir que volviera a agarrarle.

—Tranquilízate, Al —le pidió.

—¿Cómo que me tranquilice? ¿Dónde está Eli? ¿Qué le ha pasado?

—La hemos dejado en la entrada del bosque —explicó Shima tras ponerle una mano en el brazo para hacer que la mirara—. Ha dicho que iría ella sola y que nos marcháramos de allí antes de que el hechizo nos afectara demasiado.

—¿Entonces no os ha llevado con ella para sacrificaros?

La mirada de asco que le lanzó Eric tuvo tanta intensidad que la sintió como un puñetazo en la boca del estómago y le hizo avergonzarse de sí mismo.

—Eres gilipollas, Al —dijo el chico con desprecio—. Los dos nos hemos ofrecido voluntarios y ella se ha negado. Está dispuesta a sacrificar su vida por todos nosotros y tú la tratas como si fuera una asesina.

—¿Y qué quieres que piense después de las cosas que hizo en el pasado? —protestó Al.

—Llevas años haciendo el imbécil, culpándola de cosas que no ha hecho —gritó Eric con los ojos echando chispas—. Algún día te darás cuenta de cuánto la has cagado, del pedazo de mujer que tenías al lado y que despreciaste. Solo espero que ese día, por el bien de Eloise, ella ya no te quiera y te mande a la mierda.

Sintió ganas de agarrarle de la chaqueta y estamparle contra el coche, pero no pudo hacerlo. Desde que había vuelto a encontrarla, todo le decía que se había equivocado aquella noche en la

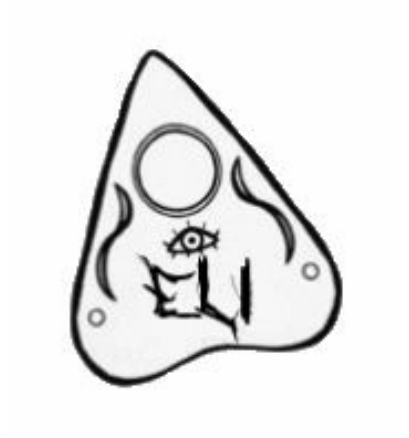
que la abandonó, que debería haber confiado en ella y haber permitido al menos que se explicara, tal y como le prometió. Todo le indicaba que llevaba años juzgándola mal: el rencor de Eli, las veladas acusaciones de Eric, el hecho de que ella se hubiera enfadado tanto cuando él se ofreció como víctima para el sacrificio, que fuera ella la que hubiera decidido arriesgar su vida por los demás... Le habría gustado poder encararse a Eric y obligarle a ser claro, a contarle cuáles eran aquellas cosas en las que estaba tan equivocado, pero aquel no era el momento. Eli estaba en peligro y tenía que salvarla.

—¿Cómo llego al bosque?

—Es fácil —contestó Shima—. Sigue por esta carretera hasta salir del pueblo. Verás el bosque a tu derecha. Sigue hasta encontrar una carretera más estrecha que se llama Fort Raleigh Road y métete por ella. Verás un camino a la izquierda que lleva hasta el claro en el que está la piedra.

—Gracias —dijo Al antes de salir corriendo hacia su coche. Justo antes de abrir la puerta, se detuvo y se dirigió a Eric—. Deberías volver rápido a casa. Le he dicho a Debbie que Eli pretendía sacrificarte y estará histérica.

El chico musitó algo entre dientes. Al creyó entender las palabras “hijo de puta”, pero ni siquiera se ofendió. El chaval tenía todas las razones del mundo para estar enfadado con él. Entró en el coche y arrancó el motor. El reproductor de música se puso en marcha al momento. Con tan solo las primeras notas del bajo reconoció la canción: *Right next door to hell* de Guns N' Roses. Pisó el acelerador a fondo y salió quemando rueda. No se le ocurría una canción más apropiada para ir a enfrentarse al dios de las sombras y, quizá, para afrontar sus últimos momentos en el mundo.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Aquel camino parecía eterno. Sabía que ni siquiera había una milla entre el punto en el que me habían dejado Eric y Shima y mi destino, pero empezaba a dudar de si podría recorrerla. La sensación de hormigueo sobre mi piel era cada vez más intensa y me indicaba que, según iba acercándome, la influencia del hechizo era mayor. Además, la atmósfera era densa y opresiva. Parecía que algo estuviera presionando mis hombros, haciendo que la carga de leña a mis espaldas empezara a pesar demasiado. Los párpados también me pesaban, como si mis pestañas se hubieran vuelto de plomo. Un cansancio infinito se iba adueñando de cada uno de mis músculos y cada nuevo paso era una hazaña. Todo mi cuerpo me sugería que me sentara bajo cualquiera de los árboles que se alzaban a ambos lados del camino para descansar un poco. Sabía que no podía hacerlo, que, si me detenía, no sería capaz de volver a levantarme.

El paisaje no me ayudaba a levantar el ánimo. El cielo era cada vez más oscuro, del color de un intenso hematoma. Las nubes eran espesas y pesadas y parecían enroscarse en lo alto como alargados tentáculos. El bosque estaba lleno de sombras y me parecía percibir presencias que me observaban. Sabía lo que eran: los dormidos habitantes de Manteo. Algunos se acercaban e intentaban tocarme. Podía sentir cómo me atravesaban. Me dejaban una desagradable sensación en la piel, algo sutil pero pegajoso, como lo que se siente al atravesar una tela de araña. No me preocupaban. Sabía que estaban en otro plano y no podían detenerme ni hacerme ningún daño. Llevaba demasiado tiempo luchando contra entes sobrenaturales realmente peligrosos como para que la presencia de aquellos seres pudiera perturbarme.

Unos pasos más adelante, divisé un camino que se desviaba hacia la izquierda. Aquella era la senda que debía seguir para llegar hasta la piedra. Me sentí un poco más animada. Ya estaba cerca. Solo tenía que luchar unos minutos más y lo conseguiría. Sin embargo, nada más poner un pie en aquel camino, sentí que la sensación de opresión aumentaba. El aire parecía denso e irrespirable, como si estuviera tratando de caminar por el fondo del mar. Un fuerte viento se levantó y agitó las copas de los árboles, provocando una lluvia de hojas que se arremolinaron a mi alrededor, como si la misma naturaleza tratara de impedir mi avance. El viento soplaba en mi contra, haciendo que tuviera que luchar con todas mis fuerzas para dar cada paso. El haz de madera que llevaba a mi espalda pesaba cada vez más y el viento chocando contra aquellas ramas tiraba de mí hacia atrás, como si llevara un paracaídas abierto atado a la espalda. Entrecerré los ojos para evitar que se me llenaran con la arena levantada del camino y luche por seguir avanzando, pero, por primera vez, empecé a temer que no iba a conseguirlo. Croatoan se había

dado cuenta de mi presencia y luchaba por defenderse. ¿Qué iba a poder hacer yo contra un dios?

Conseguí dar un paso y otro y otro más... El viento incrementó aún más su fuerza a medida que las mías se debilitaban. Tropecé con una piedra del camino y caí de rodillas. Me quedé unos segundos con las manos apoyadas en la tierra de aquel sendero, buscando en mi interior la energía suficiente para levantarme y continuar. Tenía que hacerlo, tenía que salvarles a todos... Confiaban en mí. Yo era su única puta posibilidad. Lancé un rugido de rabia al cielo, un desafío a Croatoan. No iba a vencerme. Si quería derrotarme, iba a tener que hacer algo mucho más espectacular que mandar a unos espectros que no podían tocarme y tratar de detener mi avance con un poco de viento.

Me levanté con esfuerzo y volví a caminar. Alcé la cabeza y miré el camino a través de mis párpados entrecerrados. No se veía el claro ni la piedra. Miré hacia atrás, al punto en el que había dejado la carretera para internarme por aquel camino y sentí que mis esperanzas se desvanecían. No había avanzado ni diez pasos y me sentía tan agotada como si llevara días de travesía por el desierto. No iba a conseguirlo.

En aquel momento, distinguí el sonido de un motor y unas estridentes notas de música que se superponían al rugido del viento. Negué con la cabeza, incapaz de creérmelo. La canción era *Right next door to hell* y el coche negro que acababa de aparecer tras una curva era el Impala. Fruncí el ceño, me erguí todo lo que pude a pesar del viento y el cansancio y apoyé las manos en las caderas. Me daba igual lo que tuviera que hacer, pero tenía que conseguir que él se marchara. Estaba dispuesta a sacrificar mi vida para salvar el mundo, pero, sobre todo, para salvarle a él, al puñetero Aleister McNeal. ¿Por qué tenía que ponérmelo todo tan difícil?



CAPÍTULO DIECINUEVE

Iba tan rápido que estuvo a punto de no ver el estrecho sendero que se abría a su izquierda. Derrapó, levantando una nube de arena y gravilla, y enfiló hacia él. Nada más entrar, tuvo que pisar a fondo el pedal del freno. Eli estaba allí, detenida en medio del camino, con los brazos en jarras y mirando su coche como si pretendiera fundirlo con la furia que despedían sus ojos. En aquel momento, con sus ropas oscuras y su larga cabellera negra arremolinadas por el fuerte viento, sí que parecía una bruja temible capaz de hacerle desaparecer de la faz de la Tierra con un simple chasquido de dedos. Le dio igual. Continuó avanzando hasta colocarse justo a su lado y abrió la puerta del copiloto.

—Sube al coche —gritó para hacerse oír por encima del aullido del viento.

—Lárgate de aquí —gritó ella sujetándose a la puerta para que una nueva ráfaga de viento no la derribase.

—¡Que te subas al coche! —insistió él.

—He dicho que te marches —contestó ella.

—Eli, no seas cabezota. No vas a conseguir llegar por ti misma.

—¿Qué? No te oigo. —Ella luchó con su pelo, que el viento se empeñaba en ponerle delante de la cara, antes de volver a gritar—. ¿Podrías quitar esa puta música?

Al no tenía ninguna gana de obedecer, pero tuvo que reconocer que resultaba difícil hablar con Axl Rose pegando berridos de fondo como si estuviera enajenado. Bajó un poco el volumen y volvió a gritar:

—Súbete al coche, joder.

Eli miró a un lado y a otro de la carretera. Al se preguntó qué demonios estaría buscando: argumentos para mandarle a la mierda, un taxi en el que montarse para no necesitarle, una piedra que arrojarle a la cabeza... Fuera lo que fuera, no lo encontró, porque soltó un bufido desesperado, se quitó el haz de leña que llevaba a la espalda y lo arrojó al asiento de atrás antes de montarse a su lado y lanzarle una mirada asesina.

—¿Se puede saber qué demonios haces tú aquí? —preguntó furiosa.

—¿Qué voy a estar haciendo? Ayudarte.

—No te necesito —dijo ella con voz firme—. Vuelve a casa. Aquí estás en peligro.

—¿Y tú no?

—¿Y a ti qué más te da? Yo no te importo una mierda.

—¿Tú eres tonta? —Él se giró en el asiento para encararse a ella—. ¿De dónde te sacas que no me importas?

—Pues no sé... Quizá que me abandonarás y lleves más de veinte años huyendo de mí sea una pista... —respondió ella, sarcástica.

—Llevo veinte años huyendo de ti porque me importas, porque me sigues haciendo daño, porque no ha habido un día en toda mi puta vida en el que haya conseguido arrancarte de mí mente. —Eli se cruzó de brazos y soltó una risita mientras negaba con la cabeza. Aquello le enfureció, así que se llevó la mano al cuello y extrajo la cadena de plata que llevaba para mostrarle el anillo que colgaba de ella—. Este es tu puto anillo, con el que te pedí que te casaras conmigo... No me lo he quitado nunca. ¿Se hace eso por una persona que ya no te importa?

—Lo que no se hace es robárselo mientras está inconsciente antes de dejarla tirada desangrándose en la puerta de un hospital —contestó ella con rabia.

Aquellas palabras le desesperaron. Era imposible hablar con aquella mujer. Sintió ganas de abrir la puerta del coche, hacer que se bajara y dejarla tirada. Parecía que aquello era lo que ella quería, pero no iba a darle aquella satisfacción. Tiró con fuerza del anillo, haciendo que la cadena se rompiera, y se lo arrojó al regazo.

—Tienes razón. Es tuyo. No debí quitártelo, no debí marcharme así... Ódiame el resto de tu vida si quieres, pero no vas a conseguir que me vaya.

Vio por el rabillo del ojo que ella cogía el anillo y se lo ponía en el dedo. Después, giró la cabeza hacia la ventanilla para limpiarse un par de lágrimas con disimulo. Cuando consiguió controlarse, se giró de nuevo hacia él.

—Al, por favor, si todavía significa algo para ti, escúchame. No quiero que sigas aquí. Es peligroso.

—No voy a marcharme —insistió él con firmeza.

—¿Pero por qué?

—Si es peligroso para mí, también es peligroso para ti.

—Pero a mí no me importa morir —gritó ella al borde del llanto.

—A mí sí me importa. Llevo años viviendo sin ti y eso no es vida. Si vas a morir, quiero

morir contigo.

No había planeado decir aquellas palabras, pero, en cuanto las pronunció, se dio cuenta de lo ciertas que eran. Estaba cansado de vagar por el mundo sin objetivo, sin razón para levantarse por las mañanas. Estaba harto de acabar borracho cada noche, de meter en su cama a mujeres a las que no conocía y que no le hacían sentir nada, de terminar los días echándola de menos... Para seguir así, prefería no seguir.

Ella no contestó. Había vuelto a girar la cabeza hacia la ventanilla, seguramente para ocultar más lágrimas traicioneras. Decidió tomarse aquello como una señal de que ella accedía a su presencia allí y arrancó el motor. En cuanto el coche empezó a moverse, el vendaval del exterior arreció. El Impala se agitó como si fuera un barco en plena tormenta, pero consiguió avanzar poco a poco. Tuvo que encender los faros. El cielo estaba cada vez más oscuro y el viento levantaba la arena del camino y la arrojaba contra el cristal del coche, mezclada con hojas y pequeñas ramas.

La canción de Guns 'N Roses terminó y, en su lugar, empezó a sonar *I don't want to miss a thing*, una balada de Aerosmith. Aquella no era una canción heroica digna de sonar mientras trataban de salvar el mundo, así que alargó la mano para pasarla, pero sintió el tacto de Eli sobre su piel. Giró un segundo la cabeza para mirarla y descubrió una triste sonrisa en su rostro cubierto de lágrimas.

—¿Quieres que la deje? ¿No es un poco tostón?

—No. Es perfecta para este momento. Croatoan trata de dormirnos y nosotros no vamos a permitirselo. —Cerró los ojos y canturreó el estribillo—. “No quiero cerrar los ojos, no quiero quedarme dormido, porque te echaría de menos, cariño, y no quiero perderme nada”.

Al le devolvió la sonrisa y, aprovechando la cercanía de su mano, la apretó durante un momento. Pensó que era muy estúpido encontrarse tan bien en aquella situación. Tenían un vendaval fuera que amenazaba con volcar su coche o arrojarles encima alguno de los árboles que se mecían violentamente a ambos lados de la carretera, estaban a punto de enfrentarse a un dios de las sombras que, seguramente, podría acabar con ellos con solo desearlo y, sin embargo, sentía una euforia en el pecho que le hacía sentirse vivo, completo, feliz... Era irónico que le entraran tantas ganas de vivir justo en el momento en el que había decidido sacrificar su vida.

Tuvo que soltar la mano de Eli y agarrar el volante. La intensidad del viento seguía incrementándose y necesitaba toda su fuerza para mantener el coche en la carretera. Además, no sabía qué le pasaba, pero notaba que la cabeza se le iba. Sus pensamientos se estaban haciendo más confusos, más lentos... Le parecía que tenía todos los músculos agarrotados y que un cansancio extremo iba invadiendo todo su cuerpo. Era imposible que el hechizo le estuviera

afectando tan rápido. Eli llevaba más tiempo allí y parecía mucho más despierta que él. La miró y descubrió que algo en su pecho brillaba con una luz blanquecina. ¿Estaba empezando a tener alucinaciones? Soltó durante un segundo una mano del volante y se frotó los ojos, pero, al volver a abrirlos, la luz continuaba allí.

—¿Te pasa algo? —preguntó Eli—. ¿Te duermes?

—No. Es solo que... ¿Qué es eso que llevas en el pecho, eso que brilla?

Ella agachó la cabeza para mirarlo y abrió la boca sorprendida antes de coger el colgante, que continuó brillando entre sus dedos.

—Es un atrapasueños. Me lo dio Shima —explicó—. Me dijo que su abuela le enseñó a hacerlos y que, además de evitar las pesadillas, se usaban como protección contra los seres de las sombras. Creo que está funcionando.

—Sí. Debe de estar evitando que te afecte el hechizo de Croatoan, porque yo acabo de llegar y ya me estoy cayendo de sueño.

Hasta él se dio cuenta de que su voz sonaba lenta y torpe, como si arrastrara las palabras. Eli le miró preocupada.

—¿Quieres que te lo pase un momento?

—No. Eres tú la que debe mantenerse despierta. Yo aguantaré lo que pueda. Tengo que dejarte lo más cerca posible de esa puta piedra.

—Si quieres, puedo conducir yo.

—Tranquila... Yo aguanto...

Se forzó a abrir aún más los ojos y tomó una profunda bocanada de aire, intentado que llegara algo de oxígeno a su cerebro y le despejase. Nada funcionaba. Los párpados le pesaban muchísimo y el mundo empezaba a volverse un sitio difuso, como si todo se estuviera cubriendo de niebla. Tenía que aguantar un poco más, solo un poco más... Cada paso que consiguiera para Eli aumentaba sus posibilidades de salir victoriosa de aquella lucha. Daba igual que para él todo terminara en aquel momento, que nunca más despertara. Habría pasado sus últimos momentos a su lado, tratando de salvarla, de acompañarla, de luchar juntos, como siempre había querido. Aquella era una buena manera de acabar.

Sintió que el sueño le vencía y que toda su fuerza de voluntad ya no era suficiente para mantenerle despierto ni un solo segundo más. Justo antes de caer inconsciente, recordó los rostros de las personas que habían sucumbido al hechizo de Croatoan: aquellas miradas vacías, aquellos

ojos abiertos y fijos... No quería que Eli tuviera que pasar por el mal trago de cerrárselos como se hacía con los muertos. Tuvo los suficientes reflejos para cerrarlos por sí mismo antes de pisar el freno con las pocas fuerzas que le quedaban y dejar que la negrura más absoluta invadiese su mente.



CAPÍTULO VEINTE

Noté que el coche frenaba y empezaba a escorarse hacia la izquierda. Me giré hacia Al para preguntarle si pasaba algo y vi que caía hacia el volante con los ojos cerrados. No me dio tiempo a tratar de despertarle o de tomar el control del vehículo. Tan solo pude poner una mano en su pecho y otra en el salpicadero para tratar de amortiguar el golpe. El Impala se deslizó fuera del sendero hasta empotrarse contra un árbol. Por suerte, no llevábamos velocidad suficiente como para que el golpe fuera grave.

Me quedé unos segundos tratando de calmar mi respiración y los frenéticos latidos de mi corazón. En cuanto me recuperé, me lancé hacia Al para ver si estaba bien. Por suerte, no se había golpeado contra el volante y no parecía tener ningún daño visible. Le llamé varias veces e incluso le di un par de cachetes para espabilarle, pero no conseguí que reaccionara. Ya había sucumbido al hechizo de Croatoan. Estaba sola.

Abrí con esfuerzo la puerta del Impala, luchando contra el empuje del viento, que seguía soplando con todas sus fuerzas. Me aseguré de seguir llevando colgado el bolso con todo lo que necesitaba para el ritual, recogí el haz de leña del asiento trasero y volví a ponérmelo a la espalda. Cuando estuve preparada, reanudé mi camino. Aunque nunca se lo reconocería, Al me había ayudado mucho. Ya solo quedaban unos cinco pasos para llegar al claro y podía distinguir perfectamente la piedra a la que me dirigía. Estaba segura de que sin la ayuda de Al no lo habría conseguido nunca.

Aunque cada paso era una tortura, agaché la cabeza y fui avanzando poco a poco. El atrapasuños colgaba frente a mí, iluminando el camino con un tenue resplandor blanquecino. Decidí tomar aquel brillo como una señal del dios de la luz, una forma de decirme que existía y que iba a ayudarme.

Cuando llegué al borde del claro, me detuve durante un par de segundos, en parte para recuperar el resuello y en parte porque tuve miedo. Durante el tiempo que mi ente astral había pasado encerrado en aquel bosque, la entrada a aquel lugar me había estado vetada. ¿Y si volvía a sucederme lo mismo? ¿Y si no podía poner un pie en aquel lugar y realizar el ritual? Tomé aire con una bocanada larga y profunda y decidí ponerme en marcha. No serviría de nada quedarme allí paralizada preocupándome por preguntas que podía contestar con solo dar un paso más.

En cuanto avancé y comprobé que tenía el camino libre, pude respirar tranquila. Además, el viento se detuvo. Me dio por pensar que quizá Croatoan se había rendido, que había aceptado que

yo había llegado a mi destino e iba a vencerle, pero aquella sensación de euforia se me pasó en un segundo. Notaba su poderosa presencia a mi alrededor, como un animal al acecho que estudiara a su enemigo. Quizá se estaba riendo de mí, seguro de que no podría hacer nada para derrotarle.

Empecé a avanzar hacia la piedra, pero, a pesar de que intentaba ir tan rápido como podía, me daba la impresión de que continuaba a la misma distancia. Cada uno de mis movimientos era pesado y torpe, descoordinado... La sensación de sueño y agotamiento se había apoderado de todos mis músculos. Incluso mi mente parecía adormilada. Miré el atrapasueños y vi que se había apagado. No podía saber si el poder de Croatoan lo había inhabilitado o si el hechizo de protección tenía una energía limitada y se había agotado. Fuera como fuera, ya no tenía nada, aparte de mi fuerza de voluntad, para llegar a mi objetivo y cumplir mi misión. Volví a mirar hacia la piedra y conseguí dar otro paso, temiendo que no fuera suficiente.

En aquel momento, los sentí de nuevo. Los espíritus enviados por Croatoan volvían a interponerse en mi camino. Seguían siendo intangibles e invisibles, pero en aquel claro parecían tener más fuerza... o yo estaba más débil y me resultaba más difícil hacerles frente. Podía sentir como ponían sus manos en mi pecho intentando detenerme, como tiraban de mis ropas hacia atrás... No eran lo bastante sólidos como para evitar que siguiera avanzando, pero sí para suponer un escollo más, para exigir que buscara fuerzas donde ya no quedaban. Volví a tropezar y me quedé de rodillas en el suelo, con las manos apoyadas sobre la hierba, resollando como si estuviera ahogándome... Nunca en toda mi vida me había sentido tan agotada, nunca había tenido tantas ganas de olvidarme de todo, cerrar los ojos y descansar.

Traté de levantarme, pero volví a tropezar. Aquellos seres me habían rodeado por completo. Sentía su peso sobre mi espalda, sus manos agarrando mis brazos y piernas... Conseguí levantar la cabeza con un esfuerzo sobrehumano y contemplar la piedra. Estaba tan cerca... Había estado a punto de conseguirlo, pero ya no podía más. Había fracasado...

Estaba a punto de desplomarme sobre el suelo cuando escuché una música. Eran unas notas agudas y metálicas. Mi mente estaba tan nublada que me costó reconocerla, pero, cuando lo hice, una sonrisa se abrió paso en mi cara. Era una caja de música y no una caja cualquiera. Aquella melodía era la que sonaba en la caja de música de mi abuela.

Noté que los seres dejaban de presionar mi cuerpo y se marchaban asustados. Volví a levantar la cabeza, pero no vi nada. La música había cesado tan repentinamente como llegó. Pensé que quizá la había imaginado, pero, entonces... ¿qué era lo que había asustado a los seguidores de Croatoan? En aquel momento, los noté a mi lado. Había varias presencias, pero eran diferentes a las que me habían estado acosando. Las sentía luminosas, cálidas... Todo era muy impreciso y confuso, pero noté que aquellos seres me querían. Se acercaron a mí, me rodearon y tiraron de mí

cuerpo para que pudiera volver a ponerme en pie. Noté sus brazos rodeándome, empujándome suavemente por la espalda, sosteniéndome para que llegara casi en volandas hasta la piedra del claro.

Cuando estuve frente a ella, me quité de la espalda el haz de leña y lo dejé a mi lado. Después, descolgué mi bolso y rebusqué para encontrar lo que necesitaba. Había metido una botella de agua y un trozo de tela. Antes de empezar a frotar, contemplé la piedra. En su amplia superficie, podía verse claramente el nombre del dios de las sombras. El color de las letras se había oscurecido y parecía casi marrón, pero supe que, en su origen, había sido de un color rojo brillante, del color de la sangre. Negué con la cabeza, sorprendida de nuevo con la magnitud de la estupidez humana. ¿Cómo se les podía haber ocurrido a aquellas chicas que escribir el nombre de una antigua deidad con la sangre de una virgen iba a traerles algo bueno? ¿Qué demonios habían pretendido con aquello?

Decidí no planteármelo más y empecé a frotar. En cuanto el primer chorro de agua tocó la piedra, escuché un extraño sonido. El suelo vibró y los árboles se sacudieron, entrechocando sus ramas. Parecía que toda la tierra se quejara. El claro se iluminó con el brillo de los relámpagos y el ruido de los truenos retumbó de forma continua, como si el cielo también se opusiera a lo que estaba haciendo. Alcé la cabeza y lo que vi hizo que mi corazón se detuviera. Llevaba días contemplando aquel cielo amoratado sin haber comprendido lo que era. En aquel momento, pude verlo cómo era en realidad. Aquellas formas oscuras que se retorcían en lo alto no eran nubes hinchadas y amenazantes. Eran sus miembros, cientos de tentáculos deformes, violáceos e inflamados... Lo que nos rodeaba, lo que llevaba días cubriendo la isla, no era un cielo lóbrego y tormentoso. Era Croatoan.

Sentí que todo mi cuerpo temblaba con violencia ante la presencia de aquel ser, ante el atisbo de lo poderoso que podía llegar a ser. Tenía que acabar con lo que estaba haciendo cuanto antes e invocar la ayuda del único ser capaz de hacerle frente: el dios de la luz. Yo sola no podría hacer nada. Acabaría sucumbiendo a su hechizo en cualquier momento y su sola presencia me estaba volviendo loca de terror.

Cuando terminé de limpiar su nombre y me aseguré de que no quedaba ni rastro de la sangre, volví a rebuscar en el bolso hasta encontrar el paño con las plumas de búho que me había entregado Grenville. Aquella era la parte del ritual que más me preocupaba. Llevaba toda la vida haciendo magia y esperando resultados sorprendentes de las cosas que hacía, pero nunca había escuchado que se pudiera hacer arder una hoguera sin acercarle fuego. Me preocupaba que el recuerdo de Tala, que era muy pequeña cuando había presenciado el ritual, estuviera alterado y que no fuera a funcionar. Aún así, cogí las tres plumas en mi mano, me acerqué a la leña y respiré

hondo. Por muy raro que me pareciese aquello, tenía que creer. La fe es una parte fundamental de la magia. Traté de no sentirme muy ridícula y empecé a agitar las plumas en el aire mientras pronunciaba una y otra vez el nombre de Glooskap. Me sentí extraña, llena de energía, de vida, de optimismo... Por primera vez desde que había comenzado el ritual, empecé a pensar que quizá podría conseguirlo. Mi fe en aquel ser se incrementaba cada vez que pronunciaba su nombre. Cuando estuve totalmente segura de que existía y de que iba a ayudarme, arrojé las plumas al montón de leña.

Ardió de inmediato, pero ni siquiera me sorprendió. Notaba la magia en el ambiente... Podía sentir que estaba funcionando. Me quedé mirando el fuego, esperando a que la hoguera se hiciera más alta y potente, pero no sucedió nada. Entonces recordé lo que nos contó Tala: la gente se ponía en fila para llegar hasta la hoguera y arrojar a su interior todas las cosas del pasado que les causaban dolor o que les hacían sentir culpables. Me di cuenta de que era el mismo ritual que realizaban los celtas en las hogueras de Beltane, el que seguía realizándose en muchos países católicos con las hogueras de San Juan, el ritual para dejar atrás el oscuro invierno y dar la bienvenida al verano con el alma limpia y renovada... Pero estábamos en diciembre y yo no había traído ninguna ofrenda para el dios. Tampoco se me ocurría qué podría arrojar a aquella hoguera. No había nada en mi pasado que me hiciera sentir culpable. ¿O quizá sí?

Noté que las presencias que me habían acompañado hasta la piedra seguían allí. Me giré hacia ellas y observé boquiabierta cómo iban haciéndose más nítidas y definidas. La primera en materializarse fue mi abuela Clarice. Llevaba en las manos su cajita de música, la que yo había quemado tantos años atrás para liberar su espíritu.

—¿Vas a tirar la caja? —pregunté.

—No. Debes hacerlo tú —contestó—. Te conozco y sé lo tonta que eres. Te sentiste culpable por elegir a Al en lugar de a tu don y por tener que despedirte de mí.

Noté que me sonrojaba. Sabía que era estúpido, que mi abuela me había asegurado que no volvería a presentarse ante mí y me había pedido que me deshiciera de la caja, pero, aún así, en todos los momentos en los que me había sentido triste y sola a lo largo de mi vida, me había planteado qué habría sucedido si me hubiera negado a quemar aquella caja, si la hubiera elegido a ella, si, al echarla tanto de menos, ella habría accedido a volver a presentarse al escuchar la melodía que servía para llamarla. Cogí la caja de sus manos y me sorprendió sentir el tacto de su piel en mis dedos. Estaba casi allí, era casi física. Me planteé si podría abrazarla, si podría volver a refugiarme en sus brazos y apoyar la cabeza en su pecho, aunque solo fuera durante un segundo. Ella pareció leerme el pensamiento, porque negó con la cabeza mientras me dedicaba una sonrisa triste.

—No hay tiempo, mi niña. Cumple con tu deber.

Cogí la caja y la arrojé a la hoguera. Las llamas crecieron un poco mientras lamían su superficie barnizada, arrancando lágrimas de mis ojos al despertar el recuerdo de aquella otra hoguera y aquella otra caja. Me giré hacia mi abuela, pero ya no estaba. Era John Campbell quien ocupaba su lugar. Estaba igual que en mis recuerdos, con su pelo blanco bien peinado, su elegante traje, sus ojos azules tan claros que parecían transparentes... Cuando me sonrió, con la misma dulzura que recordaba, sentí que el corazón se me rompía en pedazos.

—Sigues creyendo que fuiste la culpable de mi muerte —me dijo mientras alargaba su mano hacia mí—. Yo lo elegí y sigo pensando que fue la mejor decisión que tomé en mi vida. Si de verdad me quieres, no vuelvas a sentirte mal por mí.

Alargué la mano y recogí el objeto que me tendía. Era el máster de su tablero de ouija. Aquello no podía estar allí. Yo me lo había llevado de su casa y, aunque ya no conservaba el tablero porque Tekarihoga lo había roto, seguía guardando aquel máster. Supuse que solo era una especie de símbolo, una representación astral del objeto.

—Simboliza tu carga de conciencia, tus sentimientos de culpa por lo que sucedió en Rockport. Quémalo. Libérate. Ya has pagado suficiente por algo de lo que no eres culpable.

Asentí y le dediqué una sonrisa de despedida mientras notaba que las lágrimas bañaban mi rostro. Me giré hacia la hoguera y arrojé el máster. Las llamas se elevaron un poco más. Antes de girarme, supe que John ya no estaría allí, pero me sorprendí al ver la nueva figura. Era mi madre. Estaba muy guapa, con el pelo largo y negro cayéndole sobre los hombros. Llevaba un camisón blanco que tenía cuando yo era niña. Aquella imagen era la de mis recuerdos más bonitos, cuando mi madre me cantaba canciones y me contaba cuentos para que me durmiera, cuando me enseñaba a dibujar o hacíamos galletas juntas, cuando aún no habían llegado las discusiones, los desencuentros y los reproches... Ella alargó la mano derecha, pero, en lugar de darme un objeto, rozó mi mejilla con dulzura. Pude sentir su calor y su tacto, tan dulce que fue capaz de curar algunas cicatrices de mi alma. Después, me entregó una muñeca de trapo. Era una muñeca horrible. Los ojos de botón se le habían caído, así que tenía unos dibujados con rotulador. Su pelo de lana casi no existía y en su cuerpo había tantos remiendos que casi no quedaba nada de la tela original. La abracé contra mi pecho. Era Susan, mi primera muñeca, nuestra primera discusión. Ella se había pasado meses insistiendo en que la muñeca daba asco y que debería tirarla, me había comprado un montón de muñecas nuevas para sustituirla, pero yo siempre me había negado, hasta que un día, al volver del colegio, me dijo que la había tirado a la basura. Yo la había odiado en aquel momento y me había pasado horas llorando.

—No debí tirarla —me susurró—. Hay muchas cosas en las que me equivoqué y esta fue la primera.

—Yo tampoco debí odiarte, ni debí marcharme de casa como lo hice, ni debí abandonarte cuando te estabas muriendo...

Al pronunciar aquellas palabras, mi voz se quebró y empecé a sollozar desconsolada. Necesitaba abrazarla y que ella volviera a acunarme y me dijera que todo iba a salir bien. Volví a sentir su contacto sobre mi pelo.

—Todo está perdonado. Siempre serás mi hija, siempre serás mi niña.

Me costó girarme hacia la hoguera y perderla de vista, pero supe que tenía que hacerlo, que aquello dolería más cuanto más lo prolongase. Arrojé la muñeca al fuego y las llamas se elevaron a varios pies de altura. Si aquella hoguera se alimentaba de culpabilidad, parecía que acababa de echarle un buen montón de combustible.

Cuando dejé de mirar la hoguera, encontré a mi lado la imponente figura de Dunning, el sheriff de Swanton. En lugar de mirarme a mí, contemplaba el cielo amoratado con sus pequeños ojillos de tejón y una sonrisa confiada en la cara.

—Tú también vas a decirme que no tuve la culpa de tu muerte.

—Por supuesto que no, bruja —contestó él ampliando su sonrisa—. Pensé que eras lo bastante lista como para no tener que decírtelo. ¿En serio crees que podrías haberme convencido de hacer algo que no quisiera hacer?

—Supongo que no —Una sonrisa divertida se abrió paso en mi cara. Ni siquiera después de muerto aquel hombre había aprendido a ser amable.

—Pues entonces deja de pensar tonterías. Yo elegí mi forma de morir y estoy orgulloso de lo que hice. —Se echó la mano a la pechera de la camisa y se arrancó la estrella de sheriff que llevaba prendida al pecho—. Ahora te toca a ti. Detén a ese hijo de la gran puta.

Tras echar la estrella al fuego, me quedé contemplando las llamas. Pensaba que aquella era la última ofrenda que debía hacer, pero, por alguna razón, supe que no estaba funcionando. Volví a girarme hacia la piedra y, al ver la pequeña figura que se había materializado allí, sentí que el corazón se me desbocaba. Era Lara, mi pequeña, mi niña... Caí de rodillas frente a ella mientras las lágrimas se deslizaban sin control por mi rostro. Ella se acercó llevando una rama de lavanda en sus pequeñas manos. Me quedé tan hipnotizada por la dulzura de su sonrisa y por aquellos enormes ojos azules que no pude pronunciar palabra. Ella me tendió la rama de lavanda, pero yo no pude recogerla. Estaba llorando con tanta fuerza, con tanta desesperación, que todo mi cuerpo

temblaba.

—Lo siento, mi niña. Yo tuve la culpa... Si no le hubiera hablado a aquel ser de ti, si no me hubiera enfrentado a él, te habrías salvado... —Sentí que me estaba ahogando, que la angustia me impediría seguir hablando, así que tomé una profunda bocanada de aire y traté de tranquilizarme—. He imaginado tantas veces lo que habría pasado si le hubiera hecho caso a tu papá cuando me decía que nos marcháramos... Si nos hubiéramos ido, seguiríamos juntos y tú estarías viva... Fue todo por mi culpa...

No pude pronunciar una sola palabra más. Dejé caer la cabeza hacia delante y me cubrí la cara con las manos para seguir sollozando, a pesar de que sabía que, por mucho que llorara, no me sentiría mejor. Llevaba llorando por ella desde el día que la perdí. Las lágrimas que había vertido por mi niña servirían para llenar mil mares y, aún así, las heridas de mi alma no habían conseguido sanar en absoluto. Aquello me seguía doliendo exactamente igual que el día en que me enteré de que la había perdido. Ya me había resignado a la idea de que aquel dolor me acompañaría hasta el día de mi muerte.

Noté que me acariciaba el pelo, me descubrí el rostro y alcé la cabeza. Lara estaba justo frente a mí y me dirigía la sonrisa más dulce del mundo. Deslizó su mano por mis mejillas, haciendo que mis lágrimas se evaporaran con el calor que desprendía su contacto. Aquel calor traspasó mi piel y se me metió dentro. Me sentí invadida por él, por una luz que recorría mi cuerpo curando mis heridas, llenándome de paz.

—Estaba escrito. Tú no podías hacer nada. —Contemplé aquellos ojos azules, tan conocidos y amados, y supe que lo que decía era verdad—. No tienes la culpa, mamá.

Aquella última palabra me llegó tan dentro... Sentí que el pecho se me llenaba de alegría, de una euforia tan inmensa que me pareció que mi cuerpo iba a estallar. Lara me tendió de nuevo la rama de lavanda. Esta vez la cogí, aunque me resistía a la idea de girarme hacia la hoguera para arrojarla y dejar de verla. Me habría pasado el resto de mi vida mirándola, aunque aquello supusiera condenar al resto del mundo a la destrucción. Ella volvió a sonreírme y asintió para darme ánimos y hacer que me moviera. Le dirigí una última sonrisa, me giré hacia la hoguera y arrojé la rama de lavanda.

Las llamas se elevaron mucho más. La hoguera era tan alta como un edificio de varias plantas y su calor era tan intenso que tuve que retroceder un par de pasos. Sin embargo, no sentí que estuviera funcionando. No podía notar la presencia del dios de la luz. Faltaba algo, pero no sabía qué. Me giré, esperando encontrarme con algún otro fantasma de mi pasado, pero allí ya no había nadie. Entonces, ¿por qué el ritual no funcionaba? ¿Qué más tenía que hacer?

Mi mirada se encontró con el Impala, empotrado contra un árbol a apenas cinco pasos. Me quedé mirando a Al y en aquel momento me di cuenta de lo que faltaba. Levanté la mano y observé mi anillo, aquel pequeño aro de metal plateado que tanto había echado de menos. No quería desprenderme también de aquello justo cuando acababa de recuperarlo. Me lo quité y le di vueltas entre los dedos, contemplando cómo las llamas le arrancaban reflejos rojizos. Ya no era mi anillo de compromiso. Aquel anillo ya no simbolizaba que Al era mío en cuerpo y alma y que se casaría conmigo. Había pasado mucho más tiempo colgado de su cuello, representando la pérdida y el dolor, del que había estado en mi mano. Si aún había alguna oportunidad para nosotros dos, tendría que ser con un anillo nuevo.

Fui a arrojarlo al fuego, pero algo me detuvo. No serviría tan solo con quemarlo. Con aquel anillo debía arrojar también mi culpa y mis malos recuerdos, tenía que estar dispuesta a desterrar de mi corazón todo lo que aquel anillo significaba. Había muchas cosas por las que me había sentido culpable, mucha gente a la que había hecho daño, pero, sin duda, Al se había llevado el primer puesto. Los recuerdos volvieron como un huracán. Aquellos años que pasamos juntos lo habían significado todo. Él me había amado sin reservas, lo había dejado todo por estar conmigo: su familia, su futuro, sus sueños... Se había enfrentado a cosas en las que no quería creer, cosas que le daban verdadero miedo y todo por protegerme, por estar a mi lado... Y yo le había ido alejando con mis secretos, con mis mentiras, con la estúpida idea de que él no me entendería, de que me abandonaría si se enteraba de cómo era en realidad y del tipo de decisiones que había tenido que tomar.

Me planteé qué habría pasado si hubiera confiado en él, si en algún momento durante aquellos años me hubiera plantado frente a él y le hubiera dicho “Esta soy yo, con mis aciertos y mis errores”. En aquel momento, estuve segura de que, si hubiera sido sincera con él, me habría perdonado. Pero no lo hice y el propio miedo a perderle había sido la causa de que le perdiera.

Una parte de mi mente se rebeló ante aquellos pensamientos. Él me había traicionado, había fallado a su promesa de escucharme, de dejar que me explicara, me había abandonado... Llevaba años entrenándome en el difícil arte de odiarle y, durante ese tiempo, había fabricado argumentos de sobra para ello. En aquel momento, me di cuenta de que no servían para nada. Nunca podría odiarle de verdad. Por mucho que me empeñara, aquel chulito de New Jersey se me había metido en el alma desde el primer momento en que crucé mi mirada con sus ojos azules, desde que me lanzó una de sus medias sonrisas de prepotencia... Siempre le había querido y siempre le iba a querer.

Di un paso hacia la hoguera mientras seguía contemplando el anillo. Los dos nos habíamos equivocado, habíamos cometido errores terribles, pero no servía de nada seguir culpándose. No

había magia en el mundo que nos permitiera volver atrás y hacer las cosas de otra manera. Habíamos actuado según lo que éramos en aquel momento, pensando siempre que lo que hacíamos era lo más correcto que se podía hacer. Quizá habíamos sido estúpidos, quizá nos habíamos equivocado, pero nunca habíamos querido hacernos daño el uno al otro. No había habido maldad en nuestras decisiones, así que era ridículo seguir odiándose.

Arrojé el anillo y, mientras veía como las llamas empezaban a lamer su superficie, sentí que por fin me había librado de todas aquellas cosas del pasado que suponían un peso sobre mi conciencia. Me sentía ligera, feliz, en paz... La culpa, la pena y el rencor habían abandonado mi alma para dejar hueco a la esperanza, a las ganas de vivir y seguir adelante.

Las llamas se elevaron aún más y llegaron hasta el cielo. Alcé los brazos y volví a pronunciar el nombre del dios de la luz. Sentía que por fin estaba limpia y renovada y que en aquel momento era digna de llamarle y de que me escuchara. Miré hacia el cielo y vi como aquellas nubes amaratas se apartaban como si algo las quemara, dejando ver un pedazo de cielo azul por el que se colaron los potentes rayos del sol. Sonreí agradecida. Glooskap había contestado a mis ruegos. Él se encargaría de devolver la luz al mundo y de desterrar a Croatoan a las sombras de las que nunca debió salir.

Abandoné el claro tan rápido como pude, de vuelta al coche. En cuanto llegué, abrí la puerta, me colé dentro y me arrojé sobre Al. Toqué la piel de su rostro para comprobar que seguía cálida. Pasé los dedos por sus mejillas, cubiertas por aquella barba de tres días, acaricié su ceño, en el que los años y el dolor habían dejado unas pequeñas arrugas, pasé un dedo por aquellos labios que me moría de ganas de volver a besar... Él no reaccionó. Seguía dormido. Sentí que el pánico invadía mi cuerpo. ¿Y si lo que había hecho no revertía el hechizo? Ya nos habíamos planteado que quizá lo único que conseguiríamos sería detener el avance de Croatoan, pero que existía la posibilidad de que la gente que ya había caído bajo su influjo no regresara nunca. Aparté aquel pensamiento. No podía admitir esa idea si se trataba de Al. No podía perderle. No podía aceptar que no despertaría.

Le llamé, le zarandé, le abracé con fuerza, sintiendo cómo la desesperación se iba abriendo paso en mi alma. Me di cuenta de que el resto del mundo seguía importándome una mierda si él no estaba, que estaba dispuesta a sacrificar cualquier cosa para volver a tenerle a mi lado. Aquel pensamiento no me hizo sentir culpable, sino orgullosa. Yo era así, le amaba de esa manera, quizás demasiado desesperada, demasiado enloquecida y desquiciada, pero era mi manera de quererle, la única que conocía. En aquel momento, tuve claro que no quería vivir en un mundo en el que él no estuviera.

Seguía notando la magia de Croatoan, aquella energía invisible que erizaba mi piel. Miré el

atrapasueños que me había dado Shima y vi que brillaba incluso con más intensidad que antes. El dios de la luz me estaba protegiendo para que no me quedara dormida, para que el hechizo no me afectara hasta que él pudiera desterrar a aquel ser al infierno. Sonreí agradecida, pero tiré del cordel que rodeaba mi cuello, me lo quité y lo dejé caer al suelo. No quería estar protegida y salvarme del hechizo que se había llevado a Al. Mi destino y el suyo eran uno. Si él despertaba, yo también despertaría. Si él no lo hacía, yo tampoco quería hacerlo.

Me incliné hacia el reproductor de música, que se había detenido con el choque, y volví a ponerlo en marcha. La voz de Steve Tyler continuó cantando la misma canción. Sonreí y me incliné hacia el cuerpo de Al para apoyar la cabeza en aquel hueco de su hombro que había sido diseñado para mí. Cerré los ojos y dejé que el sueño fuera invadiéndome mientras canturreaba aquella última estrofa:

Solo quiero estar contigo,

Justo aquí contigo, justo así.

Solo quiero tenerte cerca

Y sentir tu corazón tan cerca del mío,

Y solo estar aquí, en este momento, por el resto del tiempo.



MANTEO
(CAROLINA DEL NORTE)

ENERO DE 2017

CAPÍTULO UNO

No hay nada que pueda hacer para seguir conteniendo las lágrimas. La angustia se me ha ido amontonando en la garganta hasta formar una bola que me impide respirar. Llevo luchando contra el llanto desde que entramos en el cementerio, pero ya no puedo soportarlo más. Me quedo mirando esos ataúdes y lo único en lo que puedo pensar es que no es justo... Quiero gritar, golpear cosas, hacer algo para dar marcha atrás al tiempo, pero no está en mi mano. Dios, el destino o quién quiera que sea ha decidido que suceda esto y nada en el mundo podrá cambiarlo. Lo único que puedo hacer es dejar salir las lágrimas contenidas que me queman en los ojos y tratar de ahogar mis sollozos.

Siento los brazos de Debbie rodeándome desde atrás. Me giro hacia ella y le devuelvo el abrazo. Entierro la cara en su cabello y aspiro su aroma. Ese simple gesto me tranquiliza un poco. Pienso que soy un desagradecido, que debería pensar en lo cerca que hemos estado todos de morir, que tendría que centrarme en seguir adelante y disfrutar de la vida, pero en estos momentos solo siento que el alma se me desgarras, que quizá pudimos haber hecho las cosas de otra manera, que quizá deberíamos habernos dado más prisa, que quizá pudimos evitar sus muertes...

—Eric, tranquilízate, por favor —susurra Debbie en mi oído.

Asiento, me separo de ella y trato de controlarme. Clavo la mirada en mis zapatillas e intento calmarme concentrándome en mi respiración. Un, dos, tres, inspira... Un, dos, tres, espira... Me abstraigo de todo, del sonido de otros sollozos, de la voz aburrida y monocorde con la que el sacerdote pronuncia su sermón... Me centro solo en respirar e intento no sentirme avergonzado. Sé que estoy montando una escena y que, en este momento, los habitantes del pueblo estarán preguntándose quién demonios es ese chico que parece tan afectado. Me siento un poco gilipollas. Ni siquiera conocía a esas chicas. Levanto la cabeza y miro a Shima, de pie frente a uno de los ataúdes, sujetando de la mano a sus dos hijos. Ella se mantiene con la cabeza alta y la mirada perdida, sin derramar una sola lágrima. Ni siquiera mira los féretros mientras empiezan a hacerlos descender en los hoyos excavados en la tierra. Ella sabe la verdad, como la sé yo: no hay nada en esos ataúdes de plomo, forrados con madera blanca, que les ha entregado el gobierno. Ni su hija Lucille ni sus amigas Natalie y Kathy están allí dentro. Tan solo les han dado unas cajas selladas, prohibiendo su apertura con la excusa de que no pueden estar seguros de que no haya posibilidades de contagio. Me pregunto qué habrán metido ahí dentro. ¿Un maniquí? ¿Piedras? ¿El cuerpo de alguien que no vaya a ser reclamado?

Sea como sea, Shima me da mucha pena. Ella sabe la verdad. Sabe que ahí dentro no está su hija, que nunca tendrá una tumba a la que ir a llorarla. Sin embargo, se mantiene firme y serena. Supongo que lo hace para proteger a sus otros dos hijos. Para ellos, que solo son unos críos, será más fácil aceptar la explicación del gobierno. Bastante duro tiene que ser pensar que tu hermana mayor ha muerto y que no volverás a verla. No necesitan que nadie les cuente nada de maldiciones, dioses malignos y cuerpos que se desvanecen. Si incluso a mí me cuesta creerlo...

Cuando los ataúdes ya están depositados en el fondo, los familiares de las chicas van acercándose. Algunos arrojan un puñado de tierra; otros, una rosa blanca. Siento que la angustia vuelve a invadirme y que nuevas lágrimas se escapan de mis ojos. Debbie me abraza por la cintura y me sacude un poco para hacerme reaccionar.

—Creo que deberíamos irnos ya.

Asiento, pero no consigo moverme. Sé que tiene razón, que ni siquiera debería haber venido. Estos ataúdes blancos me traen a la mente aquellas muertes que viví de niño: la pérdida de Anne, de Bobbie, de Dave... Estar aquí solamente puede hacerme daño y, en realidad, no le estoy haciendo ningún bien a nadie. Sin embargo, sigo paralizado mientras mi mente me tortura: *Quizá pudiste haber hecho más... Si hubieras estudiado los datos con más empeño, podríais haber tardado menos en encontrar la solución; si no te hubieras distraído con Debbie, quizá podrías haberlas salvado; si hubieras dormido menos, a lo mejor estarían vivas...* Mis pensamientos se van acelerando, haciendo que la ansiedad vuelva a dispararse. Pienso que no voy a poder contenerme, que acabaré dando el espectáculo, pero, de repente, escucho en mi cabeza las palabras de Eloise, tan claras como si estuviera pronunciándolas a mi lado.

“Ya basta de echarte la culpa de todos los males del mundo, Eric. No eres el centro del universo”.

Esas palabras siguen siendo tan válidas como el día en el que las pronunció, tras la muerte de mi padre. Sigo echándome la culpa de todo lo que sucede, tenga o no algo que ver conmigo. Sigo siendo un experto en encontrar relaciones entre los hechos, por muy estúpidas que sean, que acaban señalándome a mí como el responsable de cualquier desgracia. No puedo seguir así. No puedo seguir sobrecargando mi mente con tanta mierda. No soy un superhéroe. Solo soy un pobre chaval que no tenía ninguna intención de mezclarse en estos asuntos. Y, sin embargo, aunque no quería tener nada que ver y solo me apetecía huir, he hecho todo lo que estaba en mi mano para solucionarlo.

Echo una mirada a la gente reunida en el cementerio. Ha venido casi todo el pueblo. Todas estas personas habían caído bajo el hechizo de Croatoan, estaban condenadas a ir

desvaneciéndose hasta desaparecer para siempre de este plano. Sin embargo, gracias a lo que hicimos, conseguimos detenerlo. Poco a poco, todos han ido despertando. Ahora tienen la oportunidad de seguir viviendo y es gracias a nosotros. También es gracias a mí. Debería centrarme en los cientos o miles de vidas que hemos salvado y no en las tres que no hemos podido salvar, aunque, estando frente a sus ataúdes, resulte difícil.

Voy a decirle a Debbie que estoy de acuerdo con su idea de marcharnos cuando escuchó la melodía de un móvil. Todas las cabezas se giran hacia nosotros. Noto el peso de decenas de miradas asesinas. Me encojo de hombros y niego con la cabeza para asegurarles que no somos los responsables de esta falta de respeto, pero me detengo al ver que Debbie echa la mano a su bolso. Yo también la atravieso con la mirada. Su rostro enrojece y, después de musitar una disculpa, se dirige a la salida del cementerio mientras sigue rebuscando.

Le dirijo a la gente una sonrisa y salgo tras ella. Debbie debe de estar muy avergonzada, porque casi corre hacia la verja. Por fin ha conseguido encontrar su teléfono y conversa con alguien. Cuando logro alcanzarla, ya ha terminado de hablar. Se gira hacia mí y tira de mi brazo para hacer que me apresure mientras una sonrisa ilumina su cara.

—¿Dónde vamos tan rápido? ¿Qué pasa? —pregunto confundido.

—Era Keira desde el hospital —explica—. Al ha despertado.

CAPÍTULO DOS

En cuanto pongo un pie en la habitación de Al, me quedo paralizado, mirando a todos lados sin entender. Siento la mano de Debbie en mi espalda. Estoy obstruyendo la entrada. Me hago a un lado y dejo que entre para que ella también pueda ver lo que yo estoy viendo. No hay nadie en el cuarto ni queda ningún objeto que recuerde su presencia allí. La habitación está limpia y la cama hecha, esperando al siguiente paciente. No me puedo creer que se haya marchado sin decir nada.

Debbie frunce el ceño y sale de nuevo. La sigo sin saber adónde vamos. Se dirige con paso decidido al mostrador de enfermería, se apoya en él y pega un grito que está muy fuera de lugar en los pasillos de un hospital.

—¡Keira!

Su hermana aparece desde detrás de unas cortinas. Por su cara de enfado, puedo deducir que a ella tampoco le parece normal que Debbie se comporte como si estuvieran en casa y fuesen un par de adolescentes fuera de control.

—¿Qué quieres? ¿Por qué gritas?

—¿Dónde está Al? —pregunta impaciente—. Hemos ido a su habitación y no está allí.

—Ya le hemos dado de alta, pero puedes estar tranquila —contesta con una sonrisa—. No se ha escapado a ningún sitio. Sigue en el hospital, en la 213.

Me siento mejor y puedo respirar con tranquilidad. Incluso se me pone una sonrisa tonta en la cara. Ese es el número de la habitación de Eloise. Es bonito que lo primero que haya hecho Al nada más despertar haya sido ir a verla.

Nos dirigimos con paso tranquilo hacia el lugar que nos han indicado. Hay muchas habitaciones con las puertas abiertas y las camas ya vacías, mucha gente que abraza a sus familiares que por fin han despertado... La amargura y la culpa que he sentido en el cementerio van desvaneciéndose como la niebla al sol. Miro a Debbie, que contempla esas habitaciones vacías con una sonrisa en los labios. Sé que está pensando lo mismo que yo. Aunque nunca vayamos a poder contarlo, aunque nadie nos creería jamás, nosotros sabemos que tenemos mucho que ver con la salvación de este pueblo, con la recuperación de esta gente... No nos hace falta más para sentirnos orgullosos.

Llegamos a la 213. Antes de que pueda llamar a la puerta, Debbie ya ha abierto y se ha metido dentro. La sigo y me quedo paralizado mirando a Al. Está sentado al lado de la cama de Eloise, tan abstraído en su rostro que ni siquiera es consciente de nuestra presencia. Tiene entre los dedos un mechón de su cabello y le da vueltas como si fuera lo más bonito que hubiera tocado en toda su vida. Su sonrisa melancólica y sus ojos tristes hacen que el estómago se me encoja. Se va a marchar, se está despidiendo de ella... Siento ganas de llorar y de gritarle, pero Debbie se me vuelve a adelantar. Se acerca a él con una enorme sonrisa iluminando su cara.

—¡Qué contenta estoy de que estés bien!

Él se levanta y ella le estrecha entre sus brazos. Se quedan abrazados durante un tiempo eterno, tan felices de haberse recuperado que hasta llego a plantearme que sobro en esta habitación. Cuando la situación se vuelve demasiado incómoda para mí, me atrevo a carraspear.

—¡Eric! —saluda él tras soltar a Debbie, como si acabara de darse cuenta de que estoy aquí—. Me alegra verte, chaval. ¿Estáis todos bien?

—Sí. Casi todo el pueblo ha despertado ya —contesto mientras me acerco a chocar su mano. Él la ignora, me agarra y me da un abrazo y un par de palmadas en la espalda.

—¿Y Eli? —pregunta tras soltarme y volver a mirar su figura inmóvil sobre la cama.

—Bueno... Ella estuvo muy expuesta al hechizo, pero los médicos creen que se recuperará —respondo para tranquilizarle—. Supongo que será cuestión de horas.

Espero que él se alegre de la noticia, pero sus ojos vuelven a nublarse. Le echa otra mirada triste, se acerca a la cabecera de la cama y, con mucho cuidado, acaricia con dos dedos su mejilla. Estoy seguro de que es un gesto de despedida, pero no me atrevo a decir nada. Quizá lo estoy interpretando mal... Es imposible que él esté pensando en marcharse de nuevo sin esperar a que ella despierte, que esté planeando volver a abandonarla...

—Me gustaría saber dónde están mis cosas —dice señalando sus ropas—. Esto es lo que llevaba cuando fuimos de excursión al pantano y no le cabe más mierda encima.

—Está todo en mi casa —responde Debbie tras soltar una risita—. Vamos. Podrás ducharte y cambiarte allí.

—¿Tenéis también mi guitarra? —pregunta preocupado.

—Sí. Está todo —contesto mientras me dirijo a la puerta de la habitación— Y el coche también. Hasta le hemos arreglado el golpe que le diste contra el árbol.

—Esos son mis chicos. Muchas gracias —responde pasando un brazo sobre nuestros

hombros para que salgamos todos juntos—. Vámonos de aquí. Me muero de ganas de echar un cigarrillo.

Nos suelta cuando llegamos a la puerta y, durante un segundo, se gira de nuevo hacia la cama de Eloise. A pesar de sus palabras alegres y de la sonrisa que ilumina su cara, sé que todo es falso, que en ese momento se le está rompiendo el corazón en pedazos. Siento que no puedo permitirlo y me juro a mí mismo que haré todo lo que esté en mi mano para que cambie de opinión.

Nos hemos quedado fuera de la casa de Debbie, sentados en las mecedoras del porche, mientras esperamos a que Al se duche y se cambie. Estoy nervioso y no puedo controlarlo. He estado fumando un cigarrillo tras otro, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Mi pierna derecha se mueve continuamente de forma incontrolable, golpeando una y otra vez contra las tablas de madera.

—¿Te pasa algo? —pregunta Debbie incapaz de contenerse por más tiempo.

—No. Estoy bien —contesto con una sonrisa fingida.

Ella suelta un bufido y se dedica a mirar el jardín mientras da pequeños sorbos a su botellín de cerveza. Me conoce demasiado bien y sabe que me pasa algo. Me gustaría contárselo, pero sé que no me va a entender. Me siento como una olla a presión a punto de estallar. Llevo todo este rato pensando qué hacer para detener a Al y no se me ocurre nada. Si está decidido a marcharse, ¿qué puedo hacer para impedirlo? No habrá nada que pueda decirle que le haga cambiar de opinión y la opción de derribarle a puñetazos y dejarle fuera de combate está totalmente descartada. Estoy seguro de que él podría tumbarme a mí con una mano atada a la espalda.

Lo único que se me ocurre para tranquilizarme es tratar de engañarme a mí mismo. Él no ha dicho en ningún momento que vaya a marcharse. Quizá he interpretado mal sus miradas y ese aire de melancolía que parecía envolverle. Me digo, además, que nadie puede ser tan imbécil como para abandonar dos veces a una mujer como Eloise.

Por desgracia, la puerta de la casa se abre y Al aparece, demostrándome que es tan estúpido como yo me temía. Lleva su mochila en una mano y la guitarra cruzada a la espalda. Nada más salir, levanta la mirada hacia el cielo. Ya está oscureciendo, pero está despejado y tiene ese color azul intenso de los atardeceres de invierno. No queda ni rastro de esas nubes ominosas que nos estuvieron rodeando durante días. Saca un cigarrillo del bolsillo de sus vaqueros, lo enciende y le da una larga calada.

—Deberías aprovechar que has estado varios días sin fumar en el hospital para dejarlo —le recomienda Debbie.

—¿Por qué iba a hacerlo? —pregunta encogiéndose de hombros—. Yo no he decidido dejarlo en ningún momento.

—Ya... Parece que te es más fácil dejar las cosas que podrían hacerte feliz en lugar de las que te destruyen —comento lanzándole una sonrisa sarcástica.

Él entrecierra los ojos y me lanza una mirada de furia. Sabe que me he dado cuenta de sus intenciones y que no estoy de acuerdo, pero decide ignorarme y seguir hablando con Debbie.

—Tu madre me ha dicho que la cuarentena ya se ha levantado.

—Sí y el estado de excepción también —contesta ella—. Además, el ejército y la mayoría de la gente del CDC ya se han marchado. Volvemos a la normalidad.

—Me alegro. —Al toma una profunda bocanada de aire antes de soltar la noticia—. Entonces ya no hay nada que me retenga aquí. Ha sido un placer.

—¿De verdad ya no hay nada que te retenga aquí? —insisto mientras le dirijo una mirada envenenada.

—Eric, por favor, no voy a discutir de eso contigo. Es mi decisión.

Su tono ha sonado muy firme, como si su idea estuviera tan meditada como para que nada en el mundo le pudiera hacer cambiar de opinión. Me muerdo el labio inferior para tratar de controlarme y no empezar a insultarle. La idea de liarme con él a puñetazos empieza a cobrar cada vez más fuerza, aunque suponga pasarme los siguientes días en el hospital.

—¿Te vas? —pregunta Debbie sorprendida—. ¿No vas a esperar a que se despierte Eloise?

—Precisamente lo que quiere es irse antes de que ella se despierte. —Tras decir esas palabras, miro a Al para ver si tiene la poca vergüenza de negarlo, pero él me esquiva la mirada.

—Tengo cosas que hacer... Mi caravana está aparcada en un pueblo perdido de Virginia y tenía apalabrados unos conciertos... —Se encoge de hombros y suelta una de sus medias sonrisas—. Lo siento. No puedo quedarme más tiempo.

Debbie no protesta más. Supongo que piensa que no es nadie para meterse en esa relación. Se levanta de la mecedora y le da un fuerte abrazo de despedida. Yo me quedo sentado, con la vista fija en el suelo, con la pierna derecha tamborileando con tanta fuerza contra las maderas del porche como para acabar haciendo un agujero. Siento que la furia me arde dentro y que no voy a poder controlarme durante mucho más tiempo. Si él me dice algo más o se acerca para abrazarme,

saltaré como un resorte y le reventaré la cara.

Por suerte, parece que él lo nota, porque, tras soltar a Debbie, se dirige hacia la valla del jardín sin decir nada más. Después de abrirla, se gira de nuevo hacia nosotros.

—¿No vienes, Eric? —me dice con una sonrisa burlona en la cara.

—¿Que si no voy adónde? —pregunto con un tono más agresivo del que me habría gustado.

—A Virginia. Necesito el Impala para llegar hasta allí, pero, si no vienes conmigo, no sé cómo voy a devolvértelo luego.

Me levanto de un salto, pero, según me acerco a él, voy andando un poco más despacio y trato de ocultar mi cara de ilusión. Temo que sea una broma y que vaya a montarse en el coche y dejarme tirado después de reírse de mí.

—¿Lo dices en serio? —pregunto cuando llego a su lado.

—Sí. El coche es tuyo y es importante para ti. No es justo que me lo quede yo —dice antes de darme un par de amistosas palmadas en la espalda.

Me dirijo a la puerta del coche y me quedo mirándolo embobado. Ya me había hecho a la idea de perderlo y me siento tan emocionado que paso una mano por su techo, acariciándolo, como si acabara de reencontrarme con un viejo amor. Después me giro hacia Al, que se ha colocado a mi lado, y extendiendo la mano para que me pase las llaves.

—Ni de palo, chaval —contesta él—. Te devolveré el coche en Virginia, pero, hasta entonces, esta maravilla la conduzco yo.

No me hace ninguna gracia tener que ir de copiloto, pero supongo que tendré que conformarme. Antes de dar la vuelta al coche y sentarme en mi sitio, vuelvo a entrar en el jardín, abrazo a Debbie por la cintura y le doy un fuerte beso.

—Estaré de vuelta antes de que amanezca. No me esperes despierta.

—De acuerdo, pero despiértame cuando llegues. —Sus ojos se iluminan con un brillo pícaro—. Tenemos asuntos pendientes.

Vuelvo a besarla y regreso al coche. Al ya se ha sentado en su sitio y ha encendido el motor. El Impala ruge como si estuviera impaciente por ponerse en movimiento. El muy macarra está pisando el embrague a fondo mientras presiona el acelerador. Va a salir quemando rueda con mi coche. Le diría algo, pero me da miedo que cambie de opinión. Me siento a su lado y finjo estar entretenido buscando algún Cd en la guantera.

—No, no, no... —dice él, antes de salir haciendo que las ruedas derrapen tal y como había temido—. Hasta que llegemos a Virginia, la música la elijo yo. Vamos a aprovechar este viaje para mejorar un poco tu gusto musical.



MANTEO
(CAROLINA DEL NORTE)

ENERO DE 2017

CAPÍTULO UNO

En los primeros segundos que transcurrieron desde que recobré la conciencia, ni siquiera estuve muy segura de dónde estaba ni de cómo había llegado allí. Abrí los ojos poco a poco mientras los recuerdos iban acudiendo a mi mente. Recordé la piedra, la hoguera, los fantasmas de mi pasado que habían acudido a liberarme y aquel brillo del sol que prometía que nos salvaríamos... Y recordé cómo había corrido a reunirme con Al, cómo había decidido unir mi destino al suyo y el modo en el que me había quedado dormida apoyada en su pecho, sin saber si aquel sueño sería eterno.

Me senté en la cama de un bote mientras una inmensa sonrisa se abría paso en mi cara. ¡Lo habíamos conseguido! Si yo había despertado, Al también tendría que haberlo hecho. Salté de la cama y, en el primer momento, tuve que apoyarme en la pared para no caerme. Toda la habitación parecía girar. No sabía cuántos días había estado tumbada en aquella cama de hospital ni cuánto tiempo llevaba sin comer... Lo más razonable habría sido volver a tumbarme y llamar a alguna enfermera para que pudieran evaluar mi estado, pero todo aquello me daba igual. Solo quería ir a buscarle, abrazarle y ver en sus ojos si lo que me había dicho antes de dormirse seguía siendo cierto: que nunca me había olvidado, que llevaba años pensando en mí, que no quería vivir en un mundo en el que yo no estuviera...

Me acerqué hasta el pequeño armario de la habitación con pasos temblorosos. Mi ropa estaba allí. Me vestí a toda prisa, entré un momento en el cuarto de baño para lavarme la cara y pasarme los dedos por el desordenado cabello y, cuando me sentí preparada, salí al pasillo y me dirigí al mostrador de enfermería. Me alegró ver la cara de Keira. La chica estaba hojeando unos informes y no se dio cuenta de mi presencia hasta que alargué el brazo y le toqué la mano para llamar su atención.

—¡Eloise! —dijo sorprendida—. ¿Qué haces levantada? ¿Por qué no estás en la cama?

—¿Sabes dónde está Al? —pregunté emocionada.

—Despertó hace un par de horas. Se ha ido a casa con Debbie y Eric. —Keira salió de detrás del mostrador y me agarró con delicadeza por un brazo para guiarme de vuelta a mi habitación—. Vamos. Tienes que volver a la cama. Avisaré para que un médico vaya a verte y evalúe si podemos darte el alta.

—No. No voy a volver —dije con voz firme cruzando los brazos frente al pecho—. Quiero

irme ya. Si es necesario, firmaré el alta voluntaria.

Keira frunció el ceño y me miró intrigada. No parecía entender a qué venía tanta urgencia, pero me daba igual que lo comprendiera o no. Yo estaba segura de que no padecía ninguna enfermedad que me obligara a permanecer allí y no podía aguantar más tiempo sin ver a Al. Necesitaba abrazarle, mirar en el fondo de sus ojos azules y quedarme hipnotizada por aquellos pequeños soles que rodeaban sus pupilas, ver en ellos si era cierto que todavía me quería, si seguía existiendo una posibilidad para nosotros dos...

—Dame un minuto, por favor —dijo Keira mientras empezaba a caminar pasillo adelante—. Voy a avisar a un médico para que venga ahora mismo.

No me hacía ninguna gracia tener que esperar, pero tampoco quería que la pobre chica se metiera en problemas porque se le hubiera escapado una paciente, así que decidí darle aquel minuto que me había pedido. Se me hizo eterno. No pude parar quieta ni un solo segundo. Me dediqué a pasear por delante del mostrador y a dar pequeños saltos de una pierna a otra. Cualquiera que me hubiera visto habría pensado que estaba loca y que me estaba comportando como una adolescente enamorada en lugar de como la mujer seria y madura que debía ser. Me daba igual. Era exactamente así como me sentía: como una adolescente enamorada a punto de reencontrarse con su primer amor.

Escuché unos pasos apresurados y me giré. Keira se acercaba a mí acompañada de un médico alto y joven. Por la cara del chico, pude darme cuenta de que no le había hecho ninguna gracia tener que venir con tanta prisa.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó sin saludar siquiera—. ¿A qué viene tanta urgencia?

—Necesito que me dé el alta de inmediato —contesté.

—Señora, esto es un hospital. Aquí atendemos urgencias verdaderas —dijo con tono seco—. No creo que tenga nada tan importante que hacer como para no poder esperar a que se cumplan los protocolos establecidos.

Le dirigí una sonrisa totalmente desprovista de humor. Aquel chico ya me había caído mal desde el mismo momento en el que le había visto y el hecho de que me hubiera llamado señora no había ayudado en absoluto a mejorar mi impresión de él.

—Me dan igual sus urgencias y sus protocolos. He dicho que me marchó.

—No puede irse así —protestó tratando de imponer su autoridad—. No sabe si sigue enferma.

Volví a sonreír y me acerqué a él hasta quedar a unas pulgadas de su rostro. Dio un paso atrás y bajó la mirada. Mi sonrisa se hizo aún más amplia. Ya le había vencido.

—¿Enferma de qué? ¿De esa enfermedad que no han sabido diagnosticar ni curar hasta que la gente ha empezado a despertarse por sí misma? —pregunté con tono sarcástico—. Créame, sé mucho más de esa *enfermedad* que ustedes.

El doctor resopló y, para recuperar algo de su orgullo, se acercó de nuevo a mí, me colocó en el brazo uno de esos aparatos para medir la tensión, auscultó mi corazón y me apuntó a los ojos con una pequeña linterna. Yo le dejé hacer sin decir nada, mientras veía cómo Keira luchaba por contener la risa.

—Está bien —contestó airado antes de firmar el impreso de alta que Keira le tendía y volver a marcharse por el pasillo—. Rellena sus papeles y que se vaya.

Cuando el médico desapareció y estuvimos seguras de que ya no podía oírnos, Keira y yo estallamos en carcajadas. Ella pasó al otro lado del mostrador y empezó a rellenar mi informe mientras seguía riéndose.

—No sabes lo feliz que me has hecho —dijo ella mientras seguía riéndose—. Ese tío es un prepotente. Nadie le aguanta en el hospital.

—Entonces me debes un favor, ¿no? —pregunté tras acodarme sobre el mostrador.

—Podría decirse que sí. ¿Qué necesitas?

—Rellena esos papeles sin prisa y ya me los llevarás a casa. Tengo que irme.

Keira me miró sorprendida, pero acabó por sonreír y encogerse de hombros.

—Está bien. Esto es muy irregular, pero ¿qué no lo ha sido en los últimos días? —Me guiñó un ojo—. Nos vemos luego.

Le dediqué una sonrisa agradecida y salí del hospital a la carrera. Aún estaba atravesando el aparcamiento cuando algo me hizo detenerme. Me quedé parada y dirigí mis ojos hacia el cielo. Ya había anochecido y estaba muy oscuro, pero en lo alto brillaba con fuerza la luna en cuarto creciente. No había nubes y el firmamento estaba cuajado de estrellas. Nos habíamos librado de su presencia. El mundo volvía a ser como debía.

Me puse de nuevo en marcha, corriendo con todas mis fuerzas. Mis pulmones y el pinchazo que sentí en el costado me avisaron de que no era buena idea correr de aquella manera. Llevaba décadas fumando, no había hecho ejercicio en toda mi vida y debía de llevar días sin comer. Me dio igual. En aquel momento, notaba que mi pecho se expandía con cada bocanada de aire frío y

que mi corazón bombeaba a toda potencia. Podría haber atravesado el país corriendo solo para llegar hasta sus brazos.

Cuando divisé la casa de los Sherman, corrí aún más rápido, sacando fuerzas de donde ya no creía que quedasen. Llegué hasta la valla del jardín y me apoyé un momento, tratando de recuperar el resuello. Me quedé contemplando las ventanas iluminadas, disfrutando de aquellos segundos previos. Él estaba allí, estaba vivo y despierto... y me había dicho que me quería. Una parte de mi mente intentó reavivar mis miedos, mis rencores, mi orgullo herido... Al me había hecho más daño que nadie en toda mi vida. ¿Iba a volver a darle la oportunidad de destrozarme el corazón? La respuesta me hizo sonreír. Por supuesto que iba a dársela. Si él no estaba en mi vida, mi corazón no servía para nada. Además, había aprendido muchas cosas antes de echar mi anillo al fuego. Ninguno de los dos era culpable de lo que pasó. Nos habíamos equivocado mucho, pero nunca habíamos querido hacernos daño. No merecía la pena pasar el resto de nuestra vida sufriendo por un error, sobre todo cuando teníamos la felicidad al alcance de los dedos.

Empujé la puerta de la valla y recorrí los últimos pasos que me separaban de la entrada. Volví a detenerme para tomar aire y di un par de golpes. Las voces que llegaban del interior se detuvieron y, al cabo de un par de segundos, la puerta se abrió y apareció Debbie. La abracé con fuerza, feliz de verla. Cuando la solté, vi que sus padres y su hermana Samantha nos contemplaban desde el pasillo. Me sentí feliz al ver que todos habían despertado y que volvían a estar juntos.

—Eloise, ¿qué haces aquí? —me preguntó Debbie confusa—. ¿Cuándo has despertado? ¿Cómo es que Keira no nos ha avisado para que fuéramos a buscarte?

—No le he dado tiempo —confesé entre risas—. Acabo de despertarme hará unos diez minutos y me he marchado a toda prisa del hospital. ¿Dónde está Al?

Su rostro cambió en un solo segundo. Su sonrisa desapareció y sus ojos se nublaron, como si estuviera luchando para contener las lágrimas. Me asusté mucho. Keira me había dicho que Al estaba bien, que había despertado. ¿Me habría mentado?

—¿Dónde está Al? —pregunté mientras la agarraba de los brazos para hacer que reaccionara—. ¿Está bien? Keira me ha dicho que se había despertado.

—Sí. Es cierto —dijo ella esquivándome la mirada—. Despertó hace un par de horas, pero no está aquí.

—¿Y dónde está?

—Ha vuelto a Virginia, al bar en el que le encontramos. Dijo que, si se había levantado la cuarentena, ya no tenía nada que hacer aquí.

Me eché un par de pasos hacia atrás, como si sus palabras me hubieran golpeado, como si cada una de las sílabas que había pronunciado fuera un puñal al rojo vivo que estuviera desgarrando mis entrañas. Era imposible... Lo que decía no tenía sentido... Él no podía haber vuelto a marcharse...

Sentí que el mundo empezaba a girar a mi alrededor y que se volvía difuso, como si se hubiera cubierto de niebla. Noté que los brazos de Debbie me rodeaban por la cintura para evitar que cayera. Debí de llamar a su padre, porque, en un par de segundos, el hombre estaba también a mi lado. Entre los dos me metieron dentro de casa sin que yo fuera capaz de reaccionar. Les escuchaba hablar a mi lado, pero sus voces sonaban como si llegaran a través de agua: lentas, pesadas, distorsionadas... Casi no veía nada y temí perder el conocimiento. Me di cuenta de que no podía ver porque las lágrimas habían inundado mis ojos y me nublaron la vista. No quería llorar. No delante de aquellas personas...

Me sentaron en un sofá y se colocaron a mi alrededor. Traté de calmarme y respirar despacio. Tenía que controlarme, tenía que volver a ser yo... Poco a poco, mi visión se aclaró y empecé a distinguir las palabras de Debbie.

—... dicho que le devolvería el Impala, así que Eric se ha ido con él. Seguro que puede convencerle de que vuelva...

No necesitaba escuchar nada de aquello. Sabía que, si había decidido marcharse, nada ni nadie en el mundo le harían volver a mi lado. Había vuelto a hacer lo mismo: me había vuelto a abandonar en un hospital, sin que yo pudiera hacer nada para detenerle, sin permitirme hablar con él o pedirle una puta explicación... La desesperación que me invadía fue desapareciendo para ser sustituida por el odio más puro. ¿Por qué se había ido? Si pensaba marcharse en cuanto la isla dejase de estar en cuarentena, ¿a qué habían venido todas aquellas miradas, aquellas sonrisas, aquellos besos? ¿Por qué me había dicho que me seguía queriendo y que nunca había podido olvidarme? Mi corazón, que en aquellos días había empezado a sanar, estalló de nuevo en mil pedazos. Aquella era la tortura más cruel que podía imaginarme. ¿Por qué había hecho que me abriera a él, que dejase caer mis defensas, que volviera a albergar esperanzas de un futuro juntos si tenía pensado abandonarme de nuevo en cuanto tuviese oportunidad?

—Eloise, ¿me estás escuchando? —preguntó Debbie preocupada—. ¿Estás bien?

Negué con la cabeza. No había entendido ni una palabra de lo que me había dicho en los últimos minutos, pero tampoco me importaba. No quería hablar con ella. No quería hablar con nadie. Solo quería volver a mi casa, en Swanton, y encerrarme detrás de aquellas paredes para no permitir que nadie volviera a hacerme daño jamás. Nunca debí abandonar la seguridad de

aquellos muros.

—¿Sabes dónde están mis cosas? —pregunté en un susurro con la mirada perdida.

—Sí, claro. Teníamos tu maleta preparada, por si había que llevártela al hospital.

—¿Podrías traérmela, por favor?

La chica asintió, se levantó del sofá y se marchó para cumplir mi encargo. Adele, su madre, se acercó a mí y se puso en cuclillas para que su cara quedase a la altura de mis ojos. Vi en ellos una tristeza infinita y eso solo consiguió enfurecerme más. No necesitaba su compasión, no quería darle pena. En aquellos momentos, solo quería esconderme del mundo entero, que nunca nadie más en la Tierra supiera nada de Eloise Carter.

—¿Necesitas algo más? ¿Un té?

—Solo necesito un taxi —contesté con voz cortante—. ¿Podrían pedirme uno?

La mujer asintió y salió de la sala. Me quedé allí sentada con Arthur y su hija Samantha. Por suerte, ninguno de ellos parecía tener ganas de decir nada. Me fijé en que la chica llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta blanca. Parecía que se le habían pasado las ganas de seguir jugando a vestirse de bruja maligna. Durante unos segundos, sentí ganas de levantarme y darle dos bofetadas. Ella era una de las culpables del dolor que estaba sintiendo. Si ella y sus amiguitas de aquel aquelarre de pega no hubiesen jugado con cosas que no entendían, yo nunca habría tenido que salir de Swanton, nunca habría tenido que volver a encontrarme con Al... Mi corazón habría seguido anestesiado, hibernando, sin sentir nada, pero a salvo.

Cerré los ojos y meforcé a detener aquellos pensamientos. Yo era la única culpable, la imbécil que había permitido que él se volviese a colar en mi vida y se pusiera a jugar con mis sentimientos. No podía culpar a nadie más.

Debbie apareció con mi maleta y la dejó en el suelo, cerca de la puerta. Su madre entró en la sala unos segundos después.

—Ya he llamado al taxi —anunció—. Llegará en unos minutos.

Me forcé a dirigirles una sonrisa y me puse en pie. Recogí mi maleta y abrí la puerta.

—¿No vas a esperar aquí hasta que llegue el taxi? —preguntó Debbie.

—Lo siento, pero no me apetece hablar con nadie ahora mismo. Prefiero estar sola —dije con firmeza—. Gracias por todo. Habéis sido muy amables.

—No. Gracias a ti —contestó la madre de Debbie—. Has salvado a mi niña. Nos has

salvado a todos.

Antes de que pudiera impedirlo, la mujer se había acercado y me había rodeado con sus brazos. Me envaré sin poder evitarlo. Sentía que su contacto me hacía daño, como si tuviera todo el cuerpo en carne viva, como si me hubieran dado latigazos hasta levantar cada pulgada de mi piel. En aquel momento, no soportaba el contacto humano. No quería que nadie me tocara, que nadie me hablara, que nadie me mirara... Solo quería estar sola, quizá para siempre...

Cuando me soltó, fingí otra sonrisa y agarré el picaporte para salir. La voz de Debbie me detuvo.

—¿Qué le digo a Eric cuando vuelva?

Aquella pregunta me descolocó. Eric era diferente. No podía alejarle de mi vida. Necesitaba un tiempo para estar sola, pero sabía que no podría mantenerme separada de él. Cuando me encontrará mejor, él sería la única persona del mundo a la que estaría dispuesta a abrirle las puertas de mi fortaleza.

—Dile que le llamaré —contesté notando que la voz se me quebraba—. Dile que sé que lo intentó y que él no podía haber hecho nada para cambiar lo que ha pasado. Y dile que le quiero mucho.

Sentí que las lágrimas volvían a escapar de mis ojos, así que me apresuré a salir de la casa. Cerré la puerta y recorrí con paso cansado la distancia que había hasta la acera. Me pareció que la maleta pesaba muchísimo. Me pesaban las piernas, me pesaba todo el cuerpo... Me pesaba el alma. Me sentía como si acabara de envejecer cincuenta años en cinco minutos.

Vi el brillo de unos faros acercándose por la carretera. Era mi taxi. Paró frente a la valla y esperó a que me metiese dentro. Me dejé caer en el asiento de atrás y cerré los ojos. Solo con estar allí, volviendo a casa, ya me sentía un poco mejor. Oí un carraspeo del taxista.

—Disculpe... ¿Puede decirme adónde vamos?

—Sí. Al aeropuerto de New Bern, por favor.

Arrancó el coche y enfiló la calle. Ni siquiera me giré para ver si los Sherman habían salido a despedirme. Seguramente pensarían que era una maleducada y una desagradecida, pero en aquel momento todo me daba igual. Solo quería huir, esconderme, enterrarme en vida en mi casa y volver a levantar mi coraza para que nunca nadie más pudiera llegar a mí y hacerme daño.



BLACKSTONE (VIRGINIA)
ENERO DE 2017

CAPÍTULO UNO

Al detiene el coche, pero no para el motor hasta que termina la canción que está sonando: *Rock and roll* de Led Zepellin. Cuando acaba, se gira hacia mí y me dedica una de sus sonrisas de suficiencia.

—Y esto, chaval, es lo que se llama buena música.

—Lo que yo escucho también es buena música —contesto malhumorado—. Lo que pasa es que tú eres un dinosaurio musical.

—Claro, claro... Lo que tú digas. —Suelta una risa sarcástica—. Te propongo algo. Quedamos dentro de veinte años y comprobamos cuántas de las canciones que oyes hoy en día se siguen escuchando. ¿Trato hecho?

No contesto nada. La verdad es que no quiero volver a verle ni mañana, ni pasado, ni dentro de veinte años. Nunca me ha caído especialmente bien, pero, en este momento, le odio. No me puedo creer lo que le está haciendo a Eloise. Me he pasado todo el viaje enfadado, sin hablar, pensando en qué demonios podría decirle para que cambiase de opinión, pero no se me ha ocurrido nada. Cuatro putas horas metido con él en un coche y no he tenido valor para decirle lo que pienso.

Él espera mi respuesta durante unos segundos, pero, cuando no llega, quita las llaves del contacto y se baja del coche. Me suelto el cinturón de seguridad y salgo tras él. Ha abierto el maletero y acaba de cruzarse la guitarra a la espalda. Cuando saca su mochila, tomo aire buscando fuerzas para hablar. Se me acaba el tiempo. Si dejo que se vaya sin intentarlo siquiera, me sentiré un cobarde todo el resto de mi vida.

—¿En serio te vas a marchar?

—No. El que te marchas eres tú —contesta confuso antes de cerrar el maletero y arrojarme las llaves del coche—. Yo ya estoy donde quería estar.

—Joder... Sabes a qué me refiero. ¿De verdad vas a volver a dejar a Eloise sin darle ninguna explicación?

—Hace años que no hay nada entre nosotros. —Se encoge de hombros para quitarle importancia—. No tengo por qué explicarle nada.

Las ganas de golpearle regresan con fuerzas renovadas. Sin embargo, algo me detiene y no es el miedo a que me destroce o a acabar en comisaría. No le conozco demasiado, pero hasta yo puedo ver que miente. Me ha esquivado la mirada y su voz se ha quebrado... No mucho, lo suficiente como para que me dé cuenta de que le importa, de que le duele...

—Sabes que eso no es cierto... Joder, tío... No te entiendo. —Me doy cuenta de que estoy gritando, pero decido no contenerme—. Eloise te importa y tú a ella también. ¿Por qué te marchas?

—A ti sí que no tengo por qué darte ni una puta explicación de lo que hago con mi vida.

Su tono se ha vuelto agresivo. Tiene los puños cerrados y la mandíbula tan tensa como para que una vena palpite en su cuello. Me mira con odio antes de girarse hacia el bar para marcharse sin decir una sola palabra más.

—¡Muy bien! —grito a su espalda—. Márchate si es lo que quieres. No eres más que un puto cobarde. Tienes miedo de que te rechace... Y haría muy bien porque eres un mierdas que no se merece a una mujer como ella.

Se frena en seco y gira sobre sus talones. Tira la mochila al suelo, se abalanza sobre mí y me agarra por las solapas de la chaqueta. Me encojo un poco esperando el primer golpe, pero consigo mantenerle la mirada. Puede que me mate en este mismo momento, pero, al menos, habré dicho lo que pensaba.

—¿Te crees que no lo sé? —grita con su cara a solo un par de pulgadas de la mía—. Tienes toda la puta razón. ¿Quién soy yo? Un pobre diablo que solo tiene una guitarra y una caravana que ya era vieja hace treinta años, alguien que ni siquiera sabe si va a tener para comer mañana... Un tío acabado que se emborracha todas las noches y que se folla a cualquier tía siempre que estén dispuestas a marcharse en cuanto acabemos, porque no puede permitirse sentir nada por nadie... Solo soy un perdedor... Mírame a mí y mira a Eloise. Es la tía que acaba de salvar el puto mundo. ¿Cómo voy a pedirle que vuelva conmigo?

Me suelta, da un par de pasos atrás y se gira. Creo que está llorando y que no quiere que le vea. Me tomo un par de segundos para volver a respirar. Aún no me puedo creer que haya salido de esta con la cara intacta. Me acerco un poco y me coloco a su lado. Le pongo una mano en el hombro, pero él se retuerce como si mi contacto le quemara.

—Estoy de acuerdo contigo en que no la mereces, pero creo que debería ser ella la que decidiera eso.

—No tienes ni idea de lo que dices —contesta él con la mirada perdida en el cielo

estrellado—. Crees que lo nuestro podría funcionar porque no nos conoces... Ella tiene una misión, es importante que haga las cosas que hace... Pero yo no puedo apoyarla. Eli necesitaría a su lado a alguien como tú: alguien que la siga ciegamente, que esté de acuerdo con todo lo que haga por muy terrible que sea... Yo no puedo ser esa persona. No después de las cosas que hizo en el pasado.

—Creo que eres tú el que no la conoces...

—¿En serio? ¿Crees que la conoces mejor que yo? —Su tono se ha vuelto de nuevo arrogante y peligroso—. Venga, listo. Ilumíname.

Me lanza una mirada de desafío. Sé que le prometí a Eloise que nunca le contaría a Al la verdad, que nunca le diría lo que ella me había confesado, pero no puedo permanecer callado. Me da igual cuánto se pueda enfadar, me da igual que no quiera hablarme nunca más, que use sus poderes y me maldiga... Si me callo ahora, no podré volver a mirarme al espejo sin sentirme culpable.

—Eloise no mató a aquella familia de Maine. Llevas años siendo injusto con ella.

—¿Y tú qué sabes? —me pregunta mientras me lanza una mirada de desprecio.

—Lo sé porque ella me lo ha contado —respondo sin asustarme por esa mirada—. Esa niña era la reencarnación de un vampiro. No había nada en ella que pudiera salvarse. Aún así, Eloise no la mató. La niña asesinó a sus padres y lo preparó todo para que tú creyeras que había sido ella. Luego la atacó... Eloise solo intentaba defenderse y la cría acabó muriendo. Tú te lo creíste todo. No fuiste capaz de quedarte a hablar con ella, de dejar que se explicara...

—¿Y cómo sabes que eso es verdad?

—Porque confío en ella, porque la he mirado a los ojos mientras me lo contaba y sé que es sincera... Porque no tenía por qué contármelo si no hubiese querido. —Espero unos segundos para que él asimile la información—. Piénsalo durante un momento... ¿Cuántas veces te ha mirado a los ojos y te ha mentado?

—Joder... Hace unos días, cuando nos mando a Debbie y a mí a buscar un puto manantial que no existía...

—No fue ella. Fue Grenville. Ella le pidió que lo hiciera porque no puede mentirte a la cara. ¿Cómo estás tan ciego?

Durante unos segundos parece que va a seguir protestando, pero cierra la boca con fuerza y vuelve a apretar los puños. Parece que, ahora que se está dando cuenta de que no puede odiar a

Eloise, ha decidido odiarme a mí. Suelta un largo suspiro y niega con la cabeza.

—No puedo volver con ella... —dice haciendo un esfuerzo para que la voz no se le quiebre—. Si lo que dices es cierto, le he hecho más daño del que nadie en el mundo podría hacerle. He sido un auténtico hijo de puta y un imbécil y nos he destrozado la vida a los dos...

—Pero todavía tiene arreglo —insisto.

—No. No lo tiene. ¿Cómo voy a plantarme delante de ella sabiendo lo injusto que fui y el daño que le hice? Ella ha rehecho su vida sin mí. No tengo derecho a pedirle que me perdone y que vuelva conmigo. —Extiende los brazos a ambos lados mientras me clava una mirada derrotada—. Mírame, yo ya no valgo la pena. No puedo pedirle que me acepte de nuevo.

—Es ella la que debería decidir eso...

Me lanza una sonrisa forzada y me da un par de palmadas en el hombro mientras niega con la cabeza.

—No voy a ponerla en esa situación. Estará mejor sin mí. Cuida de ella, chaval.

Se gira de nuevo y empieza a andar de camino al bar. No sé qué más puedo hacer... Se está equivocando. Yo lo sé y él lo sabe, pero no hay nada más que pueda decirle para que cambie de opinión.

Me quedó mirando cómo se aleja con su guitarra cruzada a la espalda. Su forma de andar es diferente. Ya no camina como alguien que sometiera el mundo a cada paso, como alguien que cree que la vida le sonrío... Sus pasos son lentos y cansados, los pasos de alguien que ya no quiere ir a ninguna parte pero siente la necesidad de seguir andando, los pasos de alguien en una huida eterna... Siento mucha pena por él y por Eloise, pero no hay nada más que yo pueda hacer.

Me apoyo en el Impala y saco un cigarrillo. Estoy todavía muy nervioso por la discusión y las manos me tiemblan. No puedo coger el coche hasta que me controle un poco. Solo he dado un par de caladas cuando noto vibrar el móvil en mi bolsillo. Lo saco y veo el nombre de Debbie. Antes de coger la llamada, se me dibuja una sonrisa. Creo que es la única persona del mundo con la que me apetece hablar en este momento.

—Hola, Debbie.

—Hola, Eric. ¿Ya habéis llegado a Virginia?

—Sí. Acabo de dejarle frente al bar y me ha devuelto el coche —contesto con voz cansada—. Iba a ponerme ya en camino para allí.

—¿No has conseguido convencerle de que no se vaya? —pregunta con voz apenada.

—No. Es un cabezota... Joder, no sé cómo se lo vamos a decir a Eloise...

—No tienes que preocuparte por eso —comenta ella—. Ya se lo he dicho yo.

—¿Cómo? ¿Se ha despertado ya?

—Sí. Un par de horas después de que os fuerais.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —pregunto preocupado.

—Nada bien... Ha cogido su maleta y se ha marchado...

Me siento fatal. Miro hacia el bar en el que ha desaparecido Al y me entran ganas de entrar y sacarlo a rastras, pero sé que es imposible y que no serviría de nada. Pienso que no tendría que haberle acompañado. Me da igual que se hubiera quedado el coche. Tendría que haber estado allí cuando Eloise despertara para que tuviera a alguien a su lado en quien apoyarse. Me estoy planteando si tardaré mucho en recorrer la distancia que hay entre Virginia y Swanton cuando vuelvo a escuchar la voz de Debbie.

—Ha dicho que te llamará cuando se encuentre mejor... y que te quiere.

Esas palabras me hacen sentir aún peor. Sé perfectamente lo que significan. En este momento no quiere ver a nadie y no contactará conmigo hasta que se sienta preparada. No va a aceptarme a su lado. No va a permitir que nadie la vea derrotada y destruida por dentro. Lo comprendo y lo respeto, pero odio la sensación de no poder hacer nada para ayudarla.

—Vale... Voy para allá —le digo a Debbie—. Llegaré en unas cuatro horas.

—Espera —me corta ella—. Tengo otra cosa importante que contarte.

—Espero que sea una buena noticia...

—Es muy buena. —Ha levantado el tono de voz y parece eufórica—. Grenville ha estado aquí. Parece ser que ha llevado todos los papeles del baúl del bisabuelo de Shima al Museo de Fort Raleigh y están muy interesados en que esos documentos se estudien y se clasifiquen. Quieren publicarlos, una especie de gran enciclopedia sobre las leyendas, creencias y costumbres de los nativos de la zona...

Me alegro mucho por Grenville y hasta por el bisabuelo de Shima, pero sigo sin entender qué parte de esa noticia tiene a mi novia al borde del éxtasis.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —pregunto confuso.

—Ahora viene lo mejor. —Debbie se queda en silencio durante unos segundos para aumentar la expectación—. Me ha dicho que utilizará estos meses para conseguir financiación y

que, en junio, cuando yo acabe la carrera, quiere que sea su ayudante.

Ahí está. Lo que tanto temía. El mazazo que pone fin a nuestra historia. Sabía que lo nuestro tenía fecha de caducidad, pero no esperaba que fuese tan pronto. Me había estado engañando a mí mismo, diciéndome que Debbie se quedaría en Burlington unos meses más tras acabar la carrera, que pasaría el verano conmigo antes de empezar a buscar trabajo. Me siento estúpido. Alguien como Debbie no pinta nada en un lugar tan triste y gris como Burlington. Es como esconder una flor en un sótano, lejos de la luz y de las miradas de la gente, donde solo podría marchitarse. Me trago la angustia y lucho para que mi voz suene lo más feliz posible.

—Es genial, Debbie. Me alegro muchísimo por ti.

—Claro que es genial, porque estaré trabajando en el museo y Grenville me ha dicho que es posible que, cuando acabemos con el libro, pueda conseguirme un puesto allí.

—Es estupendo. No sabes cuánto me alegro... Mañana iremos a celebrarlo.

Sé que al día siguiente no tendré la más mínima gana de celebrar nada. ¿Cómo voy a celebrar que la estoy perdiendo? Sin embargo, tendré que fingir durante estos meses e intentar disfrutar cada segundo que la tenga a mi lado. Tengo que atesorar cada momento que nos quede para poder regodearme en mi desgracia cuando la haya perdido.

—Espera... Todavía no he acabado.

Me pregunto qué nueva tortura me espera. Esta noche está siendo una mierda desde que empezó. Solo tengo ganas de que acabe, de llegar a la cama, enterrar la cabeza bajo la almohada y olvidar que existe un mundo al otro lado.

—Cuéntame —pido mientras sigo forzando una voz alegre y entusiasmada.

—He estado hablando con mi padre. ¿Recuerdas que te dije que tiene una tienda de *souvenirs*? —Ella espera hasta que yo hago un ruido de asentimiento antes de seguir hablando. No entiendo a qué viene esto de hablarme ahora de su padre cuando lo único que quiero es montarme en el coche, pisar el acelerador a fondo y llorar todo el puto camino hasta Roanoke—. Bueno, no sé si te lo comenté, pero el negocio solo funciona bien en los meses de verano y mi padre había estado planteándose que quizá podría abrir otra línea de negocio para los meses flojos.

—No entiendo adónde quieres llegar, Debbie. —Me pellizco el puente de la nariz mientras ruego para que ella termine ya la llamada. Se me está levantando un dolor de cabeza horrible.

—¿Sabes que no hay ni una sola librería en el pueblo? —Ella vuelve a esperar por si yo quiero añadir algo, pero, al no recibir respuesta, sigue hablando—. Mi padre ha pensado que

podría ser una buena idea poner una.

—Me alegro mucho por tu padre y espero que le vaya muy bien —contesto con tono cortante.

—¿Te pasa algo?

—No. Es solo que estoy muy cansado y tengo ganas de llegar a casa y dormir... Y no entiendo qué quieres decirme con todo esto...

—Eres muy tonto, Eric —dice ella antes de soltar un bufido—. Mi padre necesita a alguien que haya trabajado en el sector y ha pensado en ti. Le gustaría que trabajaras con él a partir de junio en su tienda, pero ya veo que no te hace ninguna ilusión.

—Espera, espera, espera... ¿Quieres decir que podría trabajar en Roanoke y seguir contigo?

—Bueno, solo si quieres... Si prefieres quedarte en Burlington...

—Sabes que odio esa puta ciudad desde el mismo momento en el que puse un pie en ella.

—Espera... Antes de que aceptes la oferta, tienes que conocer todas las condiciones. —Suelta una risita traviesa antes de seguir hablando—. La tienda tiene un piso encima que mi padre no usa. Necesitaría mucha reforma, pero quizá podrías vivir ahí... Conmigo...

Me quedo sin habla. Ni en mis mejores sueños habría imaginado una propuesta así de Debbie. Me da igual la reforma que necesite esa casa. Si por mí fuera, me iría a vivir a una pocilga solo por estar cerca de ella.

—Eric... ¿No vas a decir nada?

—Sí, sí... Perdona... Es que me ha pillado de improviso...

—No quiero obligarte a nada...

—No me estás obligando. La respuesta es sí. Un millón de veces sí. —Oigo su risa al otro lado de la línea y me parece el sonido más bonito del mundo—. Voy para allá. Espérame despierta. Tenemos muchas cosas que celebrar.

Cuando cuelgo, vuelvo a mirar a la entrada del bar y me siento culpable. Sé que es estúpido, pero no me parece bien sentirme tan feliz mientras esos dos destrozan su vida. Suelto un largo suspiro y vuelvo a repetirme las palabras de Eloise: “Ya basta de echarte la culpa de todos los males del mundo, Eric. No eres el centro del universo”. Niego con la cabeza y me meto en el coche. He hecho todo lo que estaba en mi mano, más incluso de lo que se me podría pedir. Solo

me queda rezar para que se den cuenta de cuánto la están cagando y reaccionen. Ahora les toca a ellos.



BLACKSTONE (VIRGINIA)
ENERO DE 2017

CAPÍTULO UNO

En cuanto entró en el bar, se dio cuenta de que algo no iba bien. Había un chico tocando la guitarra en el escenario. Se quedó parado al lado de la puerta, escuchando el final de su actuación. El tío no lo hacía nada mal. Joder, qué puta suerte la suya...

Echó mano a su bolsillo y sacó todo el dinero que le quedaba. Veintitrés dólares. Necesitaba dinero desesperadamente. Estaba seguro de que toda la comida de la caravana se habría estropeado y le quedaba menos de medio paquete de tabaco. Esperaba que, al menos, el depósito de gasolina estuviera lleno, aunque no podía recordar cuándo repostó por última vez. Si estaba vacío, se quedaría atrapado en aquel pueblo de mala muerte para siempre. Necesitaba recuperar su puesto en aquel sitio y dar los conciertos que había apalabrado.

Se acercó a la barra y esperó a que el dueño del bar se girase hacia él. Cuando lo hizo, levantó la mano a modo de saludo y le dirigió su sonrisa más encantadora. El hombre se acercó a él con cara de enfado.

—¿Qué ven mis ojos? —preguntó con tono sarcástico—. Si es el señor Aleister McNeal. ¿Cómo es que la gran estrella se digna a aparecer por mi bar?

—Bueno... Entre otras razones te dejé la caravana fuera para que me la cuidaras —bromeó Al.

—Tranquilo. Tu caravana está de maravilla. —El hombre rebuscó en un tarro de cristal que tenía bajo la barra—. Aquí tienes tus llaves. Ya puedes marcharte.

—La cuestión es que no puedo —dijo Al antes de encogerse de hombros—. Habíamos quedado en que daría una semana de conciertos en tu bar y solo pude dar dos. ¿Lo recuerdas?

—Claro... Pero también recuerdo que me dijiste que te marchabas para un día o dos y has tardado más de dos semanas. —Señaló hacia el escenario—. Ese tío ha llegado esta tarde y toca bien, así que, sintiéndolo mucho, te has quedado sin puesto.

—Toca bien, pero... ¿toca mejor que yo? —Al enarcó una ceja y esbozó una sonrisa de suficiencia—. Vamos, Jimmy... Sabes que siempre consigo que llenes la caja.

—Sé que les gustas mucho más a las nenas, pero ya me he comprometido con ese tío y ahora no puedo decirle que se pire. —Jimmy se encogió de hombros—. Lo siento. Tengo las manos atadas.

—¿Y si yo le convenzo para que se marche y deje el puesto libre?

—No quiero follones en mi bar...

—He dicho convencer... Con buenas palabras y todo eso. —Al le guiñó un ojo—. ¿Hay trato?

—Por mí bien. Me da igual quién toque mientras haya alguien en ese escenario.

—Perfecto... Ponme un par de whiskies y déjalo en mis manos.

Jimmy sirvió los dos vasos y los puso frente a él. Al fingió estar muy ocupado viendo cómo el tío del escenario avisaba al público de que iba a tomarse un descanso y no hizo ningún ademán de pagar. No podía permitirse que la pasta que llevaba disminuyera aún más. El camarero esperó un par de segundos, bufó enfadado y se marchó a atender a otro cliente.

Cogió los dos vasos y se acercó al tipo que acababa de descolgarse la guitarra y estaba a punto de bajar del escenario. Le observó con atención. Era un joven negro vestido de forma muy elegante, con una chaqueta de color rojo fuerte sobre una camisa negra con varios botones sueltos que dejaban ver varias cadenas de oro. Su sombrero fedora, también de color negro y adornado con una larga pluma roja, le provocó una extraña sensación de *déjà vu* que no supo ubicar.

—Has tocado muy bien —dijo tendiéndole uno de los vasos—. Soy Al.

—Encantado —respondió el joven, levantando el vaso para brindar—. *Bon chans*ⁱⁱⁱⁱ.

Al no sabía qué significaban aquellas palabras, pero chocó su vaso con el del hombre. Después de dar un trago, puso su mano en el hombro del joven y le lanzó una de sus mejores sonrisas.

—Tengo que confesarte una cosa —dijo con tono amistoso—. No me he acercado solo para felicitarte por tu actuación. Hay un tema importante que quiero hablar contigo.

—Tú dirás— contestó el otro.

Al se quedó callado durante un par de segundos. Estaba seguro de que había visto a aquel tío en algún sitio... Le sonaba mucho aquella sonrisa de superioridad y el brillo burlón de sus ojos, pero seguía sin recordar dónde se habían encontrado antes. Sacudió la cabeza para librarse de aquella extraña sensación y decidió continuar con lo que tenía que hacer.

—Verás... Esto es un poco incómodo, pero estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo. El caso es que yo tenía un contrato para hacer una serie de conciertos en este bar y he llegado con un pelín de retraso. Jimmy me ha dicho que justo has llegado tú hoy y que le da pena tener que decirte que te vayas, pero, claro, comprenderás que yo estaba antes...

—Jimmy me ha contratado a mí y no me ha dicho nada de que hubiera otra persona...

—Ya, bueno... Se ha despistado y ahora le da vergüenza decirte nada. Por eso me ha mandado a mí. —Al se encogió de hombros y le lanzó otra sonrisa—. Estoy seguro de que lo comprendes. Mira... Si te marchas sin montar follón, estoy seguro de que Jimmy estará encantado de volver a contratarte la semana que viene.

El joven entrecerró los ojos y negó con la cabeza mientras soltaba una risita. Al se sintió desconcertado. Aquella no era la respuesta que había esperado. Pensaba que podría enfadarse o negarse a irse sin hablar antes con Jimmy, pero no esperaba que se riera en su cara. Cada vez le gustaba menos aquel tipo. Tenía un aire de seguridad absoluta y su mirada era burlona y divertida, como si supiera cosas que él ignoraba.

—Lo siento, pero el puesto es mío. Si lo quieres, tendrás que ganártelo.

—¿Ganármelo? ¿Cómo? —preguntó Al.

—Hagamos un duelo de guitarras —propuso el chico señalando con la cabeza hacia el escenario—. Cada uno sube ahí a tocar una canción y el que lo haga mejor se queda con el trabajo.

—Estás perdido, chaval. Te voy a destrozar —dijo Al descolgándose la guitarra de la espalda—. ¿Quién empieza?

—Yo mismo —contestó el joven subiendo de un salto al escenario.

Al asintió y buscó con la mirada un taburete libre desde el que poder contemplar la actuación. Había oído cómo tocaba aquel chico cuando entró en el bar, y la verdad era que se le daba bien, pero no tenía nada que hacer contra él. Sin tener en cuenta el talento, solo en experiencia le sacaría unos veinte años. Dejó la guitarra apoyada contra la pared, se sentó y se cruzó de brazos para observarle. Esperó hasta que el chico miró en su dirección para lanzarle una sonrisa sarcástica y ponerle nervioso, pero él contestó a su sonrisa con una aún más amplia. Durante un segundo, le pareció que los ojos del desconocido destellaban con un fulgor amarillento. Supuso que sería algún reflejo de los focos o que el whisky que se había tomado le había hecho más efecto del esperado.

El joven se acercó al micrófono y le dio un par de golpecitos para atraer la atención del público. Cuando la gente se giró para mirarle, empezó a hablar:

—Buenas noches, amables gentes de Blackstone —saludó—. A mí ya me conocéis porque llevo un rato amenizándoos la velada con mis canciones, pero tenemos aquí la visita de otro gran artista al que acabo de retar a un duelo. Con todos ustedes, Aleister McNeal.

Al se puso de pie e hizo una reverencia para responder a los aplausos del público. Le costó forzar una sonrisa, porque un extraño escalofrío acababa de recorrer su espalda. Estaba seguro de que no le había dicho a aquel hombre su nombre completo.

—Cada uno de nosotros va a tocar una canción. —Siguió explicando el chico mientras hacía sonar unos acordes para comprobar la afinación de la guitarra—. Seréis vosotros con vuestros aplausos los que determinéis quién es el ganador de la noche.

La gente agradeció la iniciativa con una ovación. Muchos se levantaron de sus asientos para acercarse al escenario. El chico le dirigió una mirada cargada de burla y desafío, colocó sus dedos, largos y finos, sobre las cuerdas de la guitarra y empezó a tocar. Al reconoció la canción con solo un par de acordes: *Driftin' blues*. Su adversario tenía buen gusto y parecía inteligente. Había escogido un blues clásico y lento que le permitía lucir toda su técnica. Volvió a fijarse en las manos del chico. Parecía diestro y seguro. Le daba a cada nota el tiempo y la intensidad perfectos mientras su voz, grave y rasgada, acompañaba a los agudos sonidos de la guitarra.

Cuando su contrincante llegó al solo, Al sintió que el estómago se le encogía. Los dedos del joven se deslizaban sobre las cuerdas de la guitarra a una velocidad increíble, sin fallar una sola nota, demostrando una destreza que no había visto jamás. Escuchó los aplausos y los gritos de admiración del público y levantó los ojos para encontrarse con la mirada divertida de su adversario. El muy cabrón sabía que su actuación estaba siendo insuperable, que no había nadie en el mundo que pudiera tocar aquella canción como él lo estaba haciendo. Se planteó durante un segundo que era muy extraño que alguien con tanto talento estuviera actuando en un bar de carretera de un pueblo perdido de Virginia, pero tenía cosas más importantes de las que preocuparse, como el hecho de que no había nada que pudiera hacer para ganar aquel puñetero duelo y recuperar su trabajo.

El chico terminó su actuación y todo el público se puso en pie y le aplaudió. Al notó los ojos del joven clavados en él. Habría dado cualquier cosa por borrar aquella sonrisa sarcástica de su cara. Por un momento, pensó en coger la guitarra, dar media vuelta y salir de aquel bar, pero sabía que no podía hacerlo. El chico ya le había presentado y el público esperaba su actuación. No podía huir como un cobarde. Subiría a aquel escenario y lo haría lo mejor posible. Le demostraría a aquel tío que Aleister McNeal no se rendía sin presentar batalla.

Alzó la cabeza, cogió la guitarra y subió al escenario con paso seguro. Cuando se cruzó con su adversario, este se interpuso en su camino con el pecho henchido de orgullo.

—¿No quieres retirarte? —preguntó burlón.

Sintió ganas de borrarle la sonrisa de un puñetazo, pero se contuvo. No podía culpar de

nada a aquel chaval. Acababa de demostrar con su actuación que tenía talento y él no era la persona más adecuada para acusar a nadie de ser un chulo. Consiguió esconder sus sentimientos y fingir una sonrisa confiada. Estaba seguro de que iba a perder, pero, al menos, lo haría con estilo.

—Ni de palo. —Ensanchó su sonrisa y le repitió las mismas palabras que Eli le dijo a él la primera vez que tocó para ella, hacía ya una eternidad—. Conoces la canción, pero no sabes tocarla. Te falta alma.

Los ojos del joven cambiaron. Dejaron de parecer tan seguros y en ellos se reflejó una chispa de furia. Al se apartó a un lado para dejar que se bajara del escenario y se colgó la guitarra. Escuchó unos cuantos gritos de ánimo pronunciados por gargantas femeninas. Parecía que, como había dicho Jimmy, él les gustaba más a las nenas. Levantó la mirada y pensó en pronunciar unas palabras de agradecimiento para las chicas del público, quizá en lanzar unas cuantas miradas y sonrisas para aumentar sus escasas posibilidades de éxito. Sin embargo, decidió no hacerlo. Aquello no iba a asegurarle la victoria y, además, sentía que tenía que enfrentarse a aquel tío y demostrar lo que sabía hacer sin utilizar ningún truco. Se planteó qué canción podía tocar para tener alguna posibilidad. La respuesta le llegó con claridad: *Still got de blues*. Llevaba más de veinte años terminando sus actuaciones con ella y sabía que la dominaba y que siempre conseguía conmovier al público.

Mientras preparaba la guitarra para empezar a tocar, sintió que no era la decisión correcta. Había tocado aquella canción tantas veces que había dejado de tener sentido. Sus manos parecieron moverse al margen de las órdenes de su cerebro y manipularon la guitarra para quitarle la distorsión, mientras su pie pulsaba la pedalera para desconectarla. Sus dedos se colocaron solos en las cuerdas del mástil y empezaron a interpretar los acordes de *Old love*, una canción que nunca tocaba porque le resultaba demasiado dolorosa. Aquellas primeras notas despertaron tantos recuerdos, tantas sensaciones, que le pareció que el alma se le desgarraba. Sintió un nudo en la garganta y pensó que no iba a ser capaz de cantar, pero sus labios se abrieron y su voz salió rasgada, cargada de dolor, teñida de lágrimas...

Cerró los ojos y se concentró en aquellos sentimientos. Parecía que, una vez derribado el muro que mantenía los recuerdos a raya, todos se peleaban por alcanzar su mente e ir haciéndole daño. Pensó que no podría soportar aquella tortura, que su corazón se rompería en mil pedazos y caería fulminado en aquel escenario, pero sus dedos siguieron moviéndose sobre los trastes sin fallar una nota y su voz continuó sonando, torturada pero firme, dejando salir el dolor y la angustia en cada verso. Volvió a recordar aquellas mañanas junto a Eli cuando iba a despertarla y retiraba de su cara un mechón de pelo antes de besarla en los labios; recordó el aroma de su piel, la suavidad de sus besos, el sonido de su risa, el brillo de sus insondables ojos negros, su voz grave,

los susurros en su oído cuando hacían el amor, las canciones compartidas, las millas recorridas, las discusiones y las reconciliaciones... Y recordó los días que acababan de pasar juntos... Era cierto que se habían pasado todo el tiempo discutiendo, que cada segundo que había estado cerca de ella había sido una tortura cruel, que hubo momentos en los que pensó que no soportaba seguir a su lado y que acabaría volviéndose loco. Pero recordó también cada una de las sonrisas que había conseguido arrancarle, aquellas veces en las que la había sorprendido mirándole con los ojos brillantes y aquellos tres besos que había logrado robarle... Aquello era lo mejor que le había pasado en los últimos veinte años... Y había vuelto a perderlo. Se sintió tan desesperado, tan solo, que temió no poder seguir cantando, pero supo que tenía que hacerlo. Aquella era su manera de decirle a Eli que la quería, que nunca iba a olvidarla, que siempre la echaría de menos... Había sido tan cobarde como para no decírselo a la cara, como para huir de nuevo de su lado... Tan solo le quedaba decírselo desde lejos con aquella canción, lanzar sus sentimientos al aire como un grito desesperado y rezar para que, de alguna extraña manera, ella pudiera sentirlo y perdonarle.

Sintió que la voz se le quebraba y que, al llegar al estribillo, se había convertido en un sollozo que acompañaba el llanto de su guitarra:

Y me pone tan furioso

Saber que la llama siempre arderá.

Nunca voy a superarlo.

Ahora sé que nunca aprenderé.

Viejo amor, déjame solo.

Viejo amor, vete a casa.

El último verso sonó a llanto, a dolor destilado. Sintió que, bajo sus ojos cerrados, las lágrimas manaban sin control y empapaban sus mejillas, pero siguió tocando el último solo sin importarle nada. Había olvidado que estaba en un duelo, que había decenas de ojos fijos en él, que se encontraba en un bar, que había todo un mundo al otro lado de sus párpados... Nada de aquello existía. Solo importaba Eli y el sufrimiento de haber vuelto a perderla. Lo único que podía hacer era dejar salir aquel dolor en cada uno de los acordes, como una vía de escape para no morir de desesperación en aquel mismo momento.

Cuando terminó la canción, se mantuvo unos segundos más con los ojos cerrados. Se sentía agotado, destruido por dentro. Le sorprendió el silencio que le rodeaba. Abrió los ojos y se enfrentó a decenas de miradas hipnotizadas. Todos habían caído bajo el hechizo de su canción.

Incluso distinguió el brillo de las lágrimas en los ojos de algunas personas de la primera fila. Entonces empezó a sonar un aplauso y todo el bar se unió a él. La gente se puso en pie y empezó a corear su nombre. Se le escapó una sonrisa triste. Era irónico llevar toda la vida deseando conseguir aquella reacción en el público y que en aquel momento le diera igual.

Estaba tan agotado que no podía moverse. Había volcado su alma en aquella canción y se sentía vacío. Consiguió descolgarse la guitarra y saludar con un gesto de la cabeza. Notó que una mano le tomaba por el brazo y se giró. El joven de rojo estaba a su lado y animaba al público para que siguiera aplaudiendo. Parecía que, contra todo pronóstico, había ganado aquel duelo y que su adversario admitía su derrota. Era una pena que, en aquel momento, todo aquello le importase una mierda.

Sin soltar su brazo, el chico tiró de él para hacer que bajaran del escenario. Se dejó guiar como un autómatas sin voluntad. Cuando llegaron a la barra, Al apoyó su guitarra en el suelo y se derrumbó en un taburete, incapaz de seguir sosteniéndose de pie por más tiempo.

El joven señaló un par de vasos de whisky, cogió el suyo y lo alzó para brindar.

—Lo reconozco. Has ganado. El trabajo es tuyo.

A Al no le gustó su tono de voz, tan cargado de suficiencia, ni el brillo divertido de su mirada. Además, habría jurado que, hasta hacía un rato, los ojos de aquel hombre habían sido negros, pero se habían vuelto del color de un frasco de miel colocado ante el sol. No sabía por qué, pero aquel tío le estaba poniendo cada vez más nervioso. Además, no conseguía sacudirse del todo la sensación de que no era la primera vez que se veían. Aún así, cogió su vaso y aceptó el brindis. Era importante saber perder, pero también era importante ganar con estilo.

—Bueno, ya que yo te he escuchado antes cuando has venido a hablarme y he aceptado tu proposición, creo que deberías hacer lo mismo conmigo.

—Has sido tú el que has propuesto que nos jugáramos el puesto —contestó Al confuso.

—Eso da lo mismo. Estoy seguro de que el trato que voy a ofrecerte te interesa. —La sonrisa del joven se hizo más amplia, mucho más amplia... A Al le pareció que tenía más dientes de los que debería haber en una boca humana y que eran afilados como los de un depredador—. Creo que, aún con lo poco que te conozco, podría adivinar la historia de tu vida tan solo por cómo has cantado esa canción.

—Te apuesto lo que quieras a que no —dijo Al dejando escapar una risita.

—Déjame probar. —Los ojos del joven brillaron con intensidad, como si tuvieran luz en su interior—. Tú eras un chico guapo y popular al que la vida le sonreía. Tenías tu propia banda de

rock y soñabas con alcanzar la gloria, pero una chica se cruzó en tu camino y te destrozó la vida. Han pasado muchos años desde entonces, pero no consigues arrancarla de tu alma.

—¿De dónde sacas eso? —preguntó Al sintiéndose cada vez más incómodo.

—No se puede tocar esa canción como tú lo has hecho si no se tiene el corazón destrozado. ¿Me equivoco?

Decidió que no quería seguir hablando con aquel tipo. Aquella sonrisa y aquella mirada le estaban poniendo cada vez más nervioso. Intentó levantarse, pero se dio cuenta de que sus miembros no le respondían. Notó que su corazón se desbocaba y que se le aceleraba la respiración. Estaba bajo el influjo de aquel hombre, como si le hubiera hipnotizado, como si hubiera tejido a su alrededor una tela de araña invisible.

—No te vayas. Lo que voy a ofrecerte te interesa —continuó el joven—. Esa chica te ha hecho más daño que nadie en toda tu vida. Te arrebató los sueños, la energía para luchar, la capacidad de enamorarte... Lo devoró todo y solo dejó una cascara vacía, alguien sin ilusiones ni esperanzas, sin fuerzas para seguir adelante, un perdedor que lleva años arrastrándose por el mundo sin saber adónde va. Sigo acertando, ¿verdad?

Al hizo un esfuerzo por dejar de mirar aquellos ojos amarillos que le tenían dominado, pero fue imposible. No conseguía mover la cabeza, no podía cerrar los párpados... Estaba seguro de que, si lograba dejar de contemplarlos durante un solo segundo, recuperaría su voluntad, pero lo único que podía hacer era seguir mirándole y escuchándole.

—Esto es lo que te ofrezco: Podemos hacer un viaje en el tiempo y regresar a aquel verano de 1985, justo antes de que la conocieras. Puedo borrarla de tu vida para siempre, hacer que nunca la encontraras, que nunca te enamoraras de ella... Puedo hacer que el dolor desaparezca de tu alma con solo chascar los dedos. —El hombre lo hizo a modo de ejemplo y le sonrió triunfal—. Ya no te dolería, porque nunca habría existido para ti. Pero espera, mi oferta aún no ha acabado...

El joven se llevó su vaso a los labios y paladeó el licor, pero en ningún momento separó su mirada de la de Al. Se relamió, volviendo a mostrar aquellos dientes demasiado largos y afilados.

—Sin ella en escena, tú seguirías con tu grupo, tal y como soñabas... Los primeros bolos, los primeros aplausos, las primeras fans y, de repente, la primera maqueta. Vuestras canciones empezarían a sonar en todas las radios del país y todo el mundo os adoraría... En pocos meses, estaríais llenando estadios, haciendo giras mundiales... ¿Te lo imaginas, Aleister? Los focos, los gritos de tus admiradoras, decenas de miles de personas coreando tu nombre... ¿Qué me dices?

Al sintió que el hechizo se rompía. Recuperó el movimiento de su cuerpo y pudo apartar la

mirada y dejar de contemplar aquellos ojos ambarinos. Aún así, seguía sintiendo que estaba en peligro. Además, una idea estúpida había invadido su mente, impidiéndole pensar en nada más. Por fin recordaba dónde había visto a aquel tipo: en Gardner, el pueblo de Massachusetts en el que conoció a Eli. Ya se había batido en un duelo de guitarras con él, ya le había ofrecido la gloria y la fama, pero ella le había expulsado y les había impedido cerrar el trato. Desechó aquella idea de inmediato. Habían pasado casi treinta años desde aquel día. El joven que tenía frente a él ni siquiera podía haber nacido en aquella época.

—¿Qué me dices, Al? —insistió el chico antes de dar otro trago a su vaso—. ¿Te interesa? Tan solo tendrías que entregarme tu alma, esa en la que no crees.

Sus ojos volvieron a relampaguear, ávidos por conocer su respuesta. Al negó con la cabeza. Todo aquello era ridículo. Nadie tenía el poder de conceder lo que aquel hombre le estaba proponiendo. ¿O quizá sí? ¿Y si aquel tipo podía cambiar su vida por completo? ¿Y si era capaz de borrar todo el dolor y todos los recuerdos y entregarle a cambio la vida que siempre había soñado? Su alma, existiese o no, no le parecía un precio demasiado alto. Podía contestar que sí, solo para ver qué pasaba.

Iba a abrir la boca para dar su aprobación, cuando sintió que no podía hacerlo. Olvidar a Eli, que nunca se hubiera cruzado en su camino... ¿De verdad quería eso? Cerró los ojos un momento y recordó lo que acababa de sentir mientras actuaba. Eli era lo único bueno que había tenido en su vida. Su recuerdo destacaba entre todos los demás como lo haría un diamante en un basurero. No quería perder eso por mucho que doliera, por mucho que pudiera ganar con el cambio. Los años que había pasado con ella eran los únicos que realmente habían importado algo, la única época de su vida en la que había sido feliz, en la que había creído en sí mismo, en la que había querido ser alguien mejor, alguien valioso... No podía perder aquello.

Se sintió un poco estúpido. Ya lo había perdido al marcharse de su lado como un cobarde. El destino le había puesto en bandeja la oportunidad de arreglarlo, de volver a ser feliz, y él la había desaprovechado porque no se había considerado digno. ¡Qué cojones! Él había sido un tío de puta madre, un triunfador, alguien a quien la suerte le sonreía. Solo había dejado de serlo cuando decidió dejar de seguir a su corazón y arrancar a Eli de su vida.

—Eric tiene razón —susurró mientras asentía.

—¿Disculpa? —preguntó el chico confundido—. ¿Quién demonios es Eric?

—Si no la merezco, si para ella soy un perdedor, debe ser ella la que me lo diga —siguió diciendo Al con la mirada perdida.

—Perdona, no te entiendo...

—Es Eli la que debe decidir si me quiere a su lado. —Se levantó de un salto del taburete, se colgó la guitarra a la espalda y le dio un par de palmadas al chico, que seguía observándole con cara de no entender nada—. No sé qué cojones eres, pero no puedo entregarte mi alma. Ya la tengo apalabrada.

Salió del bar empujando a la gente que encontraba en su camino, sin importarle las malas miradas o los gritos de indignación. En cuanto estuvo en la calle, echó mano a su móvil. Lo miró durante unos segundos, dudando. Ya había pasado la medianoche y no era hora de llamar a nadie. Le dio igual. Necesitaba saber si Eli había despertado y si ya se había enterado de su marcha. Mientras sonaban los tonos de llamada, dirigió la mirada al cielo y rogó para que, si cualquier ser le estaba escuchando, ella siguiera inconsciente y no se hubiera enterado de nada.

—¿Quién es? —contestó la voz de Debbie al otro lado de la línea.

—Debbie, soy Al. Perdona si te he despertado.

—No, tranquilo. Estoy esperando a que vuelva Eric —dijo la chica—. ¿Te pasa algo?

—Sí. He descubierto que soy gilipollas y quiero arreglarlo —contestó él—. Por favor, dime que Eli sigue dormida y que no se ha enterado de que me he ido.

—Te lo puedo decir si eso te hace feliz, pero no es cierto... Se despertó un par de horas después de que te fueras y se ha marchado a Swanton.

—Oh, dios... —Al soltó un bufido mientras se echaba hacia atrás el flequillo. Miró hacia lo alto, al ser invisible al que acababa de dirigir sus ruegos y que había decidido no escucharle y susurró un “cabronazo” —. ¿Estaba muy enfadada?

—Estaba muy dolida —respondió Debbie—. Supongo que el enfado vendrá después.

—Da igual... Lo arreglaré. Tengo que arreglarlo... Gracias, Debbie.

—Al —le llamó ella antes de que pudiera colgar—. Mucha suerte.

Cuando la llamada se cortó, corrió hacia la caravana. Se sentó dentro y comprobó el indicador de combustible. Estaba más o menos a la mitad. Era imposible recorrer las ochocientas millas que le quedaban hasta Swanton con eso. Sin saber por qué, se encogió de hombros y sonrió. Le daba igual, todos los obstáculos le daban igual... Vendería algo o repostaría en alguna gasolinera y se iría sin pagar o mendigaría si era necesario, pero sabía que iba a llegar. Solo con haber decidido que quería luchar por ella, ya sentía que su buena estrella volvía a brillar con fuerza.



BLACKSTONE (VIRGINIA)
ENERO DE 2017

CAPÍTULO UNO

El anciano se abrió paso a través del bar, golpeando el suelo con su bastón. A pesar de que el local estaba muy concurrido, caminaba sin que nadie le tocara. No podían verle, pero todos se apartaban a su paso dejando un corredor que volvía a cerrarse en cuanto él lo atravesaba. Algunas personas se quedaban calladas, percibiendo algún rastro de su presencia. Les parecía notar el aroma de su pipa o escuchaban el eco de su bastón contra las baldosas del suelo o sentían que el vello de su cuerpo se erizaba sin razón aparente. Miraban en su dirección, pero, al no percibir nada, regresaban a sus conversaciones y le olvidaban al segundo siguiente.

Llegó hasta la barra y se acercó al escenario. Esbozó una sonrisa y se colocó al lado del joven vestido de rojo que seguía mirando la puerta del local mientras sus ojos brillaban llenos de furia.

—Hola, Kalfou. —Se sentó a su lado, cogió el vaso de whisky que Al había dejado a la mitad y lo apuró de un trago—. Habría preferido ron, pero esto no está mal.

—¿Qué haces aquí, Legba? —preguntó Kalfou de mal humor.

—Impedir que sigas haciendo el ridículo. —El anciano ignoró la mirada de odio de su compañero y le dio una larga calada a su pipa—. Ese chico no es para ti. Deberías haberte resignado a la derrota hace muchos años.

—No podía permitir que una mocosa me expulsase y me impidiese llevarme lo que ya era mío —rugió Kalfou dando un puñetazo a la barra—. Ese chico me pertenecía desde aquella noche en Gardner. Podría haber conseguido su alma si ella no se hubiera entrometido.

—Lo sé y comprendo que te enfadaras en el momento, pero llevas demasiado tiempo obsesionado. Has estado moviendo tus hilos durante todos estos años, jugando con sus destinos... —Legba soltó un largo suspiro antes de seguir hablando—. Acudiste en su ayuda en aquella cárcel solo para corromper su alma; la empujaste a utilizar la magia negra para tener una excusa para castigarla y vengarte; la separaste de su amor, le arrebataste a su hija... ¿No crees que ya ha pagado suficiente?

—¿Te parezco alguien clemente? ¿Alguien que olvide y perdone y que piense que su enemigo ya ha pagado bastante? —Kalfou esbozó una sonrisa cruel antes de dar otro sorbo a su bebida.

Legba suspiró. Para tener varios siglos de edad, Kalfou seguía comportándose como un chiquillo malcriado y caprichoso. Posó una mano sobre la de su compañero para atraer su atención y hacer que le mirara a los ojos.

—Escúchame, Kalfou... Esa chica ya no es tu enemiga. Has hecho todo lo posible por separarles, por hacer que él se quedara solo, que se sintiera desdichado y creyera que no valía nada... y, aun así, en su momento más bajo, él ha elegido libremente no entregarte su alma. —Le dio un par de palmadas en la espalda y le dirigió una sonrisa comprensiva—. Se pertenecen el uno al otro. Desde siempre y para siempre. No puedes hacer nada para evitarlo. El destino es incluso más fuerte que nosotros.

—Ese chico me gusta. Tiene un gran potencial. De mi mano podría haber conquistado el mundo —se quejó Kalfou—. ¿Dónde voy a encontrar a alguien como él?

Legba soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Recuerdo que dijiste exactamente lo mismo hace unos años, justo antes de encontrar a Mick Jagger.

—Sí... Su alma sí que fue una gran adquisición. Un chico muy simpático y con gran talento. —Kalfou chasqueó los dedos y por los altavoces del bar empezó a sonar *Sympathy for the devil*—. Fue un gran detalle que me dedicara esta canción.

—Encontrarás nuevas almas para tu colección —dijo Legba mientras se levantaba del asiento para dirigirse a la salida—. Si de algo están llenos los bares de carretera de este país, es de chicos deseosos de vender su alma al diablo a cambio de gloria y fortuna.

—Está bien —admitió Kalfou levantándose para seguirle—, pero no me hace ninguna gracia dejarles marchar.

—Olvídales y deja que vivan su vida. —El tono de Legba se volvió más autoritario—. Acaban de salvar el mundo. Se lo han ganado.

AL Y ELI
SWANTON (VERMONT)
ENERO DE 2017



CAPÍTULO UNO

Volvía a estar allí, aparcado al final de su calle como tantos años atrás. Se dijo a sí mismo que no tenía por qué comparar las dos situaciones. En el pasado había acudido a aquel lugar a cerrar una puerta, a devolverle todas sus cosas y dejarle claro que lo suyo había terminado para siempre. Aquello le había causado un dolor terrible y seguía doliéndole, sobre todo desde que sabía lo mucho que se había equivocado. Se sentía tan estúpido, tan culpable... Cada vez que pensaba en todo el daño que le había causado a Eli injustamente, sentía que el corazón se le encogía.

Aquella noche, por el contrario, había ido hasta allí para arreglarlo, para abrir aquella puerta, pero Eli tendría todas las razones del mundo para darle con ella en las narices y decirle que no quería volver a verle en la vida. Cada vez que aquellas dudas inundaban su mente, se repetía una y otra vez las palabras de Eric: “Estoy de acuerdo contigo en que no la mereces, pero creo que debería ser ella la que decidiera eso”.

Vio que una luz se apagaba en la planta baja y temió que ella fuera a irse a dormir. Había tardado muchísimo en recorrer la distancia que separaba Virginia de Vermont. Con un buen coche, podría haber hecho el trayecto en unas doce horas, pero él había tenido que conducir sin parar durante toda la noche y todo el día para llegar hasta allí y no había podido evitar que volviera a hacerse de noche. Su vieja caravana no era capaz de pasar de las cincuenta millas por hora y, además, según avanzaba hacia el norte, el tiempo había ido poniéndose cada vez peor. Algunos tramos de las carreteras de aquel puñetero estado estaban cubiertos de nieve o de placas de hielo. Seguía sin entender cómo había gente que decidía vivir en aquel lugar por propia voluntad.

Se le escapó una sonrisa sarcástica. Podía echar la culpa a la caravana, al tiempo y a lo que le diera la gana, pero la realidad era que hacía más de media hora que había llegado y que, si no se había movido, era por miedo. Mientras no llamase a aquella puerta, podía seguir teniendo esperanzas de convencerla de que le perdonase, de que aún había posibilidades para los dos, de que podían empezar de cero y ser felices... En el momento en que reuniera el valor suficiente para recorrer aquella calle y ponerse frente a ella, la suerte estaría echada.

Vio que una luz se encendía en otra habitación de la casa. Aún había tiempo. Tenía que tranquilizarse, reunir valor y ponerse en marcha. No podía quedarse en aquella caravana toda la noche. Con el frío que hacía, le encontrarían congelado a la mañana siguiente. Encendió un nuevo cigarrillo e intentó ordenar sus pensamientos, pero no consiguió nada aparte de desesperarse cada vez más. ¿Qué le podía decir después de haberla cagado tanto?

Se inclinó hasta apoyar la frente en el volante, mientras movía la cabeza a un lado y a otro. Joder, joder, joder... Estaba en blanco, aterrado como un crío pequeño, tan paralizado por el miedo como para no poder avanzar un paso en dirección a aquella casa. No encontraba nada lo bastante convincente como para que le perdonase, no había palabras en el mundo para justificar lo que había hecho... Pero no podía marcharse. No podía permitirse vivir sin ella, seguir muerto en vida, perderla para siempre...

Una idea apareció de repente en su cabeza. Él no tenía palabras para poder convencer a Eli, pero sabía de alguien que sí las tendría. Abrió la guantera y rebuscó desesperado entre sus antiguas cintas. Fue tirándolas al suelo con manos temblorosas, sintiéndose cada vez más nervioso. Tenía que estar allí. No podía haberla perdido. Cuando por fin encontró la que buscaba, la metió en el reproductor, agarró con fuerza el volante y respiró varias veces para calmarse. Lo que iba a hacer era una locura, pero no se le ocurría otra forma de presentarse ante Eli. Abrió las ventanillas de la caravana y encendió el motor. Justo antes de arrancar, puso en marcha la música, subió el volumen al máximo y apretó a fondo el acelerador.



CAPÍTULO DOS

El timbre del microondas me avisó de que el café ya estaba caliente. Lo cogí entre las manos, buscando que la taza me transmitiese algo de calor. No sirvió de nada. El frío que sentía venía de muy dentro. Me sentía muerta, congelada. Mi corazón se había cubierto de una gruesa capa de hielo y no había nada que pudiera revivirlo.

Regresé a la sala con la taza entre las manos, me recosté en el sofá y me cubrí con una manta. Encendí el televisor y seleccioné *The weather chanel*: información meteorológica local repetida cada diez minutos. No quería arriesgarme a ver ninguna otra cosa: ni películas, ni canciones... Nada que pudiera recordarme a él. Tampoco me atrevía a ir a la cama. Había pasado la noche anterior con la vista clavada en el techo de la habitación, acosada por su recuerdo, debatiéndome entre la desesperación y la furia, llorando hasta caer agotada con las primeras luces del alba. No quería volver a sentirme así. Solo quería olvidar, sumirme en la inconsciencia, no pensar, no sentir nada, terminar para siempre con el dolor... Me repetía a mí misma una y otra vez que él no se merecía ni una sola lágrima más para ponerme a llorar desconsolada al segundo siguiente. Aquello me iba a volver loca.

Le di un sorbo a mi café y traté de concentrarme en la explicación del presentador acerca del frío que iba a hacer en los próximos días y de lo mucho que iba a nevar en la zona y, en ese momento, escuché el ruido de un motor acercándose a toda velocidad, un golpe fuerte y el chirrido de unos frenos. Me levanté de un salto. Aquello había sonado muy cerca, demasiado cerca. Exactamente en mi jardín delantero.

Corrí hacia la puerta, abrí y me quedé paralizada. No podía creer lo que estaba viendo. Durante un segundo, pensé que me había quedado dormida en el sofá y que todo aquello tenía que ser un sueño, pero deseché la idea de inmediato. Ni siquiera un sueño podía ser tan surrealista.

Nuestra caravana estaba allí, dentro de mi jardín. Había derribado la pequeña valla de madera que lo rodeaba, como un recuerdo del pasado que hubiera llegado para arrasar con todo. La puerta del conductor se abrió y Al se bajó de un salto, mientras *Thunder Road* sonaba a todo volumen. Negué con la cabeza, incapaz de procesar todo aquello. Al se acercó a un par de pasos, acompañando a Springsteen en su canción:

No corras dentro, cariño, sabes por qué estoy aquí.

Estás asustada y estás pensando que quizá ya no seamos tan jóvenes.

Muestra un poco de fe. Hay magia en la noche.

Levanté una mano para hacer que se detuviera. No sabía cómo reaccionar. Me debatía entre reírme a carcajadas o darle una bofetada y volver a meterme en casa. Finalmente, puse los brazos en jarras y negué con la cabeza.

—¿Es que te has vuelto loco? —pregunté a gritos—. ¿Crees que puedes venir aquí, destrozarme media casa y cantarme una canción de Springsteen? ¿Piensas que con eso voy a caer en tus brazos?

—Bueno, Springsteen siempre ha funcionado —contestó encogiéndose de hombros—. Si hubiera llamado a tu puerta para pedirte que vinieras a escuchar la canción, me habrías mandado a la mierda, así que no he tenido más remedio que traer la canción hasta ti.

Volví a negar con la cabeza. Sí. Se había vuelto totalmente loco y estaba intentando volverme loca a mí. Me sentía tan confundida que ni siquiera fui capaz de encontrar las palabras para echarle de mi jardín. O quizá no quisiera hacerlo... Quizá lo que realmente deseaba era seguir allí frente a él, contemplando sus ojos brillantes y aquella sonrisa nerviosa, escuchando aquella canción en bucle hasta que el infierno se congelase. Me sentí ridícula por aquellos pensamientos. ¿Dónde se escondían mi rencor, mi furia y mi odio cuando más los necesitaba? Aquello me dio fuerzas para erguirme y mirarle fijamente a los ojos.

—¿Qué demonios has venido a hacer aquí?

—He venido a por ti —dijo, acercándose otro par de pasos—. He venido a recuperarte, Eloise.

Al escuchar mi nombre en sus labios, sentí que mis defensas volvían a desmoronarse. Él solo me llamaba así cuando pensaba que lo merecía. Me había prometido, muchos años atrás, que me llamaría así cuando quisiera decirme que era la chica más fascinante que había conocido nunca. Llevaba tanto tiempo sin escuchar mi nombre de sus labios...

—¿Cuánto va a durarte esta vez? —pregunté mientras luchaba para que mi voz no se quebrara—. Hasta que vuelvas a asustarte, hasta que vuelvas a ver en mí algo que no te gusta o que te dé miedo...

—No —contestó él con voz firme—. No voy a ver en ti nada que no me guste. No voy a volver a asustarme.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque ahora te veo tal y como eres.

—¿De verdad crees eso? —pregunté luchando contra las lágrimas que se agolpaban en mi garganta—. ¿Tú me ves?

—Sí, lo hago. —Avanzó un paso más hasta pegar su cuerpo contra el mío y puso un dedo en mi barbilla para hacer que levantara la cabeza y le mirase a los ojos—. Veo a la chica insegura y dulce de la que me enamoré con dieciocho años. Veo a la mujer fuerte y valiente en la que te has convertido. Veo a la bruja poderosa y orgullosa de ser quién es. Y estoy enamorado de todas ellas.

Me perdí en su mirada, en aquel brillo que me hechizaba y me hacía olvidar todo. Quise creer en sus palabras con toda la fuerza de mi ser, pero el miedo me lo impidió. Negué con la cabeza y cerré los ojos para escapar de su influjo.

—Volverás a abandonarme. —Noté que dos lágrimas escapaban, pero no intenté detenerlas—. ¿Qué pasará si en el futuro me veo obligada a hacer algo que no te gusta?

—¿Te refieres a matar a alguien? —preguntó.

Volví a abrir los ojos y me enfrenté a su mirada. No tenía por qué esquivarla, no tenía nada de lo que avergonzarme.

—Sí. Me refiero a matar a alguien, a volver a hacer algo como lo que pasó en Maine.

—Sé que tú no les mataste. Eric me lo contó —contestó con una sonrisa burlona—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Maldije a Eric mentalmente y me prometí no volver a confiar en nadie en mi vida. De repente, volvía a sentirme furiosa y solo pude pensar en marcharme y volver a protegerme dentro de casa, pero decidí quedarme y terminar con aquello para siempre.

—No quisiste quedarte a escucharme cuando yo necesitaba que lo hicieras. Perdiste el derecho a saber la verdad —dije con rabia—. Por eso has vuelto... Porque ahora crees que soy inocente, porque de repente has olvidado lo que pasó con John, con aquel preso de Sing Sing, con el sheriff de Swanton... Ahora no quieres verlo, pero volverás a pensar que no soy más que una asesina. Lo siento. Me gustaría ser de otra manera, pero sé que si en el futuro necesito sacrificar a alguien...

—Si en el futuro necesitamos matar a alguien, lo discutiremos. —Él enarcó las cejas y me lanzó una de sus medias sonrisas—. Si realmente no hay otra salida, no debería resultarte tan difícil convencerme. Eso es lo que llevo pidiéndote toda la vida, Eloise. Que cuentes conmigo, que confíes en mí... ¿Podrás hacerlo?

No supe qué decir. Quería creerle, quería echarme en sus brazos y olvidarme de todo, pero

seguía teniendo miedo. Él me agarró por la cintura, inclinó su cabeza hacia mi oído y volvió a cantar:

No soy un héroe, eso está claro.

Toda la redención que puedo ofrecerte está bajo este sucio capó.

Con una oportunidad para hacerlo bien de algún modo,

¿Qué más podemos hacer excepto bajar la ventanilla y dejar que el viento haga volar tu pelo?

La noche está empezando, estos dos carriles nos llevarán a cualquier parte.

Tenemos una última oportunidad de hacerlo realidad, de cambiar estas alas por unas ruedas.

Así que sube. El paraíso nos está esperando en las carreteras.

Sentí que el aire no llegaba a mis pulmones, que el corazón se me detenía. Quería hacerlo, quería creer en sus palabras, quería abandonarlo todo y marcharme con él sin importar el destino. Él debió de verlo en mis ojos, porque me apretó aún más contra su cuerpo antes de seguir hablando.

—Llevamos más de veinte años vagando por el mundo como muertos vivientes, como almas en pena, como esos espectros perdidos a los que liberas... —Se inclinó hacia mí y depositó un suave beso en mis labios, tan tenue que casi no lo sentí, como si temiera asustarme con su contacto —. Haz tu magia y termina con la maldición.

Asentí y me puse de puntillas para ser yo la que acercara mis labios a los suyos. Él me abrazó con fuerza, haciéndome sentir que nunca más iba a dejarme. Su boca sobre la mía, nuestra respiración compartida, sus dedos enredados en mi pelo... Todas aquellas sensaciones que creía perdidas terminaron de derribar cualquier muro. No había sitio en mi corazón para el rencor ni para el miedo. Todo lo ocupaba él.

Cuando nos separamos, le miré y me reí como una colegiala nerviosa. Él no soltó mi mano, como si temiera que yo fuera a desvanecerme frente a sus ojos. Después, señaló hacia la puerta de mi casa.

—Creo que deberías cerrar.

—¿Pero nos vamos de verdad?

—Por supuesto —dijo con una sonrisa—. *Este es un pueblo de perdedores y nosotros nos largamos de aquí para triunfar.*^[iii]

Le devolví la sonrisa, me solté de su mano y caminé hacia la puerta para cerrarla. Ni

siquiera pensé en apagar las luces o en si debería recoger algunas cosas. No quería pensar en nada más que en estar a su lado, en empezar de cero en cualquier parte. Me acompañó hasta el asiento del copiloto y después corrió para rodear la caravana y sentarse a mi lado. Cuando agarró el volante, se giró hacia mí con los ojos más brillantes que le había visto nunca.

—Di las palabras mágicas —pidió con la voz entrecortada.

—Arranca este cacharro —respondí—. No sé adónde vamos, pero vamos juntos.

NOTA DE DESPEDIDA

Sé que muchos no queréis aceptarlo, pero este es el final de la historia. Desde que decidí convertir esta historia en una saga, desde antes de escribir la primera línea de *Carpe diem*, ya tenía muy claro que acabaría aquí, con esta escena y esta canción. En los momentos difíciles en los que no sabía por dónde seguir o mientras escribía el cuarto libro y me pasaba más tiempo llorando y sintiéndome culpable por lo que les estaba haciendo que escribiendo, me animaba a mí misma diciendo “Venga, Gemma. Vamos a por el *Thunder Road*”. Y, al final, lo he conseguido, he llegado al final de la historia. Si estás leyendo esto, significa que tú también, así que, si no has escuchado la canción, te sugiero que la busques, la disfrutes y dediques esos cuatro minutos cuarenta y ocho segundos a despedirte de Al y Eli. Incluso puedes ponerte un copazo y brindar a su salud.

Algunos me diréis cosas como “La historia queda abierta. ¿Dónde van ahora? ¿A qué se van a dedicar?”. Todo eso lo dejo a vuestra imaginación. Podéis imaginar que deciden sentar la cabeza y comprarse una casita de madera frente a un campo de lavanda y adoptar un perro enorme y peludo y un gato negro que odie a Al y se encargue de hacérselo saber todos los días. Podéis imaginar que venden la casa de Eli y que, con ese dinero, se dedican a viajar por Estados Unidos, de concierto en concierto, disfrutando de amaneceres frente a acantilados solitarios y de hacer hogueras por las noches en desiertas áreas de servicio. Podéis imaginar que seguirán con su carrera de investigadores psíquicos y que, con ochenta años, llegarán a una casa encantada al ritmo de *We will rock you*, que derraparán frente a la puerta levantando una nube de gravilla y saldrán renqueantes para plantarse en el recibidor y retar a los fantasmas y que su fama será tan grande, tanto en este mundo como en el más allá, que los espíritus saldrán despavoridos tan solo con el ruido de sus andadores.

Podéis ponerle a la historia el final que queráis. Yo, como autora, solo puedo deciros que, a partir de ahora, solo les pertenece a ellos dos y que será una historia feliz. Se lo han ganado.

Gemma Herrero Virto
Portugalete, 3 de agosto de 2019

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y como en todas mis novelas, quiero dar las gracias a Julen, mi marido y mi crítico más certero y puñetero, la persona que me acompaña y me apoya en cualquier locura que emprenda y el principal culpable de que yo siga escribiendo, ya que fue él quien me insistió para que persiguiera mi sueño cuando yo ya me había rendido. Aprovecho para pedirte perdón por estos quince meses de locura, por todas las chapas que te he pegado sobre estas novelas, por mis ausencias mentales cuando estoy pensando más en la historia que me tiene obsesionada que en el mundo real. Gracias por estar ahí siempre.

Y, en segundo lugar, aunque no menos importante, quiero agradecerte a ti, lector, que hayas llegado hasta aquí. Sin tu apoyo, sin tus comentarios en las redes sociales (incluso cuando decías que me odiabas), esta historia no tendría sentido. Gracias por abrir mis libros y hacer que mis personajes cobren vida. Gracias por emocionarte y preocuparte por ellos. Gracias por hacer que importen.

No quiero olvidarme de todos mis compañeros escritores independientes, que siempre están ahí para felicitar por los logros, para apoyar en los momentos bajos, para responder cualquier duda o echar una mano. Sois todos maravillosos. No voy a citar a nadie porque seguro que me olvido de alguno y luego hay mosqueos y porque me tiraría aquí páginas y páginas.

Y ya, por último, quiero dar las gracias a Al y Eli. Gracias por haber aparecido en mi cabeza, por haberme acompañado durante todo este tiempo, por haberos hecho tan reales en mi mente, por haber protagonizado una historia que, si no la hubiera escrito yo, me encantaría leer. Os voy a echar de menos.

Solo me queda dejaros mis medios de contacto, por si os apetece comentarme cualquier cosa. Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de:

- Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>
- Twitter: @Idaeon
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes

llevarte un libro de regalo, a elegir entre *¿Tú me ves? I: La maldición de la casa Cavendish*, *La red de Caronte*, *Viajes a Eilean I: Iniciación*. No lo pienses más y únete).

Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices. Un besazo enorme,

Gemma

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

TERROR/FANTASÍA URBANA: SAGA ¿TÚ ME VES?



Al, un joven escéptico que no cree en nada salvo en sus sueños y en su guitarra, se ve obligado a acudir a la mansión para acompañar a su familia, que ha sido contratada para terminar con los extraños acontecimientos que allí suceden. Ante el poder que exhiben los seres que la habitan, tendrán que pedirle ayuda a Eli, una joven bruja con el don de ver a los muertos y comunicarse con ellos, don que, hasta el momento, no le ha traído otra cosa más que problemas. ¿Serán capaces de unir sus fuerzas y terminar con la maldición de la casa Cavendish?



La paz del tranquilo pueblo de Rockport se ve alterada tras la desaparición de varios ancianos y los asesinatos de algunos jóvenes en sus idílicas playas. John Campbell, antiguo investigador psíquico del Grupo Alpha de Boston, empieza a sospechar que algo sobrenatural se esconde tras esos hechos, por lo que acude a Aleister McNeal y Eloise Carter, los jóvenes investigadores que consiguieron terminar con la maldición de la casa Cavendish. ¿Conseguirán descubrir qué peligro acecha a los habitantes de ese pequeño pueblo?



Posesiones, extrañas ejecuciones, sueños proféticos, inquietantes presencias, un asesino sanguinario venido del más allá... y todo ello en los oscuros corredores y pabellones de Sing Sing, una de las prisiones más tenebrosas y peligrosas de Estados Unidos. Aleister McNeal y Eloise Carter, los dos jóvenes investigadores de lo sobrenatural que terminaron con la maldición de la casa Cavendish y con los crímenes de Rockport, deberán enfrentarse a un nuevo caso que pondrá en peligro su vida, su cordura... y su propia alma.



Una casa en la que nunca entra la luz del sol, una madre obsesiva, una niña con una extraña enfermedad, un bosque oscuro en el que es mejor no adentrarse... Estos son los elementos que rodean el caso para el que han sido contratados Aleister McNeal y Eloise Carter, los dos investigadores psíquicos que ya han demostrado su valor para enfrentarse a demonios, espíritus y casas encantadas. Por desgracia para ellos, en esta ocasión van a tener que luchar contra un enemigo mucho más dañino e implacable: su propio pasado.



Un extraño ritual.
Una epidemia imparable.
Una isla maldita desde hace siglos.
Dos almas que tendrán que enfrentarse a lo desconocido y a su propio pasado.

Adéntrate en Roanoke con los ojos bien abiertos. Si los cierras, puede que no seas capaz de volver a despertarte.

THRILLER PARANORMAL



NOVELA FINALISTA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



NOVELA FINALISTA DEL PREMIO UNIVERSITARIO DE NOVELA ANAGMA 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

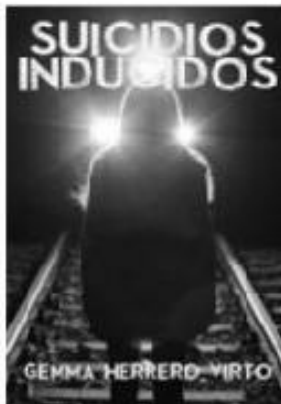
NOVELA POLICÍACA: SAGA CARONTE



BEST-SELLER EN AMAZON. MILES DE COPIAS VENDIDAS EN MÁS DE 60 PAÍSES.

Los cadáveres brutalmente mutilados de varias adolescentes aparecen abandonados en parajes apartados de Vizcaya. No hay pistas sobre el asesino, nadie sabe nada del misterioso asaltante y lo único que tienen en común todas las víctimas es que son jóvenes solitarias.

¿Quieres unirse al equipo de investigación que tratará de atrapar a Caronte, el asesino en serie que enamora a adolescentes tímidas y solitarias a través de Internet?



Una joven salta desde el Puente de la Salve tras recibir una llamada de móvil. Aunque en un primer momento el caso se cierra al considerarlo un suicidio, todas las almas saltan para la joven foseense de la Ertzaintza Natalia Egaña cuando nuevas muertes van uniéndose a este primer misterio.

¿Qué hace que jóvenes aparentemente normales y felices corran hacia la muerte con una sonrisa en los labios?



¿Por qué el asesino deja los cadáveres de las víctimas en canchales abandonados de Vizcaya y los coloca sobre una piedra con los brazos en cruz como si fueran una ofrenda en un altar? ¿Por qué cubre sus cuerpos con maquillaje blanco y quema sus caras y sus manos con ácido? ¿Qué significan las máscaras blancas sobre sus rostros y las extrañas inscripciones escritas en ellas?

Carlos, Natalia y Gus tendrán que descubrir el código del asesino y desentrañar el misterio que esconden los cadáveres blancos. Aventuras, pistas, caminos cerrados, perfiles psicológicos... Una trama trepidante que te atrapará desde la primera hasta la última página.

FANTASÍA

TRILOGÍA VIAJES A EILEAN



Luna es una estudiante normal, salvo por un pequeño detalle: es descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. A pesar de esa increíble herencia, se siente incapaz de realizar el más mínimo hechizo.

Deneb es un noble nórdico del siglo XVI que fue condenado por la Inquisición. Resucitó como inmortal en un mundo paralelo llamado Eilean, en el que la fuerza de la magia es mucho mayor que en la Tierra. Desde entonces, su vida ha estado dedicada al estudio de la magia, sin que haya cabida para el romance.

Cuando Luna llegó a Eilean en busca de su tía desaparecida, sus caminos se cruzarán. ¿Podrá surgir el amor entre dos seres tan diferentes? ¿Será posible enamorarse cuando la existencia de todo un mundo depende de sus decisiones?

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

RELATOS



Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

NOVELA POSTAPOCALÍPTICA



¿Has imaginado alguna vez que los zombies puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

^[i] Título de una canción de Bon Jovi, perteneciente a su álbum Keep the faith (1992). Podría traducirse como “Ya dormiré cuando me muera”.

^[ii] Significa “buena suerte” en criollo.

^[iii] Aquí Al hace una pequeña variación de los dos últimos versos de Thunder Road: “It's a town full of losers, I'm pulling out of here to win”.